
HARLEQUIN
Deseo™
LOS OPUESTOS SE ATRAEN
JULES BENNETT



LOS OPUESTOS SE ATRAEN

JULES BENNETT



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Los opuestos se atraen, n.º 2055A - agosto 2015
Título original: When Opposites Attract…
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-687-6807-6

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo Uno

Cuando Grant Carter entró en los establos y vio las preciosas y redondas nalgas que estaban ante él, se alegró de haber aceptado aquel trabajo. Ningún hombre se habría resistido a la tentación de admirar un trasero tan perfecto. Pero eso no significaba que fuera a cometer una locura; en primer lugar, porque había tomado la decisión de sentar cabeza y, en segundo, porque no quería hacer nada que pusiera en peligro su carrera cinematográfica.

Estaba allí, en Stony Ridge, para producir una película sobre el famoso jinete Damon Barrington. Era una oportunidad demasiado importante, que no podía desaprovechar. Y no iba a permitir que la tentación se interpusiera en su camino. Aunque lo estuviera mirando a la cara. Literalmente.

Además, una de las cláusulas de su contrato se lo impedía. Le habían prohibido que confraternizara con nadie durante el rodaje. Y, aunque no se lo hubieran prohibido, ya tenía bastantes problemas con sus propios demonios personales. Se comportaría como un profesional. El pasado no derribaría las barreras que había levantado alrededor de su corazón.

Grant maldijo la cláusula y sus demonios personales y se fijó en las nalgas. Era una fruta prohibida, pero le ayudó a no pensar en el olor a heno y a cuero de los establos; una combinación peligrosa, porque le avivaba recuerdos.

–Disculpe, ¿sabe dónde puedo encontrar a Tessa Barrington?

La exuberante y pequeña mujer se dio la vuelta y lo miró. Grant se habría mentido a sí mismo si se hubiera dicho que no sintió algo especial. Tenía una cara tan bonita como el cuerpo, y unos ojos de color turquesa que parecían la viva imagen de la seducción. Unos ojos que, sin duda alguna, habrían enamorado a muchos hombres.

–¿Eres el productor?

La mujer dejó el cepillo con el que estaba cepillando a uno de los caballos.

–Soy uno de ellos –contestó–. Grant Carter.

–Y yo soy la persona que buscabas.

Grant disimuló su sorpresa a duras penas, y tuvo que hacer un esfuerzo para no suspirar cuando ella se llevó las manos a la cintura. ¿Cómo era posible que una mujer de coleta y vaqueros le gustara hasta ese punto? ¿Desde cuándo sentía debilidad por las sencillas chicas de campo?

Tras unos momentos de perplejidad, se acordó de los rumores que había oído. Tessa Barrington era cualquier cosa menos sencilla. Estaba ante una amazona que aterrorizaba a jinetes, adiestradores y propietarios por igual.

–Mi padre me dijo que llegarías hoy. –Tessa bajó la mirada y la clavó en los pies de Grant–. Tus botas están ridículamente limpias… Tendremos que ensuciarlas un poco, ¿no te parece?

Grant sonrió. Siempre le habían gustado las mujeres que no tenían miedo de expresar sus opiniones.

Se acercó a ella y le estrechó la mano. Fue un contacto breve, pero suficiente para que notara los callos de su palma. Por lo visto, se tomaba su trabajo muy en serio. No se había convertido en el enemigo a batir de todo el condado por tumbarse a la sombra y dedicarse a tomar refrescos.

–Encantado de conocerte, Tessa –dijo, sin dejar de sonreír–. Confieso que me has causado una impresión verdaderamente grata…

Ella se cruzó de brazos y arqueó una ceja con tal gesto de disgusto que le arrancó una carcajada a Grant.

–No me malinterpretes –se apresuró a añadir–. Me refería a que tu talento natural me ha causado una gran impresión.

–¿Mi talento natural? –ironizó Tessa, con la ceja aún arqueada–. Está bien… Supondré que es un cumplido a cuenta de mis habilidades como amazona.

Grant se sintió aliviado y cambió rápidamente de conversación.

–Sé que estás ocupada, pero….

–Estoy mucho más que ocupada –lo interrumpió.

–Sí, bueno…

–No te molestes en insistir. He preparado una hoja con mis horarios, para que sepas cuándo estoy entrenando, cuándo estoy en los establos y cuándo me puedes ver. Espero que te atengas a ello; pero si surge algún problema y no puedes estar en alguno de los

momentos que te he reservado, haré lo posible por concederte otro.

Grant se acordó de su hermana, y le faltó poco para romper a reír. Tessa Barrington era tan obsesiva como ella en cuestiones de organización. O, al menos, tan obsesiva como lo había sido antes de sufrir aquel accidente.

La miró a los ojos de nuevo y se dio cuenta de que estaba hablando en serio. Definitivamente, iba a ser un hueso duro de roer.

Además, tenía la sensación de que el rodaje no le hacía ninguna gracia. Cualquiera habría estado encantado de que se rodara una película en su propiedad con tal de que se le asociara con una película de Bronson Dane y con Max Ford como protagonista. Pero Tessa no los quería allí. Quería seguir en su mundo perfectamente ordenado, con sus hojas de horarios y su coleta tensa. Sin despeinarse.

Y a Grant le habría encantado despeinarla.

Sin embargo, era el coproductor de la película y no iba a repetir los errores que habían destrozado la vida de su familia. Mientras estuviera allí, se abstendría de relaciones problemáticas. Especialmente, porque estaba a punto de conseguir su siguiente objetivo, tener su propia empresa de producciones.

–Me parece bien, Tessa. Estoy seguro de que encontraremos la forma de trabajar juntos… Pero, ¿cuándo me podrás conceder la primera audiencia? –preguntó con humor–. Mi equipo llega dentro de un mes y tengo que visitar el rancho para elegir los sitios donde van a rodar.

Ella ladeó la cabeza.

–Mi padre quiere que os ayude, pero eso no significa que vuestro proyecto cinematográfico cuente con mi apoyo –replicó–. No voy a permitir que una película se interponga en mi trabajo. Mi prioridad son las carreras. Siempre lo han sido y siempre lo serán.

Grant la encontró tan refrescante que sonrió. Estaba harto de mujeres que se acercaban a él por su fama o su cuenta bancaria. Pero a Tessa no le interesaba ni lo uno ni lo otro.

–Lo comprendo perfectamente –dijo, en un intento por ganársela–. Sé que estás muy ocupada, y haré lo posible por no robarte demasiado tiempo.

Tessa lo miró con desconfianza.

–Déjame que te diga una cosa, Grant. En circunstancias normales,

no habría consentido que un hombre me siga a todas partes como si fuera mi sombra. He hecho una excepción contigo porque es la única forma de conseguir que vuestra película sea absolutamente veraz. No quiero que transforméis la vida de mi padre en algo feo y dudoso.

A Grant le pareció un comentario interesante. Era obvio que Tessa había tenido alguna experiencia mala en ese sentido, y que ahora desconfiaba de todo el mundo. Por lo visto, estaba condenado a pasar un mes entero con una mujer amargada.

–No te preocupes. Me aseguraré de que la película satisfaga a todas las partes –le prometió.

Ella le dedicó una sonrisa tensa.

–Excelente. Me alegra saber que los dos queremos lo mismo.

Grant no estaba muy seguro de que los dos quisieran lo mismo. Por lo menos, en ese momento. Tessa le gustaba tanto que habría dado cualquier cosa por soltarle la coleta, desnudarla y hacerle el amor encima de un montón de heno.

Al parecer, iba a ser un mes muy largo.

Tessa sabía reconocer a un hombre que se sentía atraído por ella. Y, a decir verdad, ella también lo encontraba sexy. Pero se creía inmunizada contra los hombres atractivos y de palabra fácil.

Además, Grant Carter era tan sospechosamente urbano como Aaron, el último tipo que había suscitado su interés. Un individuo de trajes caros y zapatos relucientes que no se acercó a ella porque le interesara desde un punto de vista romántico, sino porque quería utilizar su apellido y su dinero para hacer negocios.

Después de aquella decepción, no había ninguna posibilidad de que se dejara engatusar por nadie. Especialmente, si se trataba de un desconocido de Hollywood que, para empeorar las cosas, había conseguido que su corazón latiera más deprisa sin más esfuerzo que una sonrisa irónica y un par de miradas intensas.

Tessa Barrington no era como la mayoría de las chicas de su edad. Tenía veinticinco años, pero el amor no le interesaba en absoluto. Toda su vida giraba alrededor de su trabajo y del único sueño que significaba algo para ella: conseguir la Triple Corona.

–Será mejor que me vaya. Oliver necesita correr un poco –dijo,

refiriéndose al caballo–. Cuando mi padre me informó de que llegabas hoy, supuse que aparecerías por la tarde. De hecho, te reservé un par de horas después de comer.

Grant miró la hora en su reloj.

–Puedo volver más tarde, aunque estaría bien que me dieras esa hoja que has preparado. No quiero molestarte otra vez.

Tessa suspiró. Sabía que Grant se estaba burlando de ella, pero estaba acostumbrada a ese tipo de situaciones.

–De acuerdo. Te la daré dentro de un par de horas, cuando nos volvamos a ver.

Tessa se giró hacia Oliver. No era el caballo que montaba en competición, sino un animal caprichoso e hiperactivo al que, sin embargo, quería como si fuera su propio hijo. Se llevaba muy bien con él. Se entendían. Y, al igual que ella, detestaba a los forasteros.

De repente, Grant la tomó entre sus brazos y la alejó del purasangre.

–¿Se puede saber qué demonios estás haciendo? –preguntó Tessa, clavando la vista en sus ojos oscuros, casi negros.

Grant no la estaba mirando a ella, sino al caballo. Y Tessa aprovechó la circunstancia para admirar su piel morena, los fabulosos músculos de su pecho y su intenso y masculino aroma.

–¿Grant? –insistió.

Él sacudió la cabeza, como volviendo en sí.

–Lo siento… El caballo ha hecho un movimiento raro, y me ha parecido que te iba a golpear –se disculpó–. No quería que te hiciera daño.

Tessa se cruzó de brazos. Estaba tan confundida con su comportamiento como asombrada por el hecho de que se hubiera sentido obligado a rescatarla.

–¿Hacerme daño? Ningún caballo me ha hecho daño en toda mi vida… Además, Oliver es así, bastante nervioso. Yo soy la única persona que lo puede montar.

Grant se encogió de hombros.

–Discúlpame. No tengo experiencia con estas cosas.

Tessa lo miró con interés.

–¿Estás seguro de que sabrás comportarte en un rancho?

Él sonrió con debilidad.

–Sí, no te preocupes…

Tessa no quería sentir nada por aquel hombre de voz suave y ojos oscuros. Pero le había gustado que saliera en su defensa, y tenía un fondo de vulnerabilidad que le resultaba intensamente atractivo.

–No quiero ser grosera, pero vas a trabajar en una película sobre caballos. ¿No crees que deberías saber algo al respecto?

Grant se apartó con una zancada lenta y suave que habría despertado la envidia de cualquier vaquero. Tessa se quedó sorprendida unos instantes. Si no hubiera sido por su ropa, tan limpia y bien planchada como si se la acabara de comprar, habría pensado que vivía en un rancho. Pero se recordó que trabajaba en Hollywood, y que la gente del cine estaba acostumbrada a interpretar personajes.

Se detuvo tan cerca de ella que se vio obligada a elegir entre mirar su camisa gris de franela o mirar sus ojos. Y todo lo que veía le gustaba tanto que olvidó lo que estaba diciendo.

–Por eso estoy aquí. Para que me ayudes a entender el mundo de los caballos –contestó–. Llevo mucho tiempo esperando un proyecto tan importante como este… Y puedes estar segura de que, cuando quiero algo, encuentro la forma de hacerlo mío.

Tessa se preguntó por qué le había parecido que aquellas palabras se referían a ella. Se preguntó por qué la habían estremecido y, sobre todo, se preguntó cómo era posible que se sintiera atraída por él. ¿Es que no había aprendido nada?

Además, en su mundo no había sitio para el amor. Tenía títulos que ganar, premios que recoger, objetivos que cumplir. No permitiría que nada ni nadie se interpusiera en su camino. Aunque fuera la tentación personificada.

Tampoco podía negar que aquel hombre de espalda ancha y ojos hipnóticos la estaba volviendo loca. En solo unos minutos, había logrado que las hormonas se le desataran y que su mente empezara a añorar la vida sexual que nunca había tenido.

–No desperdicies tus encantos conmigo –le advirtió–. A mí solo me interesan las carreras y los caballos.

Grant volvió a sonreír.

–No es ningún desperdicio, Tessa. Sé que te sientes tan atraída por mí como yo por ti. Es lógico que nuestra imaginación se desboque cuando vemos a una persona que nos gusta… Le pasa a todo el mundo. No hay necesidad de negar los hechos.

Tessa soltó una carcajada.
–Tu ego es tan grande que no sé cómo has podido entrar en los establos. Pero yo me tengo que ir, guapo –ironizó–. Ah, y ten cuidado cuando salgas… No sea que tu arrogancia se estampe contra el marco de la puerta.
Él rio y Tessa se dijo que tendría que ser más convincente si quería disimular sus sentimientos. No se podía permitir el lujo de bajar la guardia. Porque, si la bajaba, se encontraría atrapada en el elegante y seductor mundo de Grant.

Capítulo Dos

Grant miró la ancha escalera que llevaba a la terraza del segundo piso y pensó que sería perfecta para rodar la primera escena. Quería que la película empezara con los primeros años de Damon y Rose Barrington; y, como aquel lugar era el centro de su familia, debían empezar por ahí.

Al salir a la terraza imaginó a Max Ford en el papel de Damon y sonrió sin poder evitarlo. El actor se apoyaría en la barandilla y observaría a dos niñas que estarían jugando en el jardín; una de las cuales, naturalmente, representaría el papel de la pequeña Tessa Barrington.

Grant sacudió la cabeza. Estaba seguro de que siempre había sido una obsesa de la organización. Incluso en su más tierna edad.

–Buenas tardes…

Grant sonrió al oír la voz de Damon Barrington, y se giró hacia él con intención de saludarlo. Era un hombre alto, delgado y de cabello canoso, cuya presencia imponía atención y respeto. Aquel rodaje iba a suponer un gran salto adelante en la carrera profesional de Grant.

Dirigir películas era su verdadera pasión. Adoraba trabajar con los actores y disfrutar del clima de confianza que siempre se formaba. Pero estaba preparado para ir más lejos. Y coproducir aquella película era una oportunidad de oro.

–Siento no haber estado aquí cuando has llegado. –Damon le dio una palmadita en la espalda–. Tengo entendido que ya has hablado con Tessa…

Grant asintió.

–Sí, he quedado con tu hija dentro de unos minutos. Me ha preparado un horario.

Damon soltó una carcajada.

–Ah, esa chica… Cuando no está con los caballos, está delante de su ordenador, preparando horarios, programas y demás.

Grant pensó que Tessa solo necesitaba relajarse un poco. Y se le

ocurrían unas cuantas formas de relajarla. Pero su contrato se lo impedía.

Empezaba a odiar la maldita cláusula de marras; una cláusula que, por otra parte, no podía ser más injusta. Era verdad que, en cierta ocasión, se había emborrachado con una maquilladora y habían terminado en las portadas de los periódicos, pero habían pasado años desde entonces.

Además, ya no estaba tan seguro de que quisiera sentar cabeza. Tessa era muy atractiva, y no se le ocurría ninguna razón por la que no pudieran divertirse un poco. A fin de cuentas, iban a estar juntos durante todo un mes. Y un mes sin diversión podía ser extremadamente largo.

–Por lo visto, ha marcado en verde las horas que me puede dedicar…

Damon suspiró y se pasó una mano por la cara.

–Supongo que ha salido a su madre… Mi difunta esposa era de las que ponen etiquetas en todas partes y programan cada minuto del día –explicó–. Me sacaba de quicio.

–Espero que puedas hablar con Lily cuando llegue a la casa –dijo Grant, refiriéndose a la actriz que iba a interpretar el papel de Rose Barrington–. Ha estudiado la biografía y los materiales que le enviaste, pero no es lo mismo que hablar con el hombre que estuvo casado con ella.

–Será un placer –afirmó Damon–. Aunque me sigue sorprendiendo que alguien quiera grabar una película sobre mi vida.

–Eres un hombre extraordinario, y no puedes negar que fundaste una familia extraordinaria: ganaste la Triple Corona y tienes dos hijas que han seguido tus pasos. Tessa es jinete y Cassie, adiestradora de caballos –le recordó–. Hay quien opina que eres el tipo con más suerte del sector.

Damon sonrió.

–Lo mío no es suerte, sino paciencia y trabajo.

Grant tuvo la sensación de que Damon Barrington era algo más que un antiguo jinete devenido en dueño de una cuadra prestigiosa. También era un hombre de familia. Cuando alguien mencionaba a sus hijas, los ojos se le iluminaban con el mismo orgullo que aparecía en los de Tessa cuando hablaba sobre él. Y para Grant, no

había nada más importante que la familia.

Por eso se resistía a ver a su hermana. Porque le había destrozado la vida y se sentía terriblemente avergonzado.

Sacudió la cabeza e intentó concentrarse en la película que iba a coproducir. Al fin y al cabo, era la oportunidad que había estado esperando durante tanto tiempo. Y no permitiría que nada se interpusiera en su camino. Empezando por Tessa.

Afortunadamente, la bella y sexy amazona no estaba en posición de sabotear la película. Podía complicar las cosas, pero Grant se dijo que encontraría el modo de romper su caparazón. Ya se había dado cuenta de que, por mucho que se fingiera inmune a sus encantos, se sentía atraída por él. Lo había notado en el brillo de sus ojos y en la dilatación de sus pupilas cuando le miraba los labios.

Tessa Barrington no iba a ser un problema.

–En fin, será mejor que me marche. Tengo que entrevistar a un candidato que quiere el puesto de mozo de cuadra –explicó Damon, que echó un vistazo a su teléfono móvil y se lo guardó en el bolsillo–. Pero, por favor, siéntete como si estuvieras en tu propia casa… Puedes ir adonde quieras y ver lo que quieras. Supongo que habrán llevado tu equipaje a una de las cabañas.

Grant asintió.

–Sí, ya lo han llevado. Aunque no hacía falta, me podría haber alojado en un hotel hasta que llegaran los habitáculos del equipo de rodaje.

–Tonterías. Tenemos dos cabañas para invitados, además de la que ocupan Cassie y su bebé. No es que sean muy grandes, pero son mejor que una habitación de hotel o un remolque.

–Eso es cierto.

–Volveré dentro de un rato. Si me necesitas, estoy a tu entera disposición. Pero sospecho que Tessa se habrá encargado de todo.

Grant volvió a sonreír.

–No tengo la menor duda al respecto.

Damon se fue y Grant continuó con la visita a la propiedad, decidido a no pasar ningún detalle por alto.

Minutos después, miró la hora y vio que faltaba poco para su cita con Tessa, así que se dirigió a los establos. No quería llegar tarde. Conociéndola, era capaz de marcharse.

Mientras caminaba, se puso a pensar en formas de sacarla de su

mundo perfecto. ¿Cómo era posible que fuera tan aburrida? ¿Cómo era posible que redujera la existencia a un conjunto de compromisos milimétricamente ordenados en un papel? Tessa Barrington parecía creer que ser serio implicaba renunciar a vivir. Y se equivocaba.

–Veo que eres puntual. Hasta es posible que nos llevemos bien.

Grant admiró el cuerpo de Tessa, llevaba unos pantalones de montar ajustados y un casco de amazona.

–¿Por qué no vamos dentro? –preguntó él, haciendo caso omiso de su comentario–. Podremos beber algo y charlar un poco.

Ella se cruzó de brazos y sonrió.

–¿Por qué quieres que entremos? ¿Es que el chico de la gran ciudad no soporta el calor?

Él soltó una carcajada.

–Lo he dicho por ti. He supuesto que necesitarías un descanso…

–Yo no necesito descansar –dijo, orgullosa–. Y, en cuanto al calor, no me molesta.

Incapaz de refrenarse, Grant se acercó y le apartó un mechón de pelo de la cara. Tessa respiró hondo, con un gesto de sorpresa que a él le encantó.

–Bueno es saberlo…

–¿Bueno? ¿Por qué?

–Porque significa que no tienes miedo de las actividades que provocan sudoración –respondió Grant en voz baja.

Tessa le dedicó una sonrisa sarcástica.

–Tendrás que esforzarte más, guapo. Ese tipo de indirectas no te servirán conmigo.

–Oh, solo me estaba divirtiendo un poco –ironizó él–. Me gusta incomodarte. No se me ocurre nada mejor que hacer.

Ella ladeó la cabeza, sin apartar la vista de sus ojos.

–¿Ah, no? Yo pensaba que habías venido a producir una película.

Él se inclinó y aspiró su aroma.

–Puedo hacer varias cosas a la vez. Soy multitarea.

Tessa rio y le dio una palmadita en la cara.

–Mira qué bien… Y ahora, ¿qué te parece si comemos algo? Te he reservado dos horas de mi tiempo, y solo te queda una hora y cincuenta minutos.

Ella se apartó y se dirigió a la casa con lentitud, meneando las

caderas bajo los ajustados pantalones.

Grant se la quedó mirando como un tonto, momentáneamente hipnotizado. Pero no se dejó engañar por la actitud de Tessa.

Ya no tenía ninguna duda. Lo deseaba. Lo había visto en sus ojos y en la vena que a veces le latía en el cuello.

Al parecer, iba a ser un rodaje de lo más interesante.

Tessa entró en la casa de su padre por la puerta de atrás y se sintió mejor al notar el refrescante aire acondicionado.

Estaba acalorada, aunque la temperatura de su cuerpo no se debía al clima, sino al guaperas de Hollywood que se creía capaz de seducirla. Y si no se andaba con cuidado, había grandes posibilidades de que lo consiguiera.

El panorama era desolador. ¿Cómo iba a sobrevivir a un mes entero con Grant Carter? Solo habían hablado unos minutos y ya la tenía en la palma de su mano.

Pero no lo quería desear. Técnicamente, era el enemigo. Un hombre sexy, de palabras seductoras y miradas que le acariciaban la piel; un hombre que, con toda seguridad, estaba acostumbrado a que las mujeres se pelearan por un poco de su afecto.

Además, la idea de participar en un rodaje le revolvía el estómago. Siendo jinete e hija de Damon Barrington, había tenido que aprender a tratar con los medios de comunicación. Pero una película era otra cosa.

Al llegar a la cocina, abrió el frigorífico y sacó una botella de agua. Cuando se dio la vuelta, vio que Grant la había seguido y que la estaba mirando con intensidad, con los brazos cruzados sobre el pecho.

–¿Quieres agua? –le preguntó.

Él sacudió la cabeza.

–No, gracias. ¿A qué hora sueles salir a montar?

Ella abrió la botella y echó un trago.

–A primera hora de la mañana –contestó–. Pero nos hemos quedado sin mozo de cuadra y, hasta que mi padre contrate a otro, me encargo de los caballos y de la limpieza de las caballerizas, donde estoy casi todo el día… y, a veces, de noche. Cuando no tengo sueño, me acercó a los establos, monto un rato y me quedo a

dormir allí.

–Deduzco entonces que vives cerca…

Tessa asintió.

–Mi propiedad está junto a la de mi padre, aunque no es tan grande como la suya. Por eso tengo mis caballos en su rancho.

–Damon mencionó que tu hermana vive en una de las cabañas…

–Sí, con Emily, su hijita. –Tessa se apoyó en la encimera–. Volvió al rancho cuando su marido la abandonó.

–Menudo cretino.

–Y que lo digas. Su marido era el mozo de cuadra, y ahora nos hemos quedado sin él.

Grant la miró a los ojos y sonrió.

–Sois dos hermanas poco comunes. Una se dedica a adiestrar caballos y, la otra, a competir.

–Sí, no es muy habitual, pero las dos somos buenas en lo que hacemos –afirmó Tessa–. Hasta hace poco, las mujeres estaban tan discriminadas que no podían ser adiestradoras. Sin embargo, mi padre no es un hombre conservador en ese sentido. Contrataba a mujeres cuando nadie las habría contratado.

–Lo sé. Lo he leído en su biografía, y me parece un detalle interesante.

Tessa cambió de posición. La mirada de Grant la estaba incomodando. Tenía la sensación de que no parpadeaba nunca.

–Sea como sea, Cassie es la mejor adiestradora que he visto.

–Es mayor que tú, ¿verdad?

–En efecto. Me saca tres años.

–¿Y nunca ha querido ser jinete?

Tessa estuvo a punto de reír. Cassie tenía un temperamento dulce que no se llevaba bien con la competición. Lo suyo era cuidar de los caballos.

–No, prefiere estar en la sombra, moviendo los hilos –dijo–. Además, no es como yo… no disfruta con la adrenalina de las carreras.

Grant se acercó y se detuvo a su lado.

–Jamás habría imaginado que una mujer tan perfeccionista y obsesiva como tú fuera una fanática de la adrenalina.

Tessa lo miró a los ojos y se maldijo a sí misma por desearlo tanto.

–Soy más complicada de lo que parece. Tengo muchas capas –declaró–. No puedes conocerlas todas en tan poco tiempo.

Él sonrió y ella clavó la vista en su boca.

¿Qué se sentiría al acariciar aquellos labios? Y, sobre todo, ¿por qué permitía que el deseo la dominara? Intelectualmente, no tenía la menor intención de acariciar los labios de Grant. Sin embargo, su cuerpo era otra cosa.

–Puede que no, pero me gustaría conocer tantas como sea posible –replicó él.

Tessa lo miró a los ojos. No iba a permitir que la intimidara.

–¿Solo te gustaría? Parece que no lo tienes muy claro… Aunque no seré yo quien se queje.

Grant rio.

–Bueno, es que mi contrato incluye determinadas limitaciones.

Por primera vez en mucho tiempo, Tessa lamentó no medir unos cuantos centímetros más. Ser pequeña era una ventaja y un requisito para cualquier jinete, pero Grant era tan alto que se sentía minúscula en comparación.

–¿Tú contrato? ¿Insinúas que te han prohibido coquetear?

–Más que coquetear, seducir…

Tessa tragó saliva. Era consciente de que se estaba metiendo en terrenos peligrosos.

–¿Eso es lo que estabas haciendo? ¿Intentando seducirme?

Grant miró sus labios un par de segundos.

–Si intentara seducirte, lo sabrías de inmediato –contestó con humor–. Solo estaba flirteando… Una actividad perfectamente inocua.

Tessa no estaba segura de que hubiera algo inocuo en Grant Carter. Por lo menos, no en su irónica sonrisa y, por supuesto, tampoco en la suavidad de sus palabras, que la acariciaban como la brisa en un cálido día de verano.

Le gustaba hasta tal punto que empezaba a dudar de su decisión de seguir virgen. Y era el primer hombre que conseguía eso. Pero, por mucho que le tentara, el momento no podía ser peor. Entre la película y las carreras para las que se estaba preparando, no tenía tiempo de profundizar en lo que sentía.

Además, ¿por qué deseaba a una persona que, en principio, era un reflejo exacto del hombre del que se había separado unos meses

antes? La había engañado, había intentado abusar de su posición y, cuando fracasó, intentó arruinar su carrera para que se viera obligada a casarse con él y a mudarse con él a la ciudad.

¿De verdad creía que le iba a dar dinero para su negocio? Si hubiera estado realmente enamorado de ella, si hubiera respetado su forma de ser y su profesión, lo habría apoyado con dinero y con cualquier cosa que necesitara. Pero cometió el error de plantearle un ultimátum. Y Tessa hizo lo único que podía hacer: largarlo con viento fresco.

–¿Quieres que lo incluyamos en tu programa de actividades? –preguntó Grant.

Ella sacudió la cabeza y lo miró con perplejidad.

–¿De qué estás hablando?

Él volvió a sonreír.

–Del coqueteo, naturalmente. ¿Puedo coquetear contigo en cualquier momento? ¿O solo en algún instante preciso de las horas que me concedes? –ironizó–. Estoy abierto a cualquier posibilidad… Soy un maestro de la multitarea. Pensándolo bien, creo que me limitaré a coquetear contigo cuando menos te lo esperes.

Tessa sintió el deseo de desabrocharse un botón de la camisa. De repente, tenía tanto calor que necesitaba un poco de aire. Pero hizo un esfuerzo y se contuvo. No quería que Grant se diera cuenta de que se la estaba ganando.

–En ese caso, estaré preparada –dijo, obligándose a mirarlo a los ojos.

–¿Preparada para mí? Lo dudo mucho, chica de campo…

Ella arqueó una ceja.

–¿Por qué tengo la sensación de que tienes un problema con tus hormonas? No parece que las controles muy bien.

–Oh, te aseguro que las controlo… Si no las controlara, ya te habría besado.

Las palabras de Grant la estremecieron. Pero se apoyó en la encimera, respiró hondo y se dijo que, si no podía evitar esas reacciones, sería mejor que se relajara y se dejara llevar.

–Pues menos mal que las controlas, porque cometerías un error si me besaras.

Tessa fue perfectamente consciente de que lo estaba provocando, y de que su provocación tendría una respuesta. Pero no podía hacer

nada al respecto. Por mucho que lo negara, se sentía atraída por él. Y se odiaba por ello.

–¿Ah, sí? –Grant se acercó un poco más, sin dejar de sonreír–. ¿Por qué sería un error?

–Para empezar, porque no me siento cómoda con la película.

–¿Y para continuar?

–Porque no tengo tiempo –respondió–. Me estoy preparando para la primera de las carreras que, con un poco de suerte, me llevarán a conseguir la Triple Corona.

Él soltó una carcajada.

–Discúlpame, Tessa, pero no creo que un simple beso pueda truncar tus rutinas laborales –declaró–. Y, por lo demás, siempre investigo a fondo cuando tengo que rodar una película.

–Pues no pareces la clase de personas que investigan nada –objetó ella–. No pareces un hombre minucioso…

Súbitamente, Grant le puso las manos en las mejillas y se apretó contra su cuerpo, inclinándola sobre la encimera. Tessa se quedó inmóvil, esperando, con el corazón en un puño. Más consciente que nunca de su intensa sexualidad.

–Querida, yo soy minucioso con todo.

La besó, y ella se alegró de estar atrapada entre su cuerpo y la encimera de la cocina; porque, de lo contrario, se habría caído al suelo. Su asalto fue tan brusco y apasionado que despertó hasta la última de las zonas dormidas de Tessa.

Y, entonces, algo hizo clic en su interior. Como dos piezas que encajaran a la perfección.

La lengua y los labios de Grant consumían toda su energía y su capacidad de pensar. ¿Cómo era posible que sintiera un beso en todo el cuerpo? Un simple beso que, no obstante, le causaba oleada tras oleada de placer.

Incapaz de refrenarse, Tessa gimió y se aferró a sus poderosos bíceps. Un segundo después, Grant alzó la cabeza y la miró a los ojos.

–Lo siento. Por lo visto, no soy capaz de controlar mis hormonas.

–Ni de respetar tu contrato… –dijo, casi sin aire.

Grant sonrió.

–Bueno, no ha sido para tanto. No se puede decir que lo haya roto.

Él se fue por la puerta de atrás, y Tessa tardó unos segundos en caer en la cuenta de dos cosas: Grant se había marchado cuando aún faltaba una hora del tiempo que le había concedido; y ella no le había dado una copia del horario.

Suspiró, se sentó en un taburete y llegó a una conclusión: Grant Carter estaba en lo cierto. Hiciera lo que hiciera, nunca estaría preparada para él. Siempre encontraba la forma de pillarla por sorpresa.

Capítulo Tres

Grant miró el horario que estaba en la cocina de la cabaña donde se alojaba. Aunque, por otra parte, no se podía decir que aquello encajara en el concepto de cabaña. Era una casa de doscientos metros cuadrados, con un cuarto de baño gigantesco y un patio que daba a los establos.

Alcanzó el café que acababa de preparar y echó otro vistazo al papel, lleno de colorines. La obsesa de la organización debía de estar muy enfadada. Según el horario, que había encontrado la noche anterior en la puerta principal, ya llegaba cinco minutos tarde a su cita. Sin embargo, no era culpa suya. Bronson Dane lo había llamado por un asunto relativo al alojamiento del equipo de rodaje, y no había tenido más remedio que hablar con él.

Tomó un poco más de café y dejó la taza a un lado. Estaba medio llena, pero no tenía tiempo de terminárselo. Sospechaba que Tessa no se mostraría comprensiva con su tardanza.

¿Por qué se sentía como si fuera un niño al que habían llamado al despacho del director? Ni él era menor de edad ni ella tenía poder alguno sobre su vida. Pero, a pesar de ello, se guardó la llave de la cabaña y salió a toda prisa.

Los establos eran un edificio enorme, de dos pisos de altura, con paredes de piedra y superficies de madera que, en su opinión, serían un fondo perfecto para muchas escenas de la película. Tenía un aire de riqueza y poder, como el propio Damon Barrington.

Ya estaba a punto de entrar cuando vio que Tessa se disponía a salir a lomos de un purasangre. Grant se detuvo y se limitó a admirar la escena, en calidad de productor y de hombre.

Se había recogido el pelo en una coleta, y el largo mechón de cabello rojizo oscilaba a uno y otro lado con el movimiento del animal. Llevaba una camisa blanca y unos pantalones tan maravillosamente ajustados a su figura que Grant sintió el deseo de acariciarle las caderas. Tessa era baja y de aspecto delicado, pero con curvas que habrían vuelto loco a cualquier heterosexual.

–¿Qué haces ahí? –preguntó ella al verlo.
–Mirar –contestó con una sonrisa.
Tessa arqueó una ceja.
–¿Mirar los establos? ¿O mirarme a mí?
Grant rio.
–Las dos cosas.
–Buena contestación. Pero espero que tengas alguna excusa para tu retraso.
Grant se encogió de hombros y se acercó a ella.
–¿Es que me sería de utilidad?
–¿Una excusa? No.
–Entonces, no te daré ninguna.
–Mejor.
Tessa llevó su montura hacia uno de los cercados.
–Supuse que no ibas a venir –continuó–, así que he ensillado a Romeo para practicar un poco. Pero, si quieres que hablemos, lo dejaré para otro momento.
Grant no quería hablar ni hacer preguntas. Solo quería admirar sus gráciles y eficaces movimientos.
–Bueno, supongo que deberíamos trabajar…
–Muy bien.
Tessa desmontó y devolvió el caballo a los establos, donde le quitó la silla y lo empezó a cepillar.
–Romeo va a ser un gran caballo de carreras. Su padre era un ganador, y estoy segura de que él también lo será –explicó.
–¿Cuándo podrá competir?
–Según Cassie, el año que viene –respondió–. Todavía no está preparado.
Tessa se puso al otro lado del caballo y lo siguió cepillando. Grant miró sus manos y empezó a pensar en lo que podrían hacer en su cuerpo.
–¿Tienes algún hipódromo preferido?
Ella sonrió de oreja a oreja.
–Sí, cualquier hipódromo donde gane.
Grant se acercó un poco, pero manteniendo las distancias.
–¿Cuántos años tenías cuando empezaste a montar?
–Oficialmente, dieciocho. Pero llevo toda la vida entre caballos –respondió ella, sin dejar de cepillar al animal–. Casi no he hecho

otra cosa… Me gusta tanto que hasta me perdí el baile de fin de curso del instituto. Prefería estar aquí.

–Supongo que no habrá ningún sitio en el rancho donde no hayas estado…

–Supones bien. Cuando no salgo a montar por trabajo, salgo a montar por diversión.

–En ese caso, ¿por qué no me lo enseñas?

–Sería un placer. Pero has llegado tarde, y tu tiempo se está acabando. No podríamos ver gran cosa –respondió.

–Eso no es justo –protestó él–. Tú tampoco estabas preparada cuando he llegado.

–Porque pensé que no ibas a venir.

–Vamos, Tessa… –insistió Grant–. Sé un poco más flexible.

Tessa lo miró con cara de pocos amigos; pero, tras unos momentos de silencio, dejó el cepillo a un lado, se dirigió a la parte delantera de las caballerizas y dijo:

–Sígueme.

Grant la siguió, encantado. Sobre todo, porque tenía una vista preciosa de sus oscilantes nalgas.

–¿No vamos a ir a caballo? –se interesó.

–No –dijo ella, sin detenerse.

Él suspiró. No podía permitir que el miedo lo dominara, pero se sintió aliviado al saber que no tendría que montar.

–Entonces, ¿iremos en coche?

–No exactamente.

Tessa lo llevó a otro de los edificios del rancho, y se subió a un vehículo muy particular: una moto de cuatro ruedas.

–¿Un *quad*? –preguntó él, perplejo.

–Sube, guapo –ironizó ella–. Te enseñaré las zonas más bonitas.

Grant se dijo que, para zonas bonitas, las suyas. Sin embargo, guardó silencio.

–No te importa que conduzca, ¿verdad?

Tessa le lanzó una mirada intensa. Inclinada sobre el manillar y con las piernas separadas, estaba tan tentadora que Grant tuvo que hacer un esfuerzo por refrenarse. Además, sabía que le tomaba el pelo. Solo le quería provocar.

Pero a ese juego podían jugar los dos.

Se sentó detrás y se apretó tanto como pudo contra su cuerpo,

cerrando las piernas sobre sus muslos. Después, le puso las manos en la cintura y le susurró:

–No me importa en absoluto.

Ella giró la cabeza, lo justo para poder mirarlo a los ojos.

–No compliques las cosas, guapo.

–Descuida. No tengo intención de complicar nada.

Tessa giró la llave de contacto y arrancó. Pero tan deprisa, que Grant se tuvo que aferrar a ella para no salir despedido.

Grant la rodeaba con sus brazos y sus piernas. Y, en lugar de sentirse atrapada o agobiada, se sentía excitada y ansiosa.

Aquel hombre la tenía todo el tiempo en ascuas. Nunca sabía lo que iba a hacer o a decir. Pero sabía una cosa: que no iba a permitir que sus hormonas la traicionaran. A fin de cuentas, no estaban precisamente acostumbradas a tomar el control de la situación.

Además, ningún chico de ciudad la iba a alejar de lo que más deseaba: ganar la Triple Corona. Por muy atractivo que fuera.

Sin embargo, eso no impedía que se sintiera tan delicada como protegida entre sus brazos. Y no quería sentirse así. Estaba contenta con la vida que llevaba o, por lo menos, con la vida que había llevado hasta que Grant llegó al rancho con sus miradas cálidas y su cara sin afeitar.

Mientras avanzaban entre graneros y otros edificios, echó un vistazo al domicilio de Cassie y frunció el ceño. Su hermana le había enviado un mensaje para decirle que Emily tenía fiebre y que la iba a llevar al ambulatorio. Esperaba que no fuera grave y que no trastocara demasiado su trabajo, porque Cassie no tenía tiempo para nada. Se veía en la obligación de compaginar la crianza de la niña con su empleo como adiestradora de Stony Ridge. Y, por si eso fuera poco, se habían quedado sin mozo de cuadra.

Aceleró y se dirigió hacia el lugar que, desde su punto de vista, era el más bonito de la propiedad. Estaba segura de que a Grant le encantaría, y de que rodarían en él alguna de las escenas de la película. Especialmente, porque estaba ligado a la historia de Damon y Rose.

Al pensar en su madre, Tessa se emocionó. Habían pasado muchos años desde su fallecimiento, pero la echaba de menos

constantemente. Su marcha le había dejado un vacío que nadie podía llenar.

Momentos después, detuvo el quad y esperó a la reacción de su acompañante.

–Guau… –dijo Grant ante las vistas–. Esto es precioso.

Ella asintió. Estaban en lo alto de una colina desde la que se veía un valle y una laguna rodeada de pinos y abetos, cuyas aguas brillaban bajo la luz del sol.

–Vengo aquí cuando necesito relajarme –le confesó–. Es un lugar muy tranquilo.

Tessa se giró un poco y vio que Grant miraba el paisaje como si nunca hubiera visto nada tan bello. Quiso empaparse de su expresión y de sus rasgos pero ¿de qué habría servido? No se iba a quedar; y, aunque se quedara, ella no tenía tiempo para una relación amorosa. De hecho, ni siquiera estaba buscando una relación amorosa.

Además, dudaba de que Grant se sintiera atraído por una mujer virgen. Aunque, evidentemente, él desconocía ese detalle. Y no tenía intención alguna de compartirlo.

–¿Quieres que te lleve abajo? –le preguntó.

–Sí, por favor.

Tessa arrancó de nuevo y condujo el vehículo por la pequeña pendiente, hacia la laguna. Cuando llegaron a la orilla, Grant bajó del *quad* y le ofreció una mano, que ella aceptó. Si quería interpretar el papel de hombre caballeroso, le dejaría hacer.

Luego, él la soltó y ella miró la superficie del agua. Como estaban detrás de la colina, ya no podían ver la casa principal.

–Mi padre y mi madre venían aquí con frecuencia de picnic –le informó–. Recuerdo que, cuando Cassie y yo éramos niñas, ella nos contaba un montón de historias sobre su relación.

Tessa suspiró y siguió hablando.

–Nunca me cansaba de oírlas… Esas cosas son importantes para los niños, ¿sabes? Tener unos padres que se aman y que lo demuestran –dijo–. De ese modo, se acostumbran al amor y aprenden a no contentarse con menos cuando crecen.

Grant la miró. Las puntas de su coleta bailaban con la brisa. Tenía la mirada perdida en la distancia y los brazos cruzados sobre el pecho.

En el fondo, Tessa Barrington era una romántica.

–¿Por eso estás sola? ¿Porque no has encontrado el amor verdadero?

Ella arqueó una ceja.

–De momento, no tengo tiempo para esas cosas. Estoy demasiado ocupada –contestó–. Pero, ¿qué me dices de ti?

Grant rio.

–A decir verdad, me encantaría sentar cabeza… Mi familia se parece bastante a la tuya. Y también creo que es importante que los padres se amen y que demuestren su amor –afirmó–. Cuando tenga hijos, me encargaré de que sepan lo mucho que quiero a su madre.

Tessa se quedó boquiabierta.

–¿Por qué me miras así? ¿No pensabas que quisiera tener hijos?

–Sinceramente, no…

Ella apartó la mirada y cambió de conversación, nerviosa.

–Cuando me quiero relajar, ensillo a Oliver y salgo a montar un rato. Siempre viene a la laguna. Y últimamente…

Grant esperó a que Tessa terminara la frase, pero no la terminó. Se había quedado muy seria, con expresión triste.

–¿Qué ocurre últimamente? ¿Estás estresada con tu trabajo?

–No más de lo habitual –contestó–. Además, mi trabajo me gusta, no tengo motivos para quejarme.

Tessa se inclinó y se sentó en el suelo.

–Ponte cómodo –continuó–. Salvo que tengas miedo de mancharte tus flamantes y caros pantalones…

Grant estuvo a punto de decir que sus pantalones no eran ni nuevos ni caros, pero guardó silencio y se acomodó a su lado, más cerca de lo que Tessa habría querido.

–Supongo que no vas mucho al campo –dijo ella.

Él sonrió para sus adentros. Había crecido en el corazón de Kentucky, en una casita rodeada de flores silvestres y tierras de labor. Sin embargo, Tessa no necesitaba saberlo. Se había formado una imagen equivocada de él, pero no la rompería con palabras, sino con hechos.

–Voy cuando puedo. De hecho, me gusta tanto como la ciudad, aunque por motivos distintos.

–Sin embargo, eres un chico de ciudad –objetó Tessa–. ¿Estás seguro de que soportarás un mes entero en un rancho?

Incapaz de refrenarse, Grant le apartó un mechón de la cara y le acarició la mejilla.

–Creo que me las arreglaré –contestó en voz baja.

Ella lo miró con intensidad y, a continuación, se giró hacia la laguna. Grant pensó que su imagen de mujer dura era simple fachada, y deseó apartar las capas que ocultaban su corazón hasta descubrir su verdadero ser.

Pero estaba allí para hacer un trabajo. No para seducir a nadie.

–¿Hay más sitios que te parezcan especiales? En el rancho, quiero decir.

–Sí, hay otro. Una cabaña vieja que está en la linde de la propiedad, en un bosquecillo –respondió–. Fue el primer edificio del rancho. Lo construyeron mucho antes de que mi padre se mudara a Stony Ridge, pero no lo derribó. Es el sitio donde le pidió a mi madre que se casara con él. Cassie y yo jugábamos dentro cuando éramos niñas.

–Enséñamelo.

Grant se puso en pie y le ofreció una mano para ayudarla a levantarse. Ella dudó, pero aceptó el ofrecimiento. Y, antes de que se diera cuenta de lo que pasaba, se encontró entre sus brazos.

Paradójicamente, Grant fue el primer sorprendido. ¿Qué demonios estaba haciendo? Se había prometido a sí mismo que no volvería a mezclar el trabajo con el placer. Y, sin embargo, cada vez que estaban juntos, sentía algo que no podía explicar y se veía arrastrado hacia ella.

Tessa respiró hondo, sin apartar de él sus grandes ojos azules. Grant no sabía qué hacer ni qué decir. Se suponía que era un profesional y que había aprendido de sus errores. No se podía permitir el lujo de dejarse dominar por el deseo. Si seguía por ese camino, se arriesgaba a que lo despidieran cuando ni siquiera habían empezado a rodar la película.

–¿Y tú, Tessa? –preguntó, admirando sus labios–. ¿Solo puedes vivir en el campo? ¿O podrías vivir en la gran ciudad?

Ella le lanzó una mirada cargada de ira. Luego, echó un vistazo al reloj y dijo:

–Solo te quedan veinte minutos. Será mejor que te lleve a ver esa cabaña.

Grant no entendió su reacción. En principio, no había dicho nada

que mereciera una actitud tan cortante. Pero, fuera cual fuera el motivo de su enfado, tuvo la certeza de que no tenía nada que ver con el contacto físico de sus cuerpos.

Lo había visto en sus ojos. Tessa lo deseaba.

En silencio, la siguió hasta el *quad* y se montó detrás. Pero, esta vez, se abstuvo de ponerle las manos en la cintura.

Sabía que no habría reaccionado bien.

Capítulo Cuatro

Grant no se cansaba de mirar a Tessa Barrington. Montaba a caballo como si no le costara esfuerzo alguno, con una belleza asombrosa. Era una exhibición de energía, determinación y elegancia.

De repente, Tessa cambió de rumbo y se dirigió hacia él, que estaba allí por simple y puro placer. Aquel día no tenía cita con ella. No le había concedido ni un minuto de su tiempo. Pero Grant necesitaba mirarla y aprender algo más sobre la mujer que ocupaba sus pensamientos.

–Es muy buena, ¿verdad?

Grant se giró al oír la voz y se encontró ante unos ojos tan azules como los de Tessa.

–Desde luego –contestó–. Supongo que eres Cassie…

–En efecto.

–¿Y quién es esa preciosidad? –preguntó, refiriéndose a la niña que llevaba en brazos.

Cassie sonrió de oreja a oreja.

–Emily. Mi hija.

Grant acarició los rubios rizos de la pequeña, que asomaban bajo una gorrita de color verde.

–¿Qué edad tiene?

–Acaba de cumplir un año.

Cassie lanzó una mirada a su hermana, y Grant aprovechó para admirar su perfil. Era tan bella como Tessa, pero de aspecto frágil y un aire triste que no le sorprendió. A fin de cuentas, sabía lo que le había pasado con su exmarido.

Pero en sus ojos, que seguían clavados en Tessa, había algo más. Un destello de preocupación.

–Veo que estás preocupada por ella –afirmó.

–Sí, lo estoy. A veces se fuerza en exceso –contestó–. Hoy ya había practicado con Don Pedro, pero están hechos el uno para el otro y no son felices si no corren. En mi opinión, debería tomarse

las cosas con más calma.

Grant asintió. Solo llevaba unos días en Stony Ridge, pero había observado que Tessa estaba todo el día con los caballos.

–¿No se divierte nunca?

–Esa es su forma de divertirse. Vive para las carreras.

Por una parte, Grant admiraba el denuedo y la determinación de Tessa, virtudes que él mismo tenía en su trabajo; por otra, le entristecía que toda su vida girara alrededor de los caballos.

–¿No sale con nadie?

Cassie se giró hacia él.

–Acaba de salir de una relación. Por eso se fuerza más que de costumbre.

Grant sintió curiosidad, pero no se atrevió a interesarse al respecto.

–¿Cuándo llega el resto de tu equipo? –preguntó ella, cambiando de tema.

–Dentro de unas semanas.

–Lástima. Estoy deseando que empiece el rodaje.

Grant rio.

–No sabía que te entusiasmara tanto.

Ella se encogió de hombros.

–¿Cómo no me va a entusiasmar? Mi padre es un hombre maravilloso. Me alegra mucho que vayan a rodar una película sobre su vida.

–Desgraciadamente, tu hermana no piensa lo mismo que tú –observó.

–Lo sé. Pero, aunque no estemos de acuerdo, reconozco que tiene motivos para no alegrarse.

–Y supongo que no me los vas a contar…

Cassie soltó una carcajada.

–No.

Justo entonces, Emily se empezó a mover con nerviosismo.

–Será mejor que vuelva a casa y prepare la cena a mi hija. Ha sido un placer, Grant. Tenía muchas ganas de hablar contigo.

–Bueno, estoy seguro de que tendremos muchas más ocasiones de hablar.

Cassie sonrió y se fue. Grant buscó a Tessa con la mirada, pero había desaparecido; así que se apartó de la cerca y entró en los

establos.

La encontró en el interior, desensillando a Don Pedro, y pensó que hasta el nombre del caballo demostraba que Tessa Barrington era una romántica. Lo había llamado así por el protagonista de *Mucho ruido y pocas nueces*, la famosa comedia de William Shakespeare.

–Acabo de conocer a tu hermana.

Tessa ni siquiera se giró hacia él. Dejó la silla a un lado y se puso a cepillar al animal como si estuvieran completamente solos.

–Cassie está encantada con la película… –insistió Grant.

Tessa no reaccionó, así que Grant lo intentó de nuevo.

–Hace un día precioso. Deberíamos…

–¿Qué estás haciendo aquí? –lo interrumpió de mala manera.

–Trabajar.

–Sabes perfectamente que no me refería a tu presencia en el rancho, sino a tu presencia aquí, en las caballerizas. ¿Qué diablos quieres, Grant?

–Nada en absoluto. Solo te estaba mirando. Tienes un talento asombroso.

Tessa puso los brazos en jarras, lo cual le tensó la camiseta en los pechos. Grant tuvo que concentrarse a fondo para no mirarlos.

–Se supone que tendrías que estar rodando una película. No admirando el cuerpo de mi hermana –bramó.

La sorpresa de Grant se convirtió en una sonrisa, que tuvo cuidado de no llevar a los labios. Por increíble que fuera, Tessa estaba celosa de su hermana.

–Yo no estaba mirando a tu hermana –se defendió, muy serio–. Te estaba mirando a ti… Y trabajando al mismo tiempo.

–Venga ya –dijo con desconfianza.

Él se cruzó de brazos.

–Vamos a rodar una película, Tessa. Puede que te sorprenda, pero mi trabajo incluye cosas como mirar el cielo para saber cómo cae la luz del sol en determinado momento y qué tipo de sombras proyecta en las posibles localizaciones –explicó–. En cuanto a tu hermana, solo se ha acercado a saludarme. No habíamos tenido ocasión de conocernos.

Tessa se ruborizó ligeramente.

–Pero me sorprende un poco tu actitud –continuó él–. Si yo no te

intereso, ¿por qué te preocupa la posibilidad de que Cassie me guste?

Grant no esperó a que respondiera. Se dio la vuelta, salió de los establos y no se detuvo hasta llegar a su cabaña. Era lo único que podía hacer. Porque si se hubiera quedado allí, le habría borrado el enfado con un beso.

***

Ya había anochecido cuando Tessa se detuvo ante la cabaña de Grant. Se había repetido una y otra vez que no tenía motivos para pedirle disculpas, pero era consciente de que los tenía. Y, como era una mujer educada, se sintió en la obligación de hablar con él.

Llamó a la puerta con un golpe casi imperceptible, deseando que no lo oyera. Pero Grant abrió la puerta un segundo después.

–Hola, Tessa… ¿Qué estás haciendo aquí?

Tessa se esforzó por mirarlo a la cara, aunque fue difícil. Grant acababa de salir de la ducha y no llevaba más ropa que una toalla en la cintura.

–He venido a disculparme –acertó a decir.

–Pasa, por favor. –Grant sonrió y la invitó a entrar.

–¿No te vas a vestir antes?

Él soltó una carcajada.

–¿Prefieres que me vista?

–Sí, sería lo mejor…

–Está bien, como quieras.

Grant cerró la puerta y se dirigió al dormitorio. Mientras Tessa esperaba, echó un vistazo a su alrededor y se fijó en la camisa que estaba en el sofá y en las zapatillas deportivas de la entrada. Había un olor fresco en el ambiente, a hombre recién salido de la ducha. Y le gustó tanto que hasta olvidó el motivo de su visita.

–¿Quieres una copa?

Tessa se sobresaltó un poco al oír su voz. Se había puesto una camiseta y unos vaqueros.

–No, gracias. Solo quiero disculparme por haber sido grosera.

Él se apoyó en el borde del sofá y se cruzó de brazos.

–¿Grosera? No, no has sido grosera… Has sido sincera, que es muy distinto –afirmó–. Y reconozco que tus celos me halagan.

–Yo no estaba celosa –mintió–. He reaccionado así porque me preocupo por Cassie. Conozco a los tipos como tú.

Grant arqueó una ceja y volvió a sonreír.

–¿Los tipos como yo?

–Hombres de grandes ciudades que se creen capaces de seducir a cualquier mujer –respondió con firmeza–. Puede que haya malinterpretado tus intenciones, pero no quería que te hicieras ilusiones con mi hermana.

–No te preocupes por eso. Mis ilusiones no están relacionadas con Cassie, sino contigo.

Tessa intentó no sentirse encantada por el comentario, pero fracasó. Y como no se creía capaz de resistirse a sus encantos, dio media vuelta y se dirigió a la salida. Al fin y al cabo, ya había dicho lo que tenía que decir.

Pero Grant se le adelantó.

–Hay algo que no entiendo. Si querías disculparte, podrías habérmelo dicho mañana. ¿Por qué has venido aquí?

–Porque tenemos que trabajar juntos, y no quiero situaciones extrañas. Prefiero que aclaremos las cosas cuanto antes.

–Yo también lo prefiero.

Él bajó la cabeza y le puso una mano en la mejilla. Tessa se descubrió con la espalda contra la pared, sin poder huir. Pero no quería huir. Sus labios eran tan perfectos y apetecibles que, sin darse cuenta de lo que hacía, abrió la boca en muda invitación.

Sus lenguas se encontraron en una caricia que la estremeció de arriba abajo. Y cuando ya estaba a punto de rendirse por completo, Grant dio un paso atrás y la miró a los ojos.

–Espero que haya quedado claro –dijo–, porque tengo intención de besarte más veces.

Ella no sabía qué decir. Casi no podía pensar.

¿Cómo era posible que hubieran terminado entre sus brazos? Solo quería hablar con él y pedirle disculpas por lo sucedido.

–¿Y qué pasará con…?

–¿La cláusula de mi contrato? –preguntó él, adivinando los pensamientos de Tessa–. Bueno, es evidente que yo también te gusto… Y si no se lo contamos a nadie, nadie se enterará.

–No estoy interesada en mantener una relación contigo –volvió a mentir–. Guarda tus encantos para otra mujer.

Grant la soltó.

–Ahora soy yo quien te debe una disculpa. Lo siento, Tessa. Me ha parecido que yo te gustaba, pero si dices que no te intereso… Será que me he equivocado.

Él se inclinó entonces y añadió en voz baja:

–O que estás mintiendo.

Tessa abrió la puerta a toda prisa.

–Buenas noches, Grant.

Momentos después, subió a su todoterreno y arrancó, asustada.

No lo quería creer, pero tenía la sensación de que Grant Carter era el hombre del que su difunta madre le había hablado tantas veces.

El hombre que aparecería un día y le robaría el corazón.

El hombre que había estado esperando.

***

Tessa se sacó las botas y las dejó junto a la puerta trasera de la casa. Después, se quitó el ancho jersey que llevaba y cruzó la cocina para dirigirse al servicio de su habitación. Necesitaba un buen baño caliente.

Había estado un buen rato en la cama, dando vueltas y más vueltas, su insomnio se debía a un productor de Hollywood que la había besado de un modo tan intenso y dulce como desconcertante. Si un simple beso le había proporcionado tanto placer, ¿qué ocurriría cuando Grant se dejara llevar y la tomara por completo, sin refrenar sus emociones?

Se puso la bata que estaba colgada de la puerta, volvió al dormitorio y encendió el portátil para conectarse a Internet.

Desgraciadamente, solo encontró datos que ya conocía y un par de detalles anecdóticos, como el hecho de que había nacido en Navidad y de que tenía una hermana gemela. Pero, al ver la fecha de su nacimiento…

Grant le sacaba diez años.

Gimió y se apoyó en los anchos cojines de la cama. Diez años era mucho.

Luego, se puso a mirar fotografías y se deprimió más. Había muy pocas en las que no estuviera acompañado de una mujer bella.

¿Sería posible que se echara una amante en cada rodaje?

Tessa desestimó la idea porque estaba informada de que el contrato de Grant prohibía ese tipo de cosas. Pero también sabía que era de los que rompían las normas cuando iban en contra de sus intereses.

En cualquier caso, sería mejor que tuviera cuidado con él. Grant era un hombre de Hollywood y ella, una mujer de la pequeña localidad virginiana de Dawkins. Sus mundos no podían ser más distintos. Y, aunque no creía que fuera un canalla como Aaron, había un buen motivo para desconfiar: que Grant le gustaba mucho más de lo que Aaron le había gustado nunca.

Grant estaba encantado con el día que tenían por delante. Tessa se había mostrado de acuerdo en salir de Stony Ridge y enseñarle la iglesia y la antigua tienda de ultramarinos de Dawkins, entre otros lugares históricos de la pintoresca localidad. Era una ocasión perfecta para revisar algunas de las localizaciones de la película y, de paso, para estar a solas con la mujer que ocupaba sus pensamientos.

La noche anterior había sido especialmente difícil para él. Como no podía dormir, se levantó y escribió a Bronson y a Anthony para enviarles las notas que había tomado durante los días anteriores. Cuando terminó, se asomó por la ventana y vio que el todoterreno de Tessa estaba aparcado junto a las caballerizas, lo cual significaba que había salido a montar.

Grant sintió el deseo irrefrenable de salir a su encuentro y besarla otra vez, para descubrir hasta dónde podía llegar la atracción que sentían. Pero se refrenó, y no precisamente porque le preocupara la dichosa cláusula del contrato.

Tessa empezaba a ser un peligro para él. Era la mujer más sexy y desconcertante que había conocido nunca. A veces, se mostraba tan cándida como una adolescente y, a veces, tan atrevida y segura como la más experta de las amantes.

Era una tentación que le podía salir muy cara.

Salió de la cabaña y se dirigió a los establos con media hora de antelación, decidido a llegar antes que Tessa. Pero Tessa ya estaba allí, con la misma apariencia de todos los días: botas de montar,

camisa de manga larga, vaqueros ajustados y el pelo recogido en una coleta. Obviamente, no era una niña rica que jugaba a ser jinete. Era una jinete de la cabeza a los pies. Y a Grant le parecía la mujer más bella del mundo.

–Buenos días –dijo con brusquedad–. ¿Nos vamos?

Tessa subió al todoterreno. Grant se sentó a su lado y se abrochó el cinturón de seguridad. Estaba acostumbrado a que las mujeres lo trataran con afecto solo porque trabajaba en Hollywood y era famoso. Pero Tessa no era como la mayoría. No le importaba ni la fama ni el estatus social. Y eso aumentaba su atractivo.

–¿Qué te pasa? Estás muy seria esta mañana…

Tessa no respondió. Se limitó a arrancar y a tomar la carretera que llevaba a Dawkins, agarrando el volante con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

–¿Se puede saber qué ocurre? –insistió él.

–Ese beso –dijo en voz baja–. No quiero que me vuelvas a besar.

Grant arqueó una ceja.

–¿Es que no te gustó?

–No se trata de que me gustara o no me gustara –contestó, sin apartar la vista de la carretera–. No voy a ser la chica de la que abusas durante los rodajes de tus películas. Estoy demasiado ocupada, y no tengo tiempo para aventuras.

Grant se giró hacia ella, confundido y molesto a la vez.

–¿Por quién me has tomado, Tessa? Nunca he abusado de ninguna mujer –replicó–. Te besé porque me gustas, y porque sé que yo también te gusto a ti.

–Pero me sacas diez años.

Él se quedó perplejo.

–¿Y qué?

–Bueno, yo…

–¿Por qué te preocupa nuestra diferencia de edad?

–Porque yo seguía en el colegio cuando tú ya te habías sacado el carné de conducir.

Grant soltó una carcajada.

–Supongo que es verdad, pero ahora somos adultos.

–Adultos con historias muy distintas. Tienes mucha más experiencia que yo, y no permitiré que te aproveches de eso.

Grant sintió curiosidad. ¿Qué diablos le habría pasado?

–He sabido que tienes una hermana gemela –declaró ella de repente–. Lo leí en Internet…

Él se puso tenso.

–No quiero hablar de mi familia. No es asunto tuyo.

–¿Por qué no? Tú lo sabes casi todo de la mía…

–Olvídalo, Tessa.

Ella sacudió la cabeza y dijo:

–Muy bien. Lo olvidaré.

Grant suspiró. No quería hablar de su hermana.

–¿Puedes parar un momento? –preguntó.

Tessa le lanzó una mirada rápida.

–¿Por qué quieres que pare?

–Para, por favor.

Ella se encogió de hombros y detuvo el vehículo en el arcén de la carretera. Él se quitó el cinturón de seguridad, la tomó entre sus brazos y la besó apasionadamente durante unos segundos.

–No sé qué te ha pasado, Tessa –dijo después–. Supongo que te cruzaste con algún canalla que te rompió el corazón, pero ni yo soy esa persona ni tengo la menor intención de aprovecharme de ti.

Tessa parpadeó, desconcertada.

–Sé sincera conmigo –continuó él–. Es obvio que tu actitud no se debe a lo que está pasando entre nosotros. No estás enfadada por eso. Es por otra cosa.

Ella lo miró a los ojos.

–Olvídalo, Grant. No tiene importancia.

–Dímelo, Tessa –insistió–. ¿Qué te preocupa tanto?

–No es nada serio –dijo–. Es que…

–¿Sí?

–No sé, últimamente estoy un poco paranoica. Mi padre ha contratado a un mozo de cuadra que me da mala espina. Es un tipo extraño, muy silencioso.

–Ser silencioso no es ningún delito.

–No, pero tengo la sensación de que me vigila –declaró–. Puede que te parezca una estupidez, pero tengo miedo de que quiera hacer daño a los caballos o sabotear mi entrenamiento. Además, no sé casi nada de él. Solo sé que ha aparecido en el momento más oportuno, cuando más lo necesitábamos. Y lo encuentro muy sospechoso.

Grant pensó que la inquietud de Tessa carecía de base real; pero

su preocupación era indiscutible, y decidió investigarlo de todas formas. Había demasiadas cosas en juego. Empezando por la carrera de Tessa y terminando por el rodaje de la película.

–Pero, por otra parte, no ha hecho nada que justifique mis temores –prosiguió ella–. Trabaja duro y tiene buenas referencias profesionales… Puede que mi recelo se deba a lo que pasó con el ex de Cassie. También pensamos que podíamos confiar en él.

Grant le acarició la mejilla.

–No te preocupes. Lo investigaré por mi cuenta.

Ella lo miró con sorpresa.

–¿En serio?

–Claro que sí. No me puedo permitir el lujo de que un chalado nos reviente la película.

Tessa asintió, se apartó de él y arrancó el coche.

Grant fue consciente de que sus palabras le habían dolido, pero no le podía decir la verdad: que no iba a investigar a aquel hombre porque le preocupara la película, sino porque no soportaba la idea de que se aprovecharan de ella.

Habría sido tanto como admitir que la quería. Y no estaba preparado para eso.

Grant pensó que la tienda de ultramarinos tenía posibilidades; no merecía una escena entera, pero se podía utilizar como trasfondo de alguna escena secundaria. En cambio, la iglesia y su cementerio eran tan pintorescos que, en su opinión, merecían varios minutos de la película.

–Mis padres se casaron aquí –declaró Tessa cuando llegaron–. Como ves, es bastante pequeña… pero mi madre quería una boda tranquila, con poca gente. Era muy celosa de su espacio y de su libertad.

Grant sonrió y bajo del vehículo.

–Tan celosa como tú –dijo.

Tessa observó la escalera de la entrada y los altos ventanales durante unos segundos. Luego, se giró y buscó la tumba de su madre con la mirada. La echaba terriblemente de menos.

–¿Quieres ir a su tumba? –preguntó Grant.

Ella asintió lentamente.

–Sí, pero no hace falta que me acompañes –contestó.

Grant la tomó de la mano y la llevó hacia la entrada del cementerio, donde Tessa le indicó la dirección de la tumba. Estaba a la sombra de un roble muy grande y, como hacía fresco, Grant le pasó un brazo por encima de los hombros.

–Supongo que debería haberme acostumbrado a su ausencia, pero… desde que murió, me siento como si me hubieran quitado una parte de mí.

Grant miró la sencilla lápida negra, en la que habían esculpido una rosa y un nombre: «Rose Barrington».

–Era tu madre, Tessa. Es lógico que le eches de menos.

–Sí, pero hay que aprender a superar estas cosas –dijo en voz baja–. Es lo único que se puede hacer.

Grant no supo qué decir, así que no dijo nada. Además, no había necesidad de romper el silencio con palabras inútiles.

Tessa se inclinó, puso una mano sobre el nombre tallado de su madre y susurró algo. Él comprendió que necesitaba un poco de intimidad y retrocedió un par de metros.

Grant se acordó de su propia familia y se angustió. Los lazos que había creído irrompibles se habían roto. Y todo por su culpa.

–¿Te encuentras bien?

Grant se había quedado tan sumido en sus pensamientos que se sorprendió al oír la voz de Tessa.

–¿Cómo… ? Ah, sí, no te preocupes –contestó–. Me he apartado de ti para que tuvieras unos momentos de intimidad.

Ella se puso a caminar por el cementerio, y él la siguió. Cuando llegaron a la iglesia, que estaba rodeada de árboles, Tessa la admiró y dijo:

–Aún tengo el vestido de novia de mi madre. Está viejo, pero es tan sencillo y elegante que, si alguna vez me caso, me lo pondré.

Grant sonrió.

–Conociéndote, estoy seguro que ya has planeado tu boda hasta el último de los detalles.

Ella entrecerró los ojos y alzó la barbilla con orgullo.

–¿Y qué si la he planeado?

Grant rompió a reír.

–No te pongas a la defensiva. No era una crítica. Hay personas que no están hechas para ser espontáneas… No se saben relajar.

Ella se cruzó de brazos.

–Yo sé relajarme. De hecho, no podría estar más relajada.

Grant dio un paso adelante y Tessa retrocedió. Grant dio otro paso y Tessa volvió a retroceder, pero se descubrió con la espalda contra un sauce.

Entonces, él apoyó una mano en el tronco y sonrió con picardía.

–¿Seguro que estás relajada? Discúlpame, pero solo te relajas cuando te beso. Trabajas demasiado y descansas muy poco.

–Eso no es verdad.

Grant le acarició el cuello.

–¿Ah, no?

Tessa se limitó a mirarlo a los ojos, conteniendo la respiración.

–En ese caso… cena conmigo –continuó él.

–No creo que sea una buena idea.

–Por supuesto que lo es. –Grant se apartó para dejarla respirar–. Elige el día y la hora que más te guste. Así me aseguraré de que descanses una noche entera.

–Eso no es posible. Estoy muy ocupada y, además…

–¿Sí?

–No puedo pensar cuando estoy contigo –dijo en voz baja–. Deseo cosas que no puedo tener, cosas que… Olvídalo, Grant. No estoy preparada para mantener una relación.

–¿No estás preparada para mí? ¿O no estás preparada para nadie? –la presionó.

–Para nadie –afirmó ella–. Y, por si eso fuera poco, tú y yo no podríamos ser más distintos… Cuando termine el rodaje de esa película, te marcharás y olvidarás todo lo que ha pasado. No voy a ser una conquista más en tu historial amoroso.

Grant se metió las manos en los bolsillos.

–Solo quiero que cenes conmigo, Tessa. No te estoy ofreciendo una relación sexual tan tórrida que llame la atención de los periódicos.

–¿Lo dices en serio? ¿Solo quieres cenar?

–A menos que me encuentres irresistible y te abalances sobre mí –dijo con humor–. Pero en ese caso, tendremos que mantenerlo en secreto. Si mis jefes se enteraran, me despedirían.

–Bueno, estoy segura de que no me abalanzaré sobre ti –ironizo–. Siempre que mantengas tus labios lejos de mi boca.

Grant arqueó una ceja.

–Eres una negociadora muy dura… Pero no te preocupes por eso. Quiero que te relajes, así que abstendré de besarte.

–Entonces, trato hecho.

–Magnífico… ¿Cuándo quedamos?

Ella sacó su teléfono móvil y comprobó su agenda antes de responder.

–Mañana, a las siete.

–Muy bien. Te esperaré en mi cabaña. Ah, y no te pongas nada demasiado elegante…

–¿En tu cabaña? ¿No vas a pasar a recogerme?

Grant se encogió de hombros.

–Si pasara a recogerte, parecería una cita de verdad –observó–. Pero hemos quedado en que solo será una cena…

–Eso es cierto. Y será mejor que lo recuerdes.

Grant se sintió como si le hubiera tocado la lotería. Había conseguido el milagro de que Tessa cenara con él y, además, de que se comprometiera a relajarse.

Y todo, a cambio de no darle ningún beso.

Pero nadie había dicho que no la pudiera acariciar.

Capítulo Cinco

Tessa estuvo a punto de soltar una carcajada. Desde luego, tenía vestidos apropiados para los actos públicos a los se veía obligada a asistir; pero los tenía en el fondo de armario, acumulando polvo.

Tras ayudar a Cassie a limpiar las caballerizas, se duchó y se puso unos vaqueros y una camisa blanca que se remangó. Acto seguido, alcanzó sus mejores botas negras, se las calzó y combinó el conjunto con una sencilla chaqueta verde. El tiempo había empeorado un poco, y haría más frío cuando volvieran al rancho, de noche.

Ya se disponía a salir cuando le asaltaron las dudas. ¿Por qué había permitido que la convenciera? Grant le gustaba mucho, pero no le convenía. No podía cometer el error de dejarse arrastrar a su mundo de glamour; un mundo del que había escapado por los pelos al darse cuenta de que Aaron solo estaba interesado en su fortuna.

Sin embargo, no lo podía evitar. Y no era justo que lo comparara con su antiguo novio, porque la trataba con respeto y cariño.

Grant parecía sinceramente preocupado por sus sentimientos. Se lo había demostrado junto a la tumba de Rose y, por otra parte, estaba decidido a que los Barrington quedaran bien en la película. No era ningún canalla. Era un hombre complejo, con muchas capas distintas, y todas apetecibles.

Justo entonces, se acordó de la reacción que había tenido cuando sacó el asunto de su hermana gemela. ¿Por qué le había molestado tanto?

Cada vez le gustaba más. Poco a poco, se había convertido en un amigo con el que ansiaba estar, charlar, pasar el rato. Un amigo que le daba miedo porque lo deseaba con toda su alma, a pesar de sí misma; y porque era perfectamente consciente de lo que podía pasar si se rendía al deseo.

Pero no había quedado con él para hacer el amor. Solo era una cena.

Además, tenía demasiados problemas como para perder el tiempo con una relación amorosa. Para empezar, la inminente temporada

de carreras y, para continuar, sus sospechas sobre el nuevo mozo de cuadra. Damon creía que estaba exagerando, que imaginaba cosas porque se había quedado escaldada con el exmarido de Cassie; pero el instinto le decía que no se fiara de él. Aquella misma tarde, en los establos, le había parecido que se mantenía cerca de ellas para escuchar su conversación.

Fuera como fuera, Grant la estaba esperando; así que se subió al todoterreno y se dirigió a la cabaña. Faltaban pocos minutos para el anochecer.

Cuando llegó, bajó del vehículo y alzó la mano para llamar a la puerta, pero él abrió antes.

–Hola, Tessa.

Tessa rompió a reír.

–¿Qué demonios te has puesto?

Grant bajó la mirada.

–Un delantal –contestó–. ¿No usas delantal cuando cocinas?

–Pensé que me ibas a llevar a un restaurante…

–Yo no dije nada de ningún restaurante. Solo te invité a cenar –le recordó él–. Además, sospecho que no te relajarías si te llevara a un establecimiento público.

Tessa no se lo pudo discutir. Tenía razón.

–Pues si la cena sabe tan bien como huele…

Grant se encogió de hombros y la acompañó a la cocina.

–No es gran cosa. Solo un pollo al horno, aunque lo he preparado con una de las salsas de mi madre –le explicó–. También hay ensalada y puré de patatas. Espero que te guste.

–Ya has conseguido que la boca se me haga agua –admitió.

Él le lanzó una mirada intensa y dijo:

–Como mi boca cuando te miro a ti.

Tessa se estremeció, encantada. Pero no se le ocurrió ninguna réplica, de modo que se limitó a quitarse la chaqueta y a colgarla en un gancho de la puerta de atrás.

Tras unos segundos de silencio, preguntó:

–¿Puedo ayudar en algo?

–No hace falta. La cena está preparada, y ya he puesto la mesa.

Grant se quitó el delantal y llevó la comida al salón, donde se sentaron. Tessa se alegró al ver que no había decorado el lugar con flores o velas encendidas. Estar con él ya era suficiente romántico. Y

suficiente inquietante.

Pero, para su sorpresa, fue una velada tan agradable como tranquila. Hablaron de cosas sin importancia, y Grant no coqueteó con ella en ningún momento.

Cuando terminaron de cenar, Tessa se levantó de la mesa y alcanzó su plato.

–No, deja las cosas donde están –intervino él–. Ya me encargaré más tarde.

–Oh, vamos… Tú has preparado la comida. Deja que te devuelva el favor.

–Está bien. Eres mi invitada, así que puedes hacer lo que quieras.

Ella llevó los platos a la cocina.

–Técnicamente, el invitado eres tú –observó–. A fin de cuentas, estás en tierras de mi familia.

Tessa abrió el grifo de la pila y empezó a limpiar los platos. Momentos después, él se acercó por detrás y le pasó los brazos alrededor de la cintura.

–No te estás relajando –dijo en un susurro.

–Claro que sí –se defendió–. Estoy absolutamente relajada. Solo quiero ayudar.

Él le sacó la camisa de los pantalones, metió las manos bajo la tela y le acarició el estómago.

–Grant, ¿qué estás haciendo…?

–Te prometí que te relajaría.

–Me prometiste que no me besarías.

Grant rio.

–Y no te estoy besando. Te estoy acariciando –puntualizó–. Hay una gran diferencia.

Tessa dejó de lavar y se giró hacia él, incapaz de resistirse. No podía pensar con claridad. Intentó protestar de nuevo, pero lo hizo sin convicción alguna.

–No, Grant… Yo…

–¿Sí?

Tessa cerró los ojos y le pasó la mano por la mejilla. El tacto de su piel sin afeitar la excitó un poco más. Grant era muy masculino. Fuerte y potente; pero también cariñoso.

Mientras se tocaban, intentó recordar cuándo había sido la última vez que la habían tratado de ese modo, tan apasionada y

dulcemente al mismo tiempo. Pero ni siquiera recordó cuándo se había permitido a sí misma el sencillo placer de ser deseable.

Tessa no era una ingenua. Sabía que Grant deseaba su cuerpo. Se lo había confesado de muchas formas distintas, y no la había engañado con promesas de compromisos que no pensaba cumplir. Sencillamente, la deseaba. Como ella lo deseaba a él. Y estaba más que dispuesta a dejarse llevar.

De repente, Grant apartó las manos de su estómago y las llevó a sus pechos, que acarició por encima del sostén.

Tessa gimió e intentó besarlo, pero él apartó la cabeza.

–¿Qué ocurre?

–Nada. Pero te prometí que no te besaría.

–En ese caso, te libero de la promesa.

Grant asaltó su boca con lujuria, y Tessa perdió el sentido del tiempo y del espacio.

Por fin estaba donde quería estar; apretada contra la dura superficie de su cuerpo, respondiendo a sus besos con la misma pasión que él le ofrecía.

Le pasó los brazos alrededor del cuello y, justo entonces, dudó. ¿Qué diablos estaba haciendo? Se suponía que no había ido a la cabaña con intención de acostarse con él.

Sus dudas se habrían esfumado en un instante si Grant no se hubiera apartado de su boca para darle un beso en la garganta con una habilidad que la estremeció. Sabía cómo besar, cómo tocar, qué hacer para seducir. Sabía cómo conquistar a cualquier mujer.

Y, por mucho que le gustara, se sintió como si le hubieran arrojado un cubo de agua fría.

–Basta… –dijo.

Tessa lo miró a los ojos, negándose a sentir vergüenza por haber roto la magia. Grant le devolvió la mirada y preguntó:

–¿Te arrepientes de haberme besado?

Ella sacudió la cabeza.

–No, no me arrepiento, pero esto no puede ser.

Él frunció el ceño.

–Dime la verdad, Tessa. ¿Qué pasa? Es obvio que algo te ha asustado…

Tessa se alejó de él y se detuvo delante de las puertas de cristal que daban al exterior. Pero ya era de noche y, como las luces de la

cocina estaban encendidas, solo pudo ver su propio reflejo.

–¿Qué ocurre? –insistió él–. Sabes perfectamente que no te obligaría a hacer nada que no desees. Solo quiero saber lo que ha pasado.

Tessa suspiró, se dio la vuelta y cruzó los brazos sobre el pecho.

–No podemos ser amantes, Grant. Tú y yo somos demasiado distintos… Hay demasiadas diferencias entre nosotros.

–¿De qué estás hablando? ¿Es por la edad? ¿Porque soy mayor que tú?

–No exactamente…

–¿Entonces?

Ella volvió a suspirar. Se sentía vulnerable.

–Está bien, seré sincera contigo –dijo–. No he estado nunca con ningún hombre.

Grant guardó silencio unos segundos, como si necesitara tiempo para asumir lo que Tessa le había confesado. Después, abrió la boca y preguntó:

–¿Me estás diciendo que eres virgen?

–Sí. –Tessa respiró hondo–. Y no voy a negar que te deseo, pero no quiero seguir adelante.

Él le acarició el labio inferior con el pulgar.

–Oh, Tessa… ¿Cómo es posible que una mujer como tú, tan hermosa y llena de pasión, no se haya acostado nunca con nadie? No permitas que el miedo te determine. La vida está para disfrutar de ella.

Tessa no supo qué decir. Si hubiera estado en su casa, le habría pedido a Grant que se marchara; pero estaban en la de él, de modo que pasó a su lado y alcanzó la chaqueta con intención de irse.

–No te vayas –le rogó.

–Es lo mejor, Grant. No estoy preparada para acostarme contigo –dijo, sin mirarlo a los ojos–. Y, si lo estuviera, te decepcionaría.

–Mírame, por favor.

Ella lo miró. Esperaba encontrar un destello de confusión o, tal vez, de desilusión. Pero solo vio deseo y ternura.

–En primer lugar, tú no me decepcionarías en ningún caso; y, en segundo, no me importa que seas virgen –declaró con firmeza–. Por tus palabras, sospecho que has conocido a hombres que se asustaron cuando se lo dijiste, pero yo no soy como ellos. Y, por supuesto, no

te voy a presionar. Por mucho que me gustes, la pelota está en tu tejado… La decisión es tuya, y si decides que no te quieres acostar conmigo, lo respetaré.

Grant le dedicó una sonrisa y añadió:

–Sin embargo, no esperes que no intente besarte cada vez que pueda.

Ella también sonrió.

–Sinceramente, me gustaría que me besaras todo el tiempo. Pero no sé si llegaré a estar preparada para ti. No sé si puedo dar ese paso, sabiendo que lo nuestro solo sería aventura.

Grant le dio un beso fugaz.

–Eres una mujer muy fuerte, Tessa.

Ella rio.

–¿Fuerte? Te aseguro que no me siento fuerte. Te deseo tanto que quiero dejarme llevar, sin preocuparme por lo que pase después.

Él se encogió de hombros.

–Bueno, ya sabes dónde estoy. Pero debes saber que no me voy a rendir, Tessa. Quiero ser el primer hombre que haga el amor contigo.

Tessa tragó saliva. La declaración de Grant no contribuía precisamente a facilitarle las cosas. Sobre todo porque se había mostrado tan tierno y comprensivo que ahora lo deseaba más que nunca.

Antes de salir, se acordó de un consejo que le había dado su difunta madre. Le había dicho que, cuando se creyera enamorada, se preguntara si el hombre en cuestión respetaba su forma de ser y su forma de vivir. Y no había duda de que Grant las respetaba.

¿Sería posible que hubiera encontrado el amor verdadero?

Grant no sabía qué hacer. Era la primera vez que se encontraba en una situación como aquella, y estaba completamente perdido.

Se pasó una mano por la cara y miró los caballos que pastaban en la distancia. Tenía la sensación de que el destino se estaba riendo de él. Justo cuando intentaba sentar cabeza, aparecía una mujer que lo volvía loco. E, irónicamente, resultaba ser virgen.

Miró la hora y suspiró al ver que faltaban pocos minutos para su cita del día con Tessa Barrington. Estaba perdiendo el control. Se

había encariñado con ella, pero era consciente de que ese cariño le podía salir muy caro. Si se llegaba a saber que había roto la cláusula del contrato, perdería su reputación, su empleo y la oportunidad de mejorar su posición en la industria del cine.

Mientras salía de la cabaña, le sonó el teléfono móvil. Cerró la puerta y contestó. Era Bronson.

–Hola… ¿Cómo te van las cosas?

–Bien –dijo su amigo–. Pero espero que estés sentado, porque tengo noticias para ti.

Grant se detuvo en seco.

–¿Noticias…? ¿Son buenas? ¿O malas?

–Muy buenas. Marty Russo se ha puesto en contacto con nosotros. Dice que, si esta película sale bien, apoyará tu empresa de producciones.

–¿Me estás tomando el pelo?

Bronson Dane soltó una carcajada.

–No, no te estoy tomando el pelo. Te he dicho la verdad.

Grant no lo podía creer. Había sido director de cine durante años y había trabajado como un esclavo para conseguir la oportunidad de abrirse camino en el mundo de la producción. Y justo ahora, antes incluso del estreno, el dueño de Russo Entertainment se mostraba dispuesto a ser su socio.

–Eso es magnífico… No sé qué decir…

–Te lo mereces, Grant. Marty te iba a llamar, pero he querido decírtelo yo. Supongo que se pondrá en contacto contigo en algún momento del día.

Grant estaba encantado con la idea de ser socio de Marty. Había trabajado con él varias veces, y sabía que no era un ejecutivo de los que se quedaban en el despacho, sino un profesional que participaba frecuentemente en los procesos de las películas, y siempre con buen criterio.

–Anthony y yo estamos terminando en Churchill Downs –continuó Bronson–. Entre las localizaciones de Nueva York, Maryland y Stony Ridge tenemos material de sobra para la película. Supongo que llegaremos al rancho a finales de la semana que viene.

Grant estuvo charlando unos minutos más con su amigo. Y, cuando cortó la comunicación, se sentía el hombre más feliz del mundo. La temperatura era agradable, el día era precioso y él tenía

una oportunidad de oro a su alcance.

Pero la sonrisa se le congeló en la cara cuando vio a Tessa.

Estaba en uno de los cercados, a lomos de un caballo que se había desbocado y que amenazaba con tirarla. Grant se acordó de su hermana y sintió pánico; sobre todo, porque era evidente que Tessa había perdido el control de la situación.

De repente, el caballo se encabritó y Tessa salió despedida. Grant, que ya corría hacia ella, saltó la valla y no se detuvo hasta llegar a su lado.

–¿Estás bien? Dime algo, por favor… ¿Te encuentras bien?

Ella gimió e intentó incorporarse, pero él le puso una mano en el hombro y se lo impidió.

–No te muevas. Es mejor que sigas tumbada.

–¿Dónde está Macduff?

Grant la miró con asombro. Acababa de sufrir un accidente y solo estaba preocupada por la salud de su montura. Pero la conocía y sabía que no se quedaría tranquila hasta que lo supiera, de modo que se dio la vuelta y echó un vistazo. Cassie y el mozo de cuadra habían detenido al animal y lo estaban llevando a las caballerizas.

–Tu caballo se encuentra bien. Está con Cassie.

Tessa suspiró.

–Menos mal…

–Será mejor que pida una ambulancia. Tenemos que asegurarnos de que no te pasa nada.

Grant sacó el teléfono móvil, pero Tessa lo detuvo.

–Estoy bien –dijo, mirándolo a los ojos–. No llames a nadie.

–Por supuesto que voy a llamar.

Él estaba aterrorizado. Sabía algo de accidentes, y también sabía lo peligrosas que podían ser las hemorragias internas.

–¿Qué ocurre, Grant? Te has quedado blanco como la nieve.

Grant se pasó una mano por la cara y asintió.

–Nada… No me pasa nada –mintió–. Pero es importante que te vea un médico. Podrías tener una hemorragia interna…

–Grant…

–O llamo a una ambulancia o te llevo yo mismo al hospital –la interrumpió–. Elige.

Cassie apareció entonces y se arrodilló junto a ellos.

–¿Se encuentra bien?

–Tu hermana es una cabezota –dijo Grant, que se levantó–. Quédate con ella un momento. Voy a pedir una ambulancia.

Cuando volvió, Tessa estaba de pie. Se había incorporado con ayuda de Cassie, en quien se apoyaba.

–La ambulancia llegará dentro de un momento –les informó.

–Lamento tener que marcharme, Tessa, pero tengo que ir a avisar a papá y a decirle a Nash que te llevan al hospital –dijo Cassie.

–¿Quién es Nash? –preguntó Grant.

–El nuevo mozo de cuadra –respondió Tessa–. Márchate, Cass… Y no te preocupes por mí. Me encuentro bien.

–Eso espero…

Cassie se fue de inmediato. La ambulancia apareció al cabo de unos minutos, y Grant estuvo a punto de subir a ella y acompañar a Tessa. Pero, al final, se lo pensó mejor. Por mucho que quisiera estar a su lado, era preferible que los siguiera en su coche.

Así, cuando le dieran el alta, la podría llevar a Stony Ridge.

–Esto es una estupidez –protestó Tessa cuando volvieron al rancho de su padre–. Estoy perfectamente. Me puedo quedar en mi casa…

–Ya lo hemos hablado. Te llevo a la mía porque te he ofrecido la posibilidad de llevarte a tu casa y quedarme contigo, pero no te ha parecido bien –le recordó–. Además, es lo más conveniente. Tu padre y tu hermana estarán más cerca.

Tessa lo miró con exasperación.

–Por Dios, Grant… Mi propiedad está muy cerca.

Él sonrió.

–Lo sé, pero lo he hablado con tu padre y le ha parecido la mejor opción.

–Se lo habrá parecido porque no sabe que te quieres acostar con su hija…

Grant soltó una carcajada y bajó del coche para ayudarla a salir.

–Apóyate en mí –le dijo.

Tessa frunció el ceño; podía andar perfectamente, y estaba enfadada con lo sucedido. Macduff siempre había sido un caballo nervioso, pero eso no explicaba su caída. Todo iba bien hasta que vio a Grant hablando por teléfono y se quedó tan extasiada con su

sonrisa que perdió la concentración.
–No es necesario, Grant. Te aseguro que no me voy a caer.
–Ya, pero el médico ha dicho que has sufrido una pequeña conmoción, y tú misma admites que estabas mareada.
–Está bien…
Grant la llevó al interior de la cabaña, donde la sentó en el sofá, le quitó las botas y le puso los pies en alto. Tessa lo miró y se preguntó por qué se había empeñado en que se quedara en su casa. ¿Tendría intención de acostarse con ella?
–¿Quieres comer algo? Supongo que tendrás hambre…
–Sí, pero de algo ligero. Tengo el estómago revuelto.
–Creo recordar que hay latas de sopa en los armarios de la cocina.
Ella apoyó la cabeza en el respaldo del sofá y asintió.
–Entonces, me contentaré con una sopa.
–¿Alguna preferencia al respecto?
–No –contestó–. No soy caprichosa en cuestión de sabores.
Tessa estaba tan agotada que no podía ni cerrar los ojos. Se dedicó a mirar a Grant mientras él trabajaba en la cocina, y le emocionó que se tomara tantas molestias por ella. Definitivamente, lo había juzgado mal. No se parecía nada a Aaron. No era el hombre superficial y egoísta que había pensado al principio.
Cuando volvió al salón, Tessa le dedicó una sonrisa.
–Eres muy bueno conmigo. Creo que me podría acostumbrar a tus atenciones.
Él se inclinó sobre la mesita y dejó la bandeja con la sopa.
–Y yo me podría acostumbrar a tenerte en el sofá, mirándome –replicó.
Tessa tomó unas cuantas cucharadas de sopa y frunció el ceño. En general, Grant era la viva imagen de la perfección. Siempre estaba elegante. Pero ahora tenía el pelo revuelto, y un aspecto bastante desaliñado.
–Lo siento, Grant.
–¿Por qué dices eso?
–Por todo esto… Por convertirme en una carga para ti. Por asustarte.
Él parpadeó, se acercó a ella y le acarició la mejilla.
–Tú no puedes ser una carga, Tessa. Si no te quisiera a mi lado, te habría llevado a la casa de tu padre, a la de Cassie o a la tuya. Te he

traído a mi cabaña porque quiero cuidar de ti. Además, es evidente que hay algo entre nosotros, y me niego a comportarme como si no lo hubiera.

Grant se inclinó y le dio un beso en los labios.

–Pero será mejor que no me vuelvas a pegar un susto como el de hoy –prosiguió–. Porque, si lo repites, entraré en tu ordenador y borraré todos tus programas de actividades.

Tessa rio.

–No te atreverías…

–Puede que no, pero cuando te vi caer…

–¿Sí?

–No sé… Creo que no seré capaz de olvidarlo.

Grant apartó la mirada como si necesitara unos segundos para rehacerse. Y a Tessa le extrañó. Podía entender que se hubiera preocupado por ella, pero empezaba a pensar que su inseguridad tenía algo que ver con los caballos. Lo había notado varias veces, cuando salía a montar. La miraba como si le dieran miedo.

–Monto a caballo desde mi más tierna infancia, Grant. No es la primera vez que me caigo, y seguro que no será la última. Son cosas que pasan, nada más.

Grant suspiró.

–¿Por qué no terminas la sopa? Iré a buscar una camisa o una camiseta con la que puedas dormir, para que estés más cómoda.

–¿Tú no vas a cenar? –se interesó–. No has comido nada…

–Sinceramente, no podría comer aunque quisiera. Estoy demasiado tenso.

Grant se marchó y la dejó asombrada con el hecho de que su caída le hubiera afectado tanto. Cuando estaban en el hospital, había llegado al extremo de ponerse grosero con las enfermeras, porque le parecía mal que le dieran el alta tan pronto. Sin embargo, el médico lo había convencido de que podía volver a casa con la condición de que alguien cuidara de ella.

Y allí estaba ahora, sometida a la vigilancia de un hombre que la excitaba con la más leve de las caricias, que la besaba como si ella fuera la única mujer del mundo y que había conseguido que deseara perder la virginidad.

Aquella iba a ser una noche muy interesante.

Capítulo Seis

–¡Melanie!

Grant estaba muerto de miedo. Oía los cascos de los caballos y los gritos en mitad de la noche, pero no podía hacer otra cosa que mirar a su hermana con impotencia mientras sus padres la intentaban alcanzar desesperados.

Y todo, por su culpa. Por una simple y estúpida broma, por una apuesta entre hermanos.

El chillido de Melanie lo sacó de su parálisis. Espoleó su montura y cabalgó tan deprisa como le fue posible, consciente de que debía hacer algo, pero sin atreverse a pensar en lo que sucedería si ella se llegaba a caer.

Por desgracia, fue demasiado tarde. La yegua de Melanie se encabritó y la tiró.

Grant descabalgó rápidamente y se acercó a su bella y alegre hermana. Pero no se movía. Estaba completamente inmóvil.

Grant se despertó con la piel cubierta de sudor y la sábana arrugada alrededor de la cintura. Hacía mucho tiempo que no tenía aquella pesadilla, y habría dado cualquier cosa por no volver a tenerla. Era demasiado real. Demasiado dolorosa.

Se levantó y se pasó una mano por la cara. Necesitaba aire fresco y algo de beber. Pero supuso que Tessa seguiría dormida, de modo que salió de la habitación sin hacer ruido y pasó de puntillas por delante del dormitorio de invitados, cuya puerta estaba abierta. Grant había insistido en que la dejara así por si tenía que llamarlo.

Al llegar a la cocina, abrió el frigorífico, sacó una botella de agua y echó un buen trago. Luego, abrió la puerta corredera que daba al exterior y respiró hondo. La brisa nocturna lo alivió un poco, aunque no impidió que las imágenes de la pesadilla lo siguieran torturando.

Para Grant, no había nada más terrible que contemplar la

desgracia de un ser querido sin poder hacer nada al respecto. Le había pasado con su hermana y le había pasado con Tessa en una situación sorprendentemente parecida. Pero había una diferencia fundamental: que el accidente de Melanie había sido culpa suya.

A veces pensaba que hubiera sido mejor que falleciera a que se quedara parapléjica de por vida.

–¿Estás bien?

Él se dio la vuelta y miró a Tessa, que había aparecido de repente. Llevaba la camiseta que le había prestado la noche anterior, y le quedaba tan grande que le cubría la parte superior de los muslos.

–Sí, por supuesto… –respondió, apartando la mirada–. Siento haberte despertado. Estaba a punto de ir a tu habitación.

Tessa se acercó y se detuvo junto a él. Su dulce aroma a jazmín le pareció más peligroso que nunca, porque se sentía especialmente vulnerable y no tenía fuerzas para resistirse al deseo.

–¿Quieres que hablemos? –preguntó ella.

Él sacudió la cabeza, haciendo un esfuerzo por mantener el control.

–No, gracias. Deberías volver a la cama.

–No te preocupes por mí. Me siento como nueva… –Tessa le puso una mano en el brazo–. ¿Qué haces levantado a estas horas?

Grant tragó saliva.

–No podía dormir. Será por las emociones de ayer.

–¿Y también has gritado por eso?

–¿Gritar?

–Sí, te he oído hace un rato. Es obvio que tenías una pesadilla.

Grant se pasó una mano por el pelo.

–Sí, bueno… Tengo pesadillas con bastante frecuencia –le confesó–, pero no son para tanto.

Ella lo miró durante unos instantes y dijo:

–Si las tienes con frecuencia, deberías hablar con un profesional.

Él rio.

–¿Con un psicólogo? De ninguna manera.

Los ojos azules de Tessa se clavaron en el pecho desnudo de Grant, que sintió la mirada como si hubiera sido la caricia de una amante.

Grant se maldijo para sus adentros, deseando que volviera al

dormitorio y se alejara de él.

–Acuéstate, Tessa. Tienes que descansar.

Ella le pasó la mano por el brazo.

–Prefiero quedarme contigo… Es evidente que no quieres hablar de tus pesadillas, pero al menos te haré compañía –dijo.

Grant perdió la paciencia. La agarró de los hombros y la empujó un par de metros, hasta dejarla contra la puerta corredera.

–Es mejor que te vayas –gruñó–. Deseo cosas que no debería desear, y no estoy en condiciones de controlar mis deseos. Vuelve a la cama.

Ella lo miró con intensidad.

–No me das miedo, Grant. Y quiero que sepas que puedes contar conmigo.

–Maldita sea, Tessa…

Grant no tuvo más opción que besarla. ¿Por qué no le había hecho caso? Se presentaba medio desnuda en mitad de la noche y lo tentaba una y otra vez, a pesar de sus advertencias.

Sin embargo, Tessa no estaba precisamente asustada con su reacción. Bien al contrario, había tomado la iniciativa y lo besaba con una necesidad tan incontrolable y desesperada como la suya, apretando su cuerpo contra el de él.

Al cabo de unos momentos, ella gimió y se arqueó. Grant le metió las manos por debajo de la camiseta y las bajó hasta el elástico de las braguitas, donde se detuvo por miedo a perder el control definitivamente y no poder parar. Pero Tessa lo provocó de nuevo. Echó las caderas hacia delante, en muda invitación, y lo forzó a aceptar el regalo que le ofrecía.

–Oh, Grant…

Él la empezó a acariciar entre las piernas. No tenía intención de tomarla, pero eso no significaba que no le pudiera dar placer.

–Sigue, Tessa. Déjate ir…

Aferrada a él, con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta, Tessa ya no parecía una chica inocente, sino una amante que sabía lo que quería y quería que se lo diera.

Grant le arrancó gemido tras gemido, sin dejar de tocarla, hasta que ella soltó un grito y le clavó las uñas en los hombros. Solo entonces detuvo sus caricias y dio un paso atrás. Tessa estaba temblando, aunque no supo si su temblor se debía al miedo o a la

excitación.

–Vuelve a la cama, Tessa.

Ella intentó tocarlo, pero él retrocedió de nuevo, haciendo caso omiso de la angustia de sus ojos.

–Grant…

–Márchate, por favor. Márchate antes de que olvide tu inocencia y tome lo que deseo.

Tessa parpadeó, derramó una lágrima solitaria y regresó silenciosamente al dormitorio de invitados, dejándolo a solas con su desesperación.

Grant no quería herir sus sentimientos, pero no le había dejado muchas opciones. Tessa no estaba buscando una aventura amorosa; quería una relación estable para formar su propia familia y, aunque él deseara lo mismo, sus formas de vida no podían ser más diferentes.

Hacer el amor con ella habría sido un error. Un error del que, con toda seguridad, se habrían arrepentido más tarde.

Grant apretó los puños y se dijo que, a partir de ese momento, mantendría las distancias con Tessa Barrington. Por mucho que le gustara, no podía dejar Los Ángeles y renunciar a su carrera profesional. Sobre todo, para volver al mundo que había abandonado tras el accidente de su hermana gemela: el mundo de los caballos.

Pero, ¿cómo diablos lo iba a conseguir? La deseaba con locura. Y ahora, después de haberla visto en pleno orgasmo, la deseaba mucho más.

Ya había amanecido cuando Grant entró en la habitación de Tessa y descubrió que estaba vacía. Había hecho la cama y había dejado la camiseta sobre un viejo arcón, perfectamente doblada.

Alcanzó la prenda y aspiró su aroma.

No estaba seguro de haber hecho lo correcto. La había tenido entre sus brazos, tan decidida a acostarse con él como él con ella. Pero, ¿a que precio? La cláusula de su contrato no le importaba mucho, porque suponía que Tessa habría guardado el secreto. Además, había cruzado esa línea cuando metió la mano por debajo de sus braguitas y la empezó a masturbar.

No se trataba del contrato, sino de la propia Tessa. La conocía lo suficiente como para saber que se habría arrepentido. Y podía asumir su decepción, pero no su arrepentimiento.

Por suerte, aquel día no se iban a ver. Grant había quedado con Damon y Cassie, así que tenían una oportunidad perfecta para aclararse las ideas y encontrar el modo de solucionar el problema, que se estaba complicando mucho. Al menos, por su parte.

La deseaba, sí, pero sentía algo más que deseo. Y le preocupaba, porque no quería condenarse otra vez al dolor y la tristeza. Ni se podía permitir el lujo de volver a un estilo de vida del que había huido.

De hecho, esa era la razón por la que no visitaba nunca a Melanie; la razón por la que solo veía a sus padres cuando iban a Los Ángeles. Simplemente, no soportaba ni las emociones ni los recuerdos que despertaban en él.

Salió de la cabaña y entró en el edificio principal por la puerta trasera. Damon le había dicho que estaba en su casa y que no necesitaba llamar, así que no esperó invitación. Pero se sorprendió al ver a una mujer de mediana edad, de cabello corto y plateado, que acababa de preparar unos rollitos de canela.

–Buenos días, señor Carter.

–Buenos días –dijo, algo confundido–. Había quedado con Damon…

–Ah, llegará enseguida. –Ella alcanzó los rollitos y se los ofreció–. ¿Le apetece uno?

–Por supuesto. Huelen muy bien.

–Gracias. ¿Quiere un café?

–Sí, por favor. Lo tomo solo.

La mujer lo invitó a sentarse y le sirvió el café y un par de rollitos que él se empezó a comer, absolutamente encantado.

–Vaya, me alegra observar que alguien se toma el tiempo necesario para disfrutar de la comida… Damon alcanza lo primero que pilla y se va a toda prisa; Cassie está tan ocupada que nunca pasa por aquí; y a Tessa le preocupa tanto su peso que no toma dulces –le explicó–. Pero todavía no nos hemos presentado… Soy Linda, la cocinera.

–Encantado de conocerla.

–Lo mismo digo.

Grant echó un trago de café y dijo:
–Si no desayunan nunca en la casa, ¿por qué se molesta en prepararles el desayuno?
Ella sonrió.
–Por la posibilidad de que uno de estos días recapaciten y se sienten a desayunar civilizadamente en el salón. Francamente, creo que trabajan demasiado.
–Pues tengo buenas noticias para usted. La semana que viene llegará el equipo de rodaje. Y sé que tienen muy buen apetito.
Linda soltó una carcajada.
–En ese caso, iré al supermercado y empezaré a pensar en los menús.
Grant se recostó en la silla, sin prisa alguna. Tenía la sensación de que aquella mujer sabía cosas de aquella familia que la mayoría de la gente desconocía.
–¿Cuánto tiempo lleva aquí?
Linda se apoyó en la encimera.
–Este verano se cumplirán quince años.
–Entonces, supongo que conocería a la difunta señora Barrington…
Linda asintió.
–En efecto. Era una mujer preciosa. Sus chicas se parecen mucho a ella… Tenía el pelo rojo y unos ojos azules verdaderamente bonitos. Las Barrington siempre han sido guapas.
–Y se llevan bien –observó–. No mantienen la menor rivalidad, de hecho, Cassie parece contenta de permanecer en la sombra y concentrarse en su trabajo.
–Bueno, Cassie siempre ha sido una chica tímida, de las que están dispuestas a sacrificarse por otras personas incluso a costa de su propia felicidad. –Linda se detuvo un momento–. Supongo que por eso terminó con ese cerdo, con el padre de Emily… Pero disculpe mi lenguaje, por favor.
Grant sonrió.
–Tengo la impresión de que ese tipo no es muy querido por aquí.
–Una impresión acertada. Desde mi punto de vista, hay que ser muy cobarde para abandonar a tu mujer cuando acaba de dar a luz a tu propio hijo.
–No podría estar más de acuerdo –declaró Grant–. Pero, ¿qué me

dice de Tessa? Ella no es precisamente tímida…
Linda volvió a sonreír.
–Ah, la dulce Tessa… Siempre quiere ser la mejor en todo lo que hace, y siempre se esfuerza al máximo. Es como si compitiera con ella misma. Sobre todo desde que su madre falleció… Casi no sale de los establos. Ni siquiera de noche.
–He oído que su exnovio tampoco es muy popular en Stony Ridge.
–¿Cómo lo va a ser? Ese individuo solo estaba con ella por dos razones: su apellido y su dinero –afirmó–. Y luego…
Ella dejó la frase sin terminar.
–¿Luego? –preguntó él.
Linda sacudió la cabeza.
–Será mejor que guarde silencio. Si quiere saberlo, hable con Tessa.
–¿Estaba enamorada de él?
–Veo que ese tema le interesa mucho…
–Porque es relevante para la película.
Linda volvió a reír.
–No dudo que lo sea, pero también le importa por motivos personales.
–No estoy aquí por motivos personales.
Justo entonces, apareció el padre de Tessa.
–Buenos días, Damon.
–Siento llegar tarde –se disculpó.
–Oh, no lo sientas… Linda me ha ofrecido un café, un par de rollitos y el inmenso placer de su compañía –dijo.
Damon sonrió y se llevó un rollito a la boca.
–Son su especialidad. Es un as de la cocina.
–Seré un as, pero nadie se queda lo suficiente como para disfrutar de mi talento –protestó.
Damon rio y miró a Grant.
–¿Nos vamos? Tenemos que estar en el campo de golf a las diez.
–¿Es que vamos a jugar al golf?
–Yo voy a jugar al golf –puntualizó–. Tú puedes hacer de *caddie* si quieres.
Grant rompió a reír.
–Sí, será lo mejor. No soy precisamente bueno en ese deporte –le

confesó–. Pero tendré que volver a la cabaña para cambiarme de ropa…

–No te preocupes. Te espero aquí.

Grant se dirigió a la cabaña, y se abstuvo de mirar hacia los establos porque tenía miedo de ver a Tessa. Estaba seguro de que seguiría deprimida por lo de la noche anterior. Pero, al pasar por delante, oyó carcajadas de mujer.

Eran Tessa y su hermana. Y parecía que se estaban divirtiendo mucho.

Grant se maldijo por haberse preocupado mientras ella seguía tranquilamente con su vida, como si no hubiera pasado nada. Así que decidió hacer lo mismo y no permitir que Tessa Barrington ocupara ni uno solo de sus pensamientos.

Capítulo Siete

Tessa oyó el móvil, pero hizo caso omiso y sacó a Don Pedro de las caballerizas. No tenía intención de responder a Aaron. ¿Por qué le enviaba tantos mensajes? Incluso le había dejado un mensaje en el buzón de voz.

Además, faltaban pocos días para su primera carrera, el derbi de Arkansas. Y no se iba desconcentrar por culpa de un hombre como su antiguo novio. Pero había otro hombre que la desconcentraba todo el tiempo: Grant Carter.

No se lo podía quitar de la cabeza. Lo había intentado toda la mañana y había fracasado miserablemente. Aún sentía sus labios, el contacto de sus manos, la forma en que la había forzado a dejarse llevar y alcanzar el clímax.

¿Qué podía hacer? Una parte de ella quería más; sobre todo porque sospechaba que las caricias de la noche anterior solo habían sido una tímida muestra. Pero otra parte se avergonzaba de lo que había hecho; de haberse aferrado a él con uñas y dientes.

–¿Te encuentras bien? –preguntó Cassie, que acababa de llegar a los establos–. Pareces distraída.

Tessa decidió mentir. No se sentía capaz de explicarle lo que había sentido con Grant. Ni lo que evidentemente se había perdido cuando él echó el freno y la mandó a la cama después de darle un orgasmo, como un adulto que se quisiera librar de una niña.

–Aaron me ha estado escribiendo.

–¿Aaron? ¿Qué quiere?

Tessa se encogió de hombros.

–No tengo ni idea. Dice que quiere hablar conmigo, pero no he contestado.

–Menudo cretino… En fin, será mejor que me vaya. Esta tarde he quedado con Grant.

Tessa se puso tensa.

–¿Para qué?

–Quiere entrevistarme y que le dé mi opinión sobre la película.

Tengo entendido que esta mañana se va a reunir con papá.

Tessa frunció el ceño, y Cassie sonrió con picardía.

–Ah, vaya… Así que le has echado el ojo a nuestro querido productor…

Su hermana rio.

–Yo diría que es él quien me ha echado el ojo a mí.

Cassie se frotó las manos.

–Lo sabía. No me puedes ocultar nada, hermanita. Te conozco demasiado bien.

Tessa llevó a Don Pedro al cercado.

–De todas formas, no hay mucho que contar. Grant me ha dicho que le gusto, pero no tengo tiempo para esas cosas. Además, somos tan distintos que… En fin, olvídalo. Tengo tantas razones para alejarme de él que, si intentara enumeraras, no terminaría nunca.

–Entonces, dime la más importante.

–Que es un hombre de la gran ciudad. No sabría vivir en el campo.

–Oh, vamos… un tipo como Grant sabría vivir en cualquier sitio –replicó Cassie–. Seguro que hay un motivo más importante.

–La edad. Me saca diez años.

Cassie suspiró.

–¿Te refieres a que tiene más experiencia que tú?

–Sí, bueno… Es que… No sé. Grant juega en una liga superior.

Su hermana arqueó una ceja.

–Nadie juega en una liga superior a la de nadie. Y, si tú le gustas, ¿por qué no le concedes una oportunidad? Las razones que me has dado no tienen ni pies ni cabeza –afirmó–. Salvo que Grant no te guste, claro…

–Me gusta. De hecho, me gusta mucho. Y cada vez que nos besamos…

–Espera un momento… ¿Cada vez que os besáis? ¿Es que os habéis besado muchas veces? –preguntó–. ¿Por qué no me lo habías dicho?

–Porque me asusta –respondió con sinceridad–. Me gusta demasiado, y tengo miedo de dejarme llevar.

Cassie sonrió.

–Pues será el primer hombre del que tengas miedo… –dijo con humor.

Tessa le devolvió la sonrisa.

–De todas formas, necesito tiempo para pensarlo. Y no puedo pensarlo y prepararme para las carreras al mismo tiempo –alegó–. En fin, será mejor que me ponga a trabajar.

–Muy bien. Pero no creas que esta conversación ha terminado –le advirtió Cassie.

Tessa rio.

–Sabía que dirías eso.

El encuentro con Damon fue de lo más satisfactorio. Grant ya había hablado varias veces con él, pero aquella mañana le sacó mucha información y, de paso, analizaron el guion de la película con detenimiento.

Cuando se despidieron, se dirigió a la cabaña de Cassie para hablar con la más tímida de las hermanas Barrington. Le interesaba lo que pudiera decir en calidad de hija de Damon; pero estaba especialmente interesado en su faceta como adiestradora de caballos del gran hombre.

La cabaña de Cassie resultó ser muy parecida a la suya, aunque la suya no estaba llena de juguetes y sillitas para bebé. Ella lo invitó a entrar con una sonrisa y lo llevó al sofá del salón.

–Emily se está echando la siesta, así que podremos charlar sin interrupciones –declaró–. ¿Te apetece beber algo?

–No, gracias.

Cassie se sentó al otro lado del sofá. Después, apoyó los pies en la mesita y dijo:

–Estoy entusiasmada con vuestra película, ¿sabes?

Él asintió.

–Sí, yo también lo estoy. Pero me temo que el rancho va a cambiar mucho cuando llegue el equipo de rodaje. No tendréis paz hasta dentro de varios meses.

Cassie se encogió de hombros.

–Bueno, esta época del año es bastante complicada para nosotros. Como sabes, estaremos yendo y viniendo de carrera en carrera. Habrá días en los que ni siquiera nos veamos…

–En cualquier caso, te prometo que haremos lo posible para no interferir en tu trabajo ni en el trabajo de tu hermana.

–Y yo te lo agradezco…

De repente, Cassie pasó un brazo por el respaldo del sillón y clavó en él sus ojos azules.

–¿Quieres que hablemos de Tessa ahora mismo? ¿O prefieres que deje el asunto para después de la entrevista?

A Grant se le escapó una carcajada.

–¿Qué quieres saber? –contestó–. Sospecho que Tessa te lo habrá contado todo…

–Para empezar, quiero saber si vas en serio con ella.

–Cassie, no le tomes a mal, pero eso es asunto nuestro.

–Por supuesto que lo es, y no seré yo quien se meta en los asuntos de nadie –dijo–. Pero quiero que sepas con quién estás saliendo.

–¿A qué te refieres?

Cassie suspiró.

–Tessa nunca ha tenido tiempo para nada que no sea trabajar. Empezando por las relaciones amorosas –respondió–. Ha salido con varios tipos, claro, pero no suelen entender que su carrera ocupa un espacio muy importante de su vida.

Grant la dejó hablar.

–Además, acaba de salir de una relación relativamente seria que no terminó bien. No quiero entrar en detalles, pero la engañó… Y ahora no confía en ningún hombre. Sobre todo, en ningún hombre de una gran ciudad. Te lo digo por si te interesa.

Grant asintió y dijo:

–Cassie, hay una cláusula de mi contrato que me impide mantener relaciones con personas que participen de algún modo en la película. Tessa entra técnicamente en esa categoría, así que te ruego que mantengas este asunto en secreto…

–Yo no se lo voy a decir a nadie, Grant. Sin embargo, mi hermana no puede estar sometida a lo que a ti te resulte conveniente, secretos incluidos.

Grant estaba de acuerdo con Cassie, pero le molestó su forma de plantearlo. Lo había dicho como si se quisiera aprovechar de ella.

–¿Me estás amenazando?

–Ni mucho menos. A decir verdad, creo que Tessa necesita divertirse un poco –contestó–. Solo quiero que seas consciente de su fragilidad. Parece una mujer muy dura, pero no lo es.

–Descuida, soy consciente de ello –afirmó–. Y no me voy a rendir

con tu hermana.

Cassie sonrió de oreja a oreja.

–Excelente. Y ahora, ¿qué te parece si hablamos de mi padre?

–Venga, acaba con ellos…

Tessa miró a su padre, que le dio una palmadita en la pierna. El derbi de Arkansas estaba a punto de empezar, y ella estaba encantada con la adrenalina y la tensión del momento. Siempre le había gustado su trabajo.

–Será pan comido para ti –intervino Cassie–. ¿Estás preparada?

Tessa asintió.

–Por supuesto que sí.

Cassie tiró de las riendas de Don Pedro, con Damon a su lado. Tessa sabía que Grant estaba en el hipódromo, pero le preocupaba que hubiera mantenido las distancias con ella durante los días anteriores. Quizás había decidido que su relación no merecía la pena.

Fuera como fuera, el cielo estaba despejado, la gente abarrotaba las gradas y, de momento, no tenía más objetivo inmediato que ganar la carrera. Como siempre, llevaba la camiseta que había diseñado su difunta madre: una prenda de color azul claro, con una franja blanca en diagonal y una estrella verde. Hasta los colores de las carreras le gustaban. Eran tan bonitos como brillantes.

Cuando llegaron a la salida, Damon y Cassie se marcharon y Tessa respiró hondo. Todo el trabajo de los últimos meses se iba a dirimir en unos cuantos minutos.

Se inclinó, dio una palmadita al purasangre y dijo:

–Vamos a ganar. ¿Verdad, amigo?

Momentos después, se dio la señal para que los jinetes ocuparan sus posiciones. Tessa tragó saliva y agarró las riendas con fuerza. Estaba preparada para convertirse en la nueva campeona de la familia Barrington.

Grant gritó de alegría cuando vio que Tessa se había clasificado para la siguiente carrera. Aunque no se había contentado con clasificarse: había llegado en primer lugar.

Aquella mujer era sencillamente increíble. No recordaba haber estado tan nervioso en toda su vida, y ahora no deseaba otra cosa que bajar a la pista y felicitarla por su éxito. Pero tenía miedo de perder el control y besarla en público. Si los veían, podía perder su trabajo.

Cuando entró en los establos, descubrió que Tessa estaba rodeada de periodistas y familiares. Grant sacó una libreta y tomó unas cuantas notas. Llevaba todo el día tomando notas sobre distintos aspectos de las carreras de caballos, desde la camaradería de los jinetes hasta el júbilo de los espectadores.

Momentos después, Tessa se quitó el casco, se secó el sudor y sonrió a las cámaras. Estaba magnífica. Su cara y sus ojos, que irradiaban belleza, no dejaban duda alguna sobre su amor por la hípica; eran mucho más explícitos que cualquier discurso que pudiera pronunciar.

Grant decidió apartarse y dejar las felicitaciones para más tarde, cuando estuvieran a solas. Segundos después, le sonó el teléfono móvil.

Era su padre.

–Hola, papá.

–Hola, hijo. Hace semanas que no sé nada de ti. ¿Qué tal estás?

–Bastante bien –dijo, mientras se alejaba de la multitud–. Ahora estoy en una carrera.

–Vaya, siento haberte interrumpido…

–Descuida. Si no pudiera hablar, no te habría contestado –afirmó–. ¿Va todo bien?

–Eso depende. Tu madre está preocupada por ti, Grant.

Grant suspiró.

–Mira, papá…

–Escúchame un momento –lo interrumpió–. Sé lo que vas a decir: que estás bien y que no nos preocupemos por nada. Y como yo quiero que tu madre esté tranquila, le diré exactamente eso. Pero sé sincero conmigo, por favor.

–Soy sincero. El rodaje no ha empezado todavía, así que todo está siendo bastante fácil.

–Grant, los dos sabemos que este rodaje no es como otros. Estás en un rancho, rodando una película sobre caballos –le recordó.

–Sí, bueno… Admito que me está costando un poco, pero no es

nada que no pueda soportar.

–¿Seguro? –preguntó con desconfianza.

–No te preocupes por mí. Cuando hables con mamá y le digas que me encuentro bien, le estarás diciendo la verdad.

–No sabes cuánto me alegro… Pero dime, ¿cuándo te vamos a ver?

Grant sonrió.

–No lo sé. Tengo bastante trabajo, aunque creo que me podría tomar unas vacaciones dentro de un par de meses.

–En ese caso, ¿por qué no vienes a casa cuando termines con la película? A tu madre y a mí nos gustaría mucho. Y Melanie tiene ganas de verte.

Grant se sintió terriblemente culpable. Sabía que su hermana lo echaba de menos, pero la había evitado durante años porque no se sentía capaz de mirarla a los ojos. A fin de cuentas, le había destrozado la vida. Había asesinado sus sueños, su futuro, todo.

–No creo que sea una buena idea, papá.

–¿Y qué vas a hacer? ¿Retrasar el momento eternamente? Las cosas son como son. No van a cambiar porque no las mires.

Grant sacudió la cabeza.

–Te propongo una cosa. Cuando termine el rodaje, os pagaré un billete de avión a mamá y a ti para que vengáis a verme.

–Siempre somos nosotros los que vamos a verte. Y estamos encantados, por supuesto, pero es importante que vuelvas a casa –afirmó–. Han pasado muchos años desde el accidente de Melanie. El tiempo lo cura todo, Grant.

Grant pensó que, en su caso, el tiempo no había curado nada. Estaba convencido de que si volvía a la casa de sus padres y veía a Melanie, se quedaría atrapado en la pesadilla recurrente que sufría casi todas las noches. Además, su estancia en Stony Ridge no había tenido el efecto terapéutico que imaginó al principio. Creía que, al estar entre caballos, se acostumbraría otra vez a ellos y vencería a sus demonios personales. Pero sus demonios estaban ganando la batalla.

–Tengo que irme, papá. Te llamaré dentro de unos días. Dile a mamá que la quiero y que espero que vengáis a verme a Los Ángeles cuando termine el rodaje.

Grant se despidió y cortó la comunicación para que su padre no

pudiera insistir. Sabía que se habría llevado una decepción, pero no podía volver a la casa que había abandonado meses después del accidente de Melanie. Necesitaba estar lejos del pasado; tan lejos como fuera posible.

Aquella noche, cuando todo el mundo estaba de fiesta o se había acostado, Grant avanzó por el pasillo del hotel y llamó a la puerta de Tessa. No la había visto desde que se fue de su cabaña, y extrañaba sus conversaciones.

Tessa se quedó asombrada cuando lo vio.

–Grant… ¿Qué estás haciendo aquí?

Él admiró su cuerpo y su cabello, que estaba húmedo como si se acabara de duchar. Llevaba unas mallas y una camiseta de manga larga que se ajustaban maravillosamente a su figura.

–¿Puedo pasar?

Ella se apartó de la puerta sin decir nada. Él entró y la rozó a propósito, quizá para torturarse a sí mismo. Tessa lo recompensó con un suspiro.

–Hoy has estado magnífica…

Tessa cerró la puerta y sonrió.

–Gracias. Aunque solo es el principio de la temporada. Adoro mi trabajo.

Grant echó un vistazo a la habitación y se fijó especialmente en el enorme tamaño de la cama.

–No quise interrumpirte después de la carrera. Me pareció que ya tenías bastante con la prensa y con tus seguidores –afirmó–. Pero tenía que felicitarte…

Ella sonrió de oreja a oreja.

–Gracias, Grant –repitió–. Tu apoyo significa mucho para mí.

Tessa abrió una puerta lateral y lo llevó a una salita pequeña que hacía las veces de salón. Luego, se sentó en el sofá y lo invitó a acomodarse al otro lado.

Grant aceptó la invitación.

–Bueno… supongo que mañana volveremos a Stony Ridge.

–Sí, claro. Tengo que seguir con mi entrenamiento –dijo ella–. ¿Qué tal te ha ido hoy? ¿Has conseguido más información para tu película?

–Toda la que necesitaba y mucho más. De hecho, he hablado con Bronson y Anthony y están entusiasmados con la idea de rodar en el rancho. Llegarán la semana que viene.

Tessa lo miró y frunció el ceño.

–Pues tú no pareces muy entusiasmado… ¿Qué te pasa? Ya sé que querías felicitarme, pero sospecho que hay algo más.

A Grant le sorprendió que fuera tan perceptiva. Se conocían muy poco y, sin embargo, interpretaba el lenguaje de su cuerpo como si llevaran toda la vida juntos.

–No me pasa nada –mintió–. Es que ha sido un día muy largo… Y, hablando de días largos, espero no haber venido en mal momento. Es posible que estuvieras a punto de acostarte.

–No te preocupes por eso. Aunque, sinceramente, tu visita me extraña un poco.

–¿Por qué?

–Porque hace días que me rehuyes. Has hablado con todos menos conmigo.

–He estado muy ocupado… Además, te fuiste de mi cabaña sin despedirte, y supuse que mi presencia te incomodaría.

Ella se encogió de hombros.

–Me fui porque estabas enfadado conmigo. Pero me ha dado la impresión de que te estabas escondiendo de mí.

–Yo no me escondo de nadie –se defendió.

Tessa lo miró fijamente.

–¿Ah, no? Me has estado persiguiendo desde que llegaste a Stony Ridge. Y, de repente, te desvaneces en el aire… Discúlpame, pero es demasiado obvio.

Grant apretó los dientes.

–Como decía, he estado muy ocupado.

–Y yo –replicó–. Pero supongo que estás aquí porque quieres hablar…

Él frunció el ceño.

–¿A qué te refieres?

–A esas pesadillas que mencionaste de pasada. Y al hecho de que, si no me hubieras detenido la otra noche, me habría entregado a ti –respondió–. ¿Por dónde prefieres empezar?

Grant se levantó, nervioso.

–Está bien, si te empeñas… Empecemos por lo segundo –dijo–. No

entiendo que quisieras perder tu virginidad conmigo. Somos demasiado diferentes, Tessa.

Ella ladeó la cabeza y sonrió.

–Sí, eso es innegable. Y puede que hicieras bien al detenerme.

–Por supuesto que hice bien.

Tessa se puso de pie, cruzó los brazos y soltó un suspiró antes de hablar.

–Sé que somos diferentes, y se me ocurren muchas razones para no acostarme contigo. Pero hay una parte de mí que quiere dejarse llevar. Una parte que arde en deseos de ser tuya.

Grant se quedó en silencio, atónito.

–Cuando estamos juntos, siento cosas que no había sentido nunca –continuó Tessa–. Es posible que a ti no te pase, pero me gustas tanto que tengo que hacer verdaderos esfuerzos por mantener el control. Casi no me puedo resistir.

–¿Y por qué te resistes?

–Porque…

Ella dejó la frase sin terminar.

–¿Por qué, Tessa?

–Porque tengo miedo de decepcionarte. Incluso tengo miedo de decepcionarme a mí misma –le confesó–. Es una situación muy difícil para mí…

Grant se acercó y le pasó los brazos alrededor de la cintura. Después, inclinó un poco la cabeza y dijo en voz baja:

–Te garantizo que, cuando hagamos el amor, no habrá decepción alguna.

Ella lo miró con intensidad.

–¿Cuando hagamos el amor? ¿Eso significa que lo vamos a hacer?

–Sí, pero no aquí ni ahora. Quiero que tiembles de deseo. Quiero que pienses en mí hasta cuando salgas a montar… Quiero que tus fantasías eróticas ocupen toda tu mente.

–¿Por qué? –preguntó en un susurro.

Él le mordió dulcemente el labio.

–Porque te refrenas tanto y estás tan acostumbrada a negarte el placer que estoy deseando que te dejes llevar. Sobre todo, por mí.

Grant le dio un beso apasionado, pero también breve. Si quería derribar los muros de Tessa, debía mantener el control.

–Cierra con llave cuando salga –dijo–. Te veré en Stony Ridge.

Una vez más, Grant se marchó y la dejó temblando de deseo. Pero tenía un buen motivo para marcharse así: ya no buscaba sexo, sino amor.

Y estaba terriblemente asustado.

Capítulo Ocho

Todo iba bien en Stony Ridge. Ya habían instalado los remolques para los actores, los productores y los distintos directores de la película, que iban a llegar en pocos días. El rodaje estaba a punto de empezar, y Tessa se alegraba por una razón que no tenía nada que ver con el proceso cinematográfico.

Con un poco de suerte, Grant estaría tan ocupado que dejaría de perseguirla y de tentarla para marcharse a continuación.

La deseaba, pero se negaba a sí mismo el deseo. ¿Creería que se estaba comportando de forma galante y caballerosa? Desde su punto de vista, solo estaba jugando con ella. Y tomó la decisión de poner fin a ese juego en cuanto terminara su jornada de trabajo.

Había llegado al límite de su paciencia. Quería hacer el amor con él, y no iba a permitir que ni él ni nadie le dijeran lo que debía que hacer con su cuerpo o con su vida.

Pero, de momento, tenía que trabajar; así que se inclinó sobre Don Pedro, le dio una palmadita cariñosa y lo puso al trote. Aquel día se lo iba a tomar con calma. Sobre todo, porque Cassie estaba en el médico con su hija, a quien iban a vacunar.

–¿Te importa que te acompañe?

Tessa se giró y vio que su padre acababa de salir de los establos a lomos de Macduff.

–En absoluto. Pero, ¿no crees que deberías montar un caballo más tranquilo?

Damon se encogió de hombros.

–No te preocupes por mí. Soy más grande que tú, y no me tirará tan fácilmente. Además, Cassie ha estado trabajando con él.

Ella asintió.

–Entonces, vámonos.

Tessa estaba encantada de que su padre la acompañara. Tenían muchas obligaciones y muy pocas oportunidades de salir juntos.

Segundos después, Damon se desvió hacia la parte trasera de la propiedad. Tessa se puso a su altura, consciente del lugar al que se

dirigía. El cielo estaba completamente despejado, pero había visto la previsión meteorológica y sabía que se esperaban tormentas por la tarde.

–Dentro de poco, este lugar estará lleno de actores y periodistas –dijo su padre.

–Espero que tengan un servicio de seguridad y que pueda contener a los curiosos. Odio que invadan mi espacio.

Damon soltó una carcajada.

–Quién sabe, puede que te sorprendas a ti misma y descubras que te gustan los rodajes. Pero si no es así, siempre te puedes esconder en tu casa. Allí no va nadie.

–Los periodistas son capaces de meterse en cualquier sitio –comentó.

Damon volvió a reír.

–Está bien… Me encargaré de que vigilen tu casa.

Tessa sonrió, aunque su atención estaba en otra parte: en el hombre que, en ese momento, estaba charlando con los trabajadores que habían instalado los remolques del equipo de rodaje. Grant llevaba unos vaqueros desgastados, una camiseta negra y unas gafas oscuras de sol. A simple vista parecía un ranchero; pero seguía siendo el mismo seductor de gran ciudad.

–Tu productor se toma su trabajo con mucha seriedad… –dijo Damon cuando ya estaban cerca de la laguna.

–No es mi productor –protestó.

Damon detuvo a Macduff y la miró.

–Cariño, sé que soy un viejo y que, además, soy tu padre, pero hasta yo me he dado cuenta de cómo lo miras. Y de cómo te mira él a ti.

Tessa gimió. No quería hablar de eso con él. Quizás habría sido más fácil con su madre.

–Sé que la echas de menos –declaró Damon, adivinando sus pensamientos–. Y también sé que yo no la puedo sustituir… Pero si necesitas un consejo, estaré encantado de dártelo.

Tessa rio.

–No voy a hablar de relaciones amorosas contigo.

Las carcajadas de Damon rompieron el silencio.

–Por Dios, Tessa… No te estoy pidiendo que entres en detalles. Tu vida sexual es asunto tuyo. Solo me intereso por tu corazón.

Tessa lo miró de nuevo y asintió lentamente.

–Está bien, papá. ¿Qué me quieres decir?

–Que la vida es riesgo, hija mía. Cuando quieres algo, te tienes que arriesgar. Si te quedas al margen, te arrepentirás de no haber actuado.

Ella tragó saliva, pero no dijo nada.

–Ya deberías saberlo –continuó él–. Al fin y al cabo, te arriesgas cada vez que compites. Te arriesgas a sufrir un accidente, a que lo sufra otra persona o que lo sufra tu montura.

–Nunca pienso en esas cosas…

Él sonrió con calidez.

–No lo piensas porque has aprendido a arriesgarte y a confiar en tu habilidad y tu instinto. Te limitas a dejar que tu corazón te guíe y te lleve hasta la meta.

–Sí, supongo que sí.

–Pues el amor es igual.

–¿El amor? Esto no tiene nada que ver con el amor –dijo a la defensiva–. Es que Grant… No sé… Me confunde.

–Ya me lo imagino. Tu madre también me confundía a mí –declaró con una risita–. Le pedí que saliera conmigo cuando ella tenía dieciséis años, y no me lo concedió hasta los dieciocho. Creo que estaba asustada por mi edad, porque yo era mayor. Te parecerá absurdo, pero le preocupaba mi experiencia. Pensaba que no estaría a mi altura.

Tessa guardó silencio una vez más.

–¿Qué te preocupa a ti? –preguntó su padre.

Ella se encogió de hombros.

–Que somos muy distintos. Es un hombre de la gran ciudad.

–¿Y qué?

–Me extraña que me preguntes eso, papá. Sabes que odio la ciudad. Es uno de los motivos que me llevaron a romper con Aaron.

Su padre se puso muy serio.

–Ese individuo no merece ni que pronuncies su nombre. Además, Grant no se parece nada a él. ¿Te ha engañado? ¿Te ha manipulado? ¿Ha intentado apartarte de tu trabajo?

Tessa sacudió la cabeza y suspiró.

–No.

–Hija, eres una mujer adulta y perfectamente capaz de tomar tus

propias decisiones. Pero, por favor, no permitas que la imagen idílica del mundo que te has construido impida que te arriesgues en el amor… y que disfrutes de sus ventajas.

Tessa cerró los ojos durante unos momentos y se preguntó hasta dónde debía arriesgarse. ¿Hasta el punto de hablar con él y confesarle que lo quería? ¿Hasta el punto de presentarse esa misma noche en su cabaña y seducirlo?

La segunda opción le pareció tan descabellada que casi le arrancó una sonrisa. No sabía nada del arte de la seducción. No sabía ni por dónde empezar.

Pero había algo que sabía de sobra: que estaba cansada de esperar y de jugar a su juego.

Grant estaba absolutamente agotado. Había surgido un problema con la cantidad de remolques, porque faltaba uno; pero, después de hacer unas cuantas llamadas, lo había conseguido solventar.

Llamó a sus coproductores y les informó de que podían viajar a Stony Ridge cuando les pareciera más oportuno. Daba por sentado que querrían llegar antes que los protagonistas de la película, Max Ford y Lily Beaumont, las dos estrellas que iban a catapultar su carrera en la industria del cine. Grant ya se veía con su propia empresa de producción. De hecho, Marty le había escrito para reiterarle su interés, y él estaba como un niño con zapatos nuevos.

Se acababa de cambiar de ropa cuando alguien llamó al timbre. Grant cruzó los dedos y abrió la puerta, temeroso de que hubiera surgido otro problema con los remolques; pero se encontró delante de Tessa Barrington.

La mujer de sus sueños llevaba el pelo suelto, unos vaqueros ajustados que hacían maravillas con su figura y una camisa de manga larga.

A Grant le pareció más relajada que nunca, y le faltó poco para soltar un silbido de admiración ante aquella melena roja que el viento acariciaba. Era una tentación demasiado grande; tan grande, que salió al porche y cerró la puerta para impedir que Tessa entrara en la casa y se quedara a solas con él.

–¿Llego en mal momento? –preguntó ella.

Grant apretó los puños.

–No, qué va…

Ella apartó la mirada, como si se sintiera insegura por algún motivo.

–¿Te encuentras bien? –continuó Grant.

Ella suspiró y sacudió la cabeza.

–A decir verdad, no. Ya no soporto la tensión que hay entre nosotros.

Grant se maldijo para sus adentros. Sospechaba que estaba a punto de ponerse agresiva, y no estaba seguro de poderla rechazar si intentaba seducirlo. Así que la tomó de la mano y la alejó del porche.

–¿Adónde vamos? –preguntó Tessa.

Él siguió andando hacia la parte trasera de la propiedad, distanciándola de su cabaña y, sobre todo, de la cama más cercana. Aunque la deseaba tanto que habría sido capaz de hacerle el amor allí mismo, sobre la hierba.

–A dar un paseo –contestó–. Ha sido un día duro, y no me apetece hacer nada relevante. No quiero hablar del trabajo ni de nuestra relación. Solo quiero pasear contigo.

Tessa gimió.

–Pero va a llover… Y necesito que hablemos sobre lo nuestro. Necesito saber a qué atenerme.

Grant no se detuvo. Era consciente de que su silencio la estaba volviendo loca, pero no sabía qué decir. ¿Cómo expresar sus sentimientos cuando ni él mismo los entendía? Las cosas ya no eran tan fáciles como antes. Ya no buscaba algo tan leve como acostarse con ella. Quería más, mucho más.

En la distancia, se oyó el croar de las ranas de la laguna. Grant se dijo que Stony Ridge era un buen lugar para sentar cabeza, pero desestimó el pensamiento porque, en el fondo, seguía pensando que no se debía encariñar con ese sitio. Con esa mujer.

–Si has decidido que no merezco tu tiempo, lo entenderé –declaró ella.

Grant sonrió. Definitivamente, Tessa era incapaz de relajarse y de hacer algo tan sencillo como pasear en silencio.

–Sé que somos muy diferentes –prosiguió–. Tú eres un hombre con experiencia, y comprendería que no te sintieras interesado por una mujer como yo… Pero no entiendo que me beses, que me digas

que me deseas y que, sin embargo, te niegues a hacer nada al respecto.

Grant se detuvo y la miró a los ojos. Habían empezado a caer las primeras gotas de lluvia.

–No hago nada al respecto porque lo mío es lujuria en estado puro. Y eso no es lo que tú necesitas. Tú necesitas un amante cariñoso, que te trate con una dulzura que yo no te puedo garantizar. Te deseo tanto y tan apasionadamente que siempre estoy al borde de perder el control.

A pesar de sus palabras, se inclinó sobre ella y la besó con desenfreno. Cada vez llovía con más fuerza, y Tessa se aferró desesperadamente a él. Grant había sobrepasado un punto sin retorno. Necesitaba tocarla, probarla, tenerla. Necesitaba todo lo que ella estuviera dispuesta a dar.

Tessa se arqueó y se frotó contra su erección. Él le llevó las manos a la cintura y le metió los dedos por debajo de los pantalones.

En ese momento, un rayo iluminó el cielo. Tessa tomó a Grant de la mano y lo llevó hacia la laguna, corriendo y riendo mientras la lluvia insistía en empaparles la ropa. Él la miró y pensó que estaba impresionante con el pelo mojado y pegado a la cara.

Al cabo de unos segundos, se encontraron en una cabaña que estaba semioculta entre los árboles. Tessa se apoyó en uno de los postes, jadeando, y sonrió.

–Oh, Tessa…

Ella le puso un dedo en los labios.

–No me dejes esta vez –le rogó–. Quédate conmigo, Grant. Lo necesito.

Grant le apartó el cabello de la cara.

–No te lo podría negar aunque quisiera. Ni siquiera sé por qué lo he intentado… Pero admito que tengo miedo.

–¿Miedo? ¿De qué?

–De todo esto, de ti… Tu primera vez debería ser más especial. Mereces algo mejor que una cabaña abandonada en una noche de tormenta.

–Esta cabaña es muy especial para mí. Jugaba en ella cuando era niña, y soñaba con caballos y príncipes azules. –Tessa le pasó los brazos alrededor del cuello–. Además, cualquier lugar sería especial

si estoy contigo.

Él inclinó la cabeza y susurró:

–Estoy tan nervioso como si también fuera mi primera vez.

Ella le dio un beso en los labios.

–Entremos entonces –dijo–. Nos quitaremos el miedo el uno al otro.

***

Tessa no podía creer lo que estaba haciendo, pero alcanzó la llave que siempre dejaban en el marco de la puerta y abrió. Luego, tomó a Grant de la mano y lo llevó dentro. La miraba con tanta angustia que casi le pareció gracioso. Era evidente que se preocupaba por ella. Y, en ese momento, se dio cuenta de que se había enamorado de aquel hombre de la gran ciudad.

–No te preocupes por mí –le dijo–. Haz lo que te apetezca.

Grant sacudió la cabeza.

–Es curioso, para ya no sé lo que quiero hacer… Todo esto es tan nuevo para mí. Solo quiero que sea bonito para los dos.

Ella volvió a sonreír, asombrada ante el hecho de que tuviera tanto poder sobre un hombre tan fuerte e imponente. Por lo visto, no tenía más opción que tomar la iniciativa. De lo contrario, Grant retrasaría el momento y la tensión sexual se volvería insoportable.

Sin dejar de mirarlo a los ojos, se desabrochó la camisa y la dejó caer al suelo. Después, se quitó las botas e intentó quitarse los vaqueros con elegancia, pero eran elásticos y le costó más de un salto y un par de gruñidos. No fue un espectáculo precisamente sexy. O, al menos, no lo fue para ella; porque Grant miró sus pechos y sus piernas desnudas con tanta intensidad como si hubiera sido el más provocador.

Tessa sacó fuerzas de flaqueza y se liberó de la camiseta que llevaba por debajo de la camisa, quedándose en bragas y sostén.

–Tenía intención de seducirte en tu cabaña, ¿sabes? –le confesó–. Pero, cuando has abierto la puerta, me he asustado.

Grant la siguió admirando en silencio, y ella deseó que hiciera algo, que pronunciara alguna palabra. No era la primera vez que estaba excitada, pero aquello la estaba volviendo loca.

–Si no dices algo, te juro que me vuelvo a poner los pantalones –

lo amenazó.

Él tragó saliva y dio un paso adelante.

–Eres preciosa, Tessa… Quiero tomarme las cosas con calma, pero sospecho que perderé el control en cuanto te toque.

Tessa se sintió tan sexualmente halagada que perdió parte de su timidez.

–No soy de cristal, guapo. Quiero que me toques, y quiero que te desnudes.

Grant asintió y se quitó la ropa con una velocidad sorprendente. Y esta vez fue Tessa quien se quedó sin habla. En parte, porque nunca había estado con un hombre desnudo; y, en parte, porque tenía un cuerpo maravilloso.

–No sé si debería sentirme avergonzado o encantado de que me mires así –dijo él–. Solo sé que estás jugando con fuego.

–Puede que quiera jugar con fuego –susurró ella–. Puede que te quiera provocar para que pierdas el control y me tomes de una vez.

Grant se acercó con la elegancia de un depredador. Ella se estremeció de placer, embriagada por la excitación y por el suspense ante lo que iba a ocurrir.

–Es tu última oportunidad, Tessa. ¿Estás segura de que quieres mi pasión?

Tessa le pasó las manos por el pecho.

–Por supuesto que lo estoy.

Grant la abrazó con fuerza y asaltó su boca durante unos segundos. Luego, le lamió el cuello, le quitó el sostén y se inclinó para acceder a sus pezones.

Tessa estaba sobre aviso. No se podía decir que no supiera lo que iba a pasar. Pero no había imaginado que las reacciones de su cuerpo serían tan intensas ni que se sentiría dominada por un sentimiento de euforia que no había experimentado nunca.

Grant la alzó en vilo y la llevó a la vieja cama de la cabaña, donde se tumbó sobre ella. Tessa separó las piernas para que se acomodara. También era la primera vez que sentía el peso de un hombre, y le pareció tan bello como natural.

–Quiero tocar todo tu cuerpo, Tessa. Pero, ahora mismo, no deseo otra cosa que estar dentro de ti.

Ella le acarició el cabello y sonrió.

–Yo deseo lo mismo, Grant.

–No sabes cuánto me alegro. Aunque habrá que esperar un poco… antes, tengo que asegurarme de que estás preparada.

Grant se incorporó, le quitó las braguitas con un movimiento rápido y, tras meterle una mano entre los muslos, la empezó a acariciar.

–Eres tan bonita… –susurró.

Tessa cerró los ojos y se dejó llevar por sus caricias, dejándole todo el control. Si hubiera sido por ella, le habría rogado que acelerara el ritmo. Sin embargo, sus dedos eran tan expertos y le arrancaban sensaciones tan abrumadoras que no lo quiso interrumpir.

Grant nunca había sido un amante egoísta. No era de los que tomaban a una mujer sin preocuparse por sus necesidades. Pero aquella fue la primera vez que deseó seguir así eternamente, satisfecho con el sencillo placer de dar placer a otra persona y de admirarla sin más.

–Tómame, por favor…

Grant se detuvo. La habría llevado al orgasmo con sus caricias, pero no le podía negar ese deseo.

–Tenemos un problema, Tess. No tengo preservativos.

Ella sonrió.

–¿Crees que te iba a seducir sin estar preparada? Llevo uno en el bolsillo de los vaqueros.

Él se apartó y empezó a buscar con desesperación.

–Está en el bolsillo izquierdo –dijo ella entre risas.

Grant encontró lo que buscaba, rompió el envoltorio y se puso el preservativo antes de volver a tumbarse encima de ella. Tessa separó las piernas. Para entonces, la tormenta había empeorado tanto que los truenos hacían temblar las ventanas de la cabaña.

Él la besó e intentó hacer caso omiso de la presión que sentía en el pecho. Sus sentimientos lo estaban traicionando, pero no se podía ilusionar con un amor imposible. Los dos sabían que su relación era puramente sexual. Conocían el terreno que pisaban. No pedían ni esperaban nada que el otro no estuviera dispuesto a dar.

Grant la empezó a penetrar con delicadeza, y se detuvo cuando ella soltó un grito ahogado.

–¿Estás bien?

Ella asintió y arqueó las caderas hacia arriba.

–No pares…

Grant apretó los dientes y acató su orden. Nunca se había encontrado en esa situación, y no estaba seguro de lo que debía hacer, de cómo conseguir que fuera una experiencia perfecta para ella.

Entonces, Tessa le acarició los hombros, le pasó los dedos por el pelo y empezó a mover las caderas con descaro. ¿Quién era ahora el más tímido de los dos? Él estaba tan nervioso como un primerizo; ella, tan relajada como una amante experta.

Se apoyó en los codos y adoptó un ritmo rápido e intenso, a pesar de que temía que le hiciera perder el control. Pero Tessa lo perdió antes. Súbitamente, cerró los ojos con fuerza, abrió la boca y dejó escapar un gemido que a él le pareció el más dulce que había oído nunca.

Había llegado al orgasmo. Y, cuando vio su gesto de satisfacción, Grant se dejó llevar y se arrojó con ella al dulce abismo.

Tessa se había quedado sin habla.

¿Cómo era posible que se hubiera negado esa experiencia durante tantos años? Había antepuesto su carrera y su estilo de vida ordenado al resto de sus necesidades. Pero acababa de satisfacer esas necesidades, y no volvería a cometer el error de despreciarlas.

–Casi puedo oír tus pensamientos… –dijo Grant mientras le acariciaba un brazo.

Tessa lo miró en silencio. Tenía la cabeza apoyada en su pecho, y era tan feliz que no quería que aquella noche de tormenta terminara nunca. Se sentía como si todo encajara de repente y el mundo fuera un lugar perfecto.

–No te arrepientes, ¿verdad? –preguntó él.

Tessa sonrió.

–Claro que no. Solo estaba disfrutando del momento.

Grant la acarició con suavidad.

–Es la primera vez que hago el amor en mitad de una tormenta. Y reconozco que tiene su interés…

Tessa soltó una carcajada.

–Bueno, yo no había pensado nunca que las tormentas fueran románticas, pero creo que me parecerán esencialmente románticas a

partir de ahora.

–No sé qué decir… He rodado varias veces bajo la lluvia, y te aseguro que no suele ser tan divertido como lo de hoy.

El sol ya se había ocultado para entonces, y los destellos ocasionales de los rayos eran lo único que iluminaba la cabaña.

–Si las tormentas te ponen nervioso, podríamos ir a tu casa…

–Estoy con una mujer desnuda entre mis brazos, Tessa. No tengo ninguna prisa por marcharme –declaró–. Y, por otra parte, no estoy nervioso. Satisfecho y relajado, sí; pero nervioso, no.

Tessa le puso la mano en el pecho.

–No sabes cuánto me alegro de haberte conocido. Aunque no me agradaba la idea de que rodarais una película en el rancho.

Grant rio.

–¿Aunque no te agradara? ¿Es que ahora te gusta?

–No exactamente. Pero ahora sé que te encargarás de que mi familia quede bien –contestó–. Eso era lo que más me preocupaba.

–¿Y qué otras cosas te preocupan?

–¿De la película? ¿O de la vida en general?

–¿Tantas preocupaciones tienes? –preguntó en tono de broma–. Porque, en ese caso, creo que conozco un método perfecto para quitártelas de la cabeza.

Él le dio un beso en la frente y le separó las piernas como si quisiera hacer el amor de nuevo.

–¿Otra vez? –preguntó, sorprendida–. Quiero decir… ¿Ya estás preparado?

A Grant se le escapó una carcajada tan sonora que ella se sintió ridícula.

–Ten un poco de paciencia conmigo –protestó Tessa–. Soy nueva en estas lides…

–No, ya no eres nueva. Te has convertido en una mujer con experiencia, y eso merece que te conceda el control absoluto de la situación. Haz lo que tú quieras… Como tú quieras.

Tessa se puso a horcajadas sobre Grant, aunque no sabía qué hacer.

–¿Estás seguro? –preguntó con timidez–. Solo tenía un preservativo, y ya lo hemos usado. No esperaba que lo hiciéramos más veces.

–Bueno, nunca he hecho el amor sin protección… Aunque

supongo que me puedo refrenar…

Tessa se mordió el labio. Su mente le decía que era mejor que olvidaran el asunto, pero su cuerpo estaba en desacuerdo.

–No hace falta. Estoy tomando la píldora por motivos de salud –dijo.

–En ese caso…

Grant cerró las manos sobre sus pechos y alzó ligeramente la cadera, tentándola.

–Eh, no estás jugando limpio –dijo Tessa.

–Yo no estoy jugando, cariño. Me tomo muy en serio el sexo.

Tessa decidió darle una lección. Había dicho que dejaba el control en sus manos, y estaba más que dispuesta a tomarle la palabra.

Con un movimiento tan lento como grácil, descendió sobre él y lo llevó a su interior. Grant soltó un gemido y ella sonrió, satisfecha. Estaba segura de que habría interpretado su lentitud como una provocación maliciosa; pero, a decir verdad, se había movido así porque quería asegurarse de que no estaba demasiado dolorida.

–Oh, Tessa. Me estás matando…

Tessa se empezó a mover, excitada. Tenía miedo de encariñarse demasiado de Grant, pero decidió disfrutar del instante y olvidar sus temores.

El hombre de la gran ciudad estaba a punto de descubrir cómo se las gastaban las chicas de campo.

Capítulo Nueve

Tessa despertó de repente, sin saber por qué. Pero, al mirar a Grant, comprendió el motivo. Tenía una de sus pesadillas.

–¡Para, Melanie! –gritó.

Tessa se quedó helada. No sabía quién era Melanie. Solo sabía que formaba parte de sus pesadillas. Y cruzó los dedos para que no fuera su novia o, peor aún, su esposa.

–Grant… –Tessa lo sacudió–. Grant, despierta…

Grant dejó de moverse y abrió los ojos. Pero se quedó tan callado que, durante unos segundos, Tessa no supo si estaba despierto o seguía dormido.

–¿Tessa…?

–Espero no haberte hecho daño. Te he sacudido porque tenías una pesadilla.

Grant se pasó una mano por la cara y suspiró.

–Siento haberte despertado.

–No te preocupes por eso. Pero esta es la segunda vez que me despiertas con tus gritos y, teniendo en cuenta que has pronunciado el nombre de una mujer, creo que merezco una explicación –dijo, intentando mantener la calma.

–¿El nombre de una mujer?

–Sí. Melanie.

Grant se levantó de la cama y empezó a recoger su ropa. Tessa supuso que su encuentro romántico había terminado e hizo lo mismo.

Al cabo de unos segundos de silencio, él declaró:

–Melanie es mi hermana. Mi hermana gemela.

Tessa se sintió increíblemente aliviada.

–¿Y por qué tienes pesadillas con ella?

Grant terminó de vestirse. Después, abrió la puerta de la cabaña y se quedó mirando el paisaje nocturno.

–Por algo que ocurrió hace años. No tiene nada que ver contigo.

El comentario de Grant le dolió. ¿Por qué se negaba a contárselo?

¿Por qué le negaba su confianza? Era evidente que a Melanie le había pasado algo y que, fuera lo que fuera, había sido traumático para él.

–Se está haciendo tarde –dijo ella, cambiando de conversación–. Podríamos volver, pero está muy oscuro y no tengo linterna.

Grant le pasó un brazo alrededor de la cintura.

–Tienes tanta prisa por marcharte que voy a pensar que no te gusta mi compañía…

–Oh, te aseguro que he disfrutado enormemente de tu compañía. Pero este no es sitio para dormir.

–¿Por qué no? Yo estaba encantado hasta hace unos minutos. Y lo volvería a estar si te quitaras la ropa que te acabas de poner –dijo Grant–. Sin embargo, tienes razón… Si nos quedamos a dormir aquí y nos descubren, perdería mi trabajo.

Tessa se llevó una decepción. Sabía lo de la cláusula de su contrato, pero no se le había ocurrido que pudiera ser un problema. Y, después de hacer el amor con él, le apetecía cualquier cosa menos guardarlo en secreto y mentir a los demás.

–No me mires así, Tessa… Compréndelo, por favor. No me puedo arriesgar a perder mi empleo.

Ella le dio un apretón cariñoso.

–Descuida, yo no haría nada que pusiera en peligro tu carrera. Además, tampoco espero que a partir de ahora te dediques a entrar a hurtadillas en mi habitación.

–Pues deberías esperarlo, porque quiero mucho más que una simple noche. El hecho de que no nos puedan ver en público no significa que no me vaya a acostar contigo todos los días. Tú y yo acabamos de empezar. Esto solo es el principio.

–¿Y qué pasará si te descubren? –preguntó–. Tu equipo llega dentro de poco, y habrá guardias de seguridad por todas partes… ¿Qué vas a hacer? ¿Teletransportarte a mi dormitorio?

–No lo sé, pero ya pensaré en algo.

Grant se giró hacia ella y le dio un beso.

–Dime que tú también lo deseas, Tessa –continuó–. Dímelo.

Ella asintió, encantada.

–Sí, yo también lo deseo. Estaremos juntos aunque nos tengamos que esconder constantemente.

Tessa no estaba acostumbrada a mentir ni a ocultarse. Su vida era

un libro abierto, lleno de planes y horarios de trabajo. Pero tuvo la sensación de que iba disfrutar con aquella Tessa nueva que Grant había liberado.

Además, la idea de esconderse añadía un elemento de excitación y aventura a lo que ya tenían, porque todo lo demás seguiría igual.

Solo había un problema.

¿Qué iba a hacer la Tessa nueva cuando Grant se marchara de Stony Ridge? Al fin y al cabo, nunca había dicho que quisiera quedarse.

***

–Parece que todo está perfecto –dijo Anthony Price mirando los remolques y el equipo que acababan de instalar junto a los establos–. Me asombra que no falte nada. Siempre queda algún problema técnico por resolver.

Bronson rio.

–No, no siempre. Solo cuando tú estás a cargo de las cosas –puntualizó–. Pero, afortunadamente, Grant no es como tú.

Grant no dio importancia al rifirrafe de sus dos amigos. Habían sido enemigos declarados durante mucho tiempo, pero las cosas cambiaron cuando se develó el secreto de que los dos eran hijos de la misma mujer, Olivia Dane, un mito de Hollywood.

–Bueno, tuve un par de problemas, pero los he podido solventar –les confesó–. Por cierto, será mejor que empecemos por las escenas de los establos. Tessa y Cassie se están entrenando para el derbi de Kentucky, e interferiríamos en su preparación si las posponemos.

–Estoy de acuerdo contigo –dijo Bronson, que echó un vistazo rápido a las notas de producción–. Sin embargo, siento curiosidad por esa cabaña que, según dices, está junto a una laguna. No es que no me fíe de ti, pero me gustaría verla.

Grant asintió y sonrió para sus adentros. Además de violar la dichosa cláusula del contrato, la había violado en un sitio donde iban a rodar varias escenas de la película.

–Max llega mañana, así que le pediré su opinión –continuó Bronson–. Trabajamos juntos hace unos meses, y me consta que siempre tiene algo interesante que decir.

–Sí, yo también he trabajado con él –dijo Grant–. Es uno de los

mejores actores que he conocido… y Lily, una de las mejores actrices. Estoy seguro de que la película va a ser un éxito.

–Yo también lo estoy –intervino Anthony–. Pero quiero ver el rancho antes de que lleguen los demás.

Grant se giró hacia las caballerizas.

–En ese caso, seguidme.

Mientras caminaban, Tessa salió de los establos a lomos de Don Pedro. Grant intentó disimular, pero se sentía tan atraído por ella que le lanzó una mirada intensa. No había olvidado lo sucedido en la cabaña de la laguna.

–Oh, no… –dijo Bronson.

Grant se giró y vio que los dos hermanastros lo miraban con desconfianza.

–Dime que no lo has hecho –le instó Anthony.

Grant frunció el ceño.

–¿De qué demonios estás hablando?

–De la belleza que acaba de pasar ante nosotros –contestó–. Y no me refiero al caballo.

Grant apartó la mirada y siguió andando, con la esperanza de que no vieran su expresión.

–Te preocupas sin motivo. Tessa y yo solo mantenemos una relación profesional. De hecho, me ha ayudado mucho con las localizaciones.

–Si tú lo dices… –dijo Bronson–. Pero espero que sea cierto, porque Marty te matará si vuelve a surgir un problema como el que tuviste con aquella maquilladora.

Grant rio, aunque estaba un poco harto de que se lo recordaran.

–Te aseguro que no voy a cometer el mismo error.

Grant los acompañó al interior del edificio y se lo enseñó. Durante la visita, vio que Nash estaba limpiando el cubículo de Don Pedro y se preguntó si Tessa seguía desconfiando del nuevo mozo de cuadra. A él solo le parecía un buen trabajador; quizá algo misterioso y taciturno, pero nada más. De hecho, lo había investigado y no había descubierto nada sospechoso.

Ya habían salido de las caballerizas cuando Cassie se les acercó con una sonrisa y estrechó la mano a los recién llegados.

–Buenos días, chicos. Soy Cassie Barrington, y supongo que vosotros sois Bronson y Anthony…

Tras los saludos oportunos, ella añadió:

–Tessa está a punto de terminar. Hoy se ha esforzado mucho, así que me voy a encargar de que lo deje más temprano que de costumbre.

–¿Le pasa algo? –preguntó Grant.

–No, aunque hace dos días que está un poco rara… No sé por qué.

Grant sabía exactamente lo que le pasaba, pero se lo calló y, por supuesto, hizo caso omiso de las miradas que le lanzaron sus dos amigos. Estaba decidido a mantener su relación con Tessa en secreto. No quería perder su trabajo, ni la oportunidad de tener su propia productora.

–¿Te puedo pedir un favor, Cassie?

–Faltaría más…

–Si no te importa, preséntales a Tessa. Acabo de recordar que tengo que hacer una llamada importante… Y ya puestos, ¿podrías presentárselos a tu padre? Ahora no está en casa, pero supongo que volverá en algún momento.

–Será un placer –dijo Cassie, ajena a las verdaderas preocupaciones de Grant–. Haz lo que tengas que hacer. Tessa y yo nos encargaremos de todo.

Mientras Grant se alejaba, oyó que Anthony mencionaba la cabaña de la laguna. Y se alegró de haber puesto tierra de por medio; porque si hubiera puesto un pie en esa cabaña y Tessa hubiera estado presente, todos se habrían dado cuenta de lo que pasaba.

Ya no era capaz de disimular sus emociones. Tessa había cambiado algo en su interior. Algo que le podía causar un sinfín de problemas.

Tessa estaba enfadada. En primer lugar, porque su antiguo novio le había dejado dos mensajes más en el buzón de voz y, en segundo, porque odiaba estar pendiente del reloj. Pero, sobre todo, porque las horas iban pasando y Grant no aparecía. De hecho, ni siquiera había estado presente cuando Cassie le presentó a Anthony y Bronson. Cualquiera habría dicho que la estaba rehuyendo, y no le gustaba nada.

Se acababa de poner el camisón cuando oyó un golpecito en la

ventana de su dormitorio, cruzó la habitación, descorrió las cortinas y echó un vistazo. Era Grant, que estaba lanzando mantillo del jardín.

–¿Se puede saber qué estás haciendo? –preguntó tras abrir la ventana–. Te recuerdo que esta casa tiene dos puertas a las que puedes llamar.

–Bueno, me ha parecido que esto sería más romántico… He intentado encontrar gravilla, pero no hay; así que he tenido que improvisar con pegotes de mantillo –dijo con humor.

Tessa soltó una carcajada.

–Anda, deja de tirar cosas. Te abriré por detrás.

Tessa alcanzó un batín y se lo puso, a pesar de que Grant ya había visto todo lo que se podía ver. Después, se lo cerró y bajó por la escalera a toda prisa, encantada ante la noche que tenían por delante.

Cuando abrió la puerta, Grant entró y la miró de arriba a bajo con una gran sonrisa en los labios.

–Es tarde. Estaba a punto de irme a la cama.

–Entonces, he llegado justo a tiempo.

Ella intentó dar media vuelta, pero él la tomó de la muñeca y la apretó contra su duro pecho.

–Te he extrañado mucho, Tessa.

Grant le acarició el pelo con tanto cariño que ella se sintió en la necesidad de pasarle los brazos alrededor del cuello y mirarlo con ternura. Solo había pasado un mes desde que se conocieron, pero ya conocía su sabor, su forma de besar, la pasión que ponía en el más leve de los abrazos. Y no podía negar que ella también lo había echado de menos.

–No sabes cuánto me cuesta mantener las distancias –continuó él.

Tessa rompió el contacto y se lo llevó de la cocina.

–No parece que te cueste mucho, la verdad. Casi no me has dirigido la palabra desde que hicimos el amor en la cabaña de la laguna. Hasta te las has arreglado para no estar presente cuando Cassie me presentara a tus amigos.

–No te enfades, Tessa… Lo he hecho porque no puedo ocultar lo que siento cuando estoy contigo. Bronson y Anthony me conocen demasiado bien. Se darían cuenta al instante. Nunca he sido un buen actor –dijo con sinceridad.

Ella sonrió.

–Está bien, te creo. Pero, ¿por qué no subimos a mi habitación? Estamos en mi casa, y no tenemos que ocultarnos de nadie.

De repente, Grant la tomó en brazos y la llevó hacia la escalera.

Tessa le mordió el cuello con suavidad.

Él la miró fijamente y dijo:

–Espero que seas consciente de que me voy a quedar un buen rato.

–Márchate si te atreves –lo desafió–. Aunque admito que este secretismo me está empezando a gustar.

–Sabía que llevabas una pícara dentro…

–¿Crees que te habrá visto alguien?

Grant entró en el dormitorio y contestó:

–Lo dudo mucho. Me he vestido de negro y he venido andando.

–¿Has venido andando? –dijo, sorprendida.

Grant la dejó en el suelo.

–Sí. No me he querido arriesgar a que vieran mi coche. Además, así me aseguro de dar esquinazo a los guardias… Aunque me ha parecido que esta noche solo había uno.

Tessa le puso las manos en la cara y se la acarició. Le encantaba su barba de dos días.

–Te has tomado muchas molestias para llegar –admitió en voz baja–. Tendré que encontrar la forma de agradecértelo.

Tessa se apartó de él, se abrió el batín y lo dejó caer al suelo. Grant miró su sencillo camisón de algodón y pensó que estaba absolutamente deliciosa.

–¿Eso es lo único que piensas hacer? ¿Mirarme? –preguntó ella–. Venga, quítate ese disfraz de ladrón que te has puesto.

Grant rompió a reír.

–¿Sabes que puedes ser muy descarada cuando quieres?

–Por supuesto que lo sé. Es una de mis mejores virtudes –ironizó.

Grant se quitó la camiseta por encima de la cabeza y la tiró sin contemplaciones. Tessa se quedó admirada con su ancho pecho y los gloriosos músculos de sus brazos; pero, por mucho que le gustara mirar, prefería tocar.

Para entonces, ya sabía que, cuanto más tiempo pasara, más le costaría alejarse de él y fingir que no se estaban acostando. Pero no quería pensar en las complicaciones de su relación. De momento,

solo quería disfrutar del presente.

Tessa se quedó asombrada cuando entró con Oliver en los establos y vio que Max Ford ya estaba en el plató, preparándose para un nuevo día de rodaje. Debía de estar encantado con la película para levantarse tan temprano.

Sin embargo, la película ya no le preocupaba tanto como su relación con Grant. Él llegaba de noche y se marchaba antes del amanecer, y se sentía terriblemente decepcionada cuando despertaba en su habitación y se encontraba sola.

Y empezaba a estar harta de ese juego.

Tras desensillar a Oliver, alcanzó el cepillo y se lo pasó por el lomo. Luego, dejó al caballo en su cubículo y fue a buscar un poco de hecho. Pero al girar en una esquina se dio de bruces con Nash, el mozo de cuadra.

–Oh, discúlpame… –dijo él en voz baja.

Tessa retrocedió. Seguía sin fiarse de él.

–No te preocupes. Ha sido culpa mía.

Curiosamente, Nash no se apartó.

–Hoy hay mucho movimiento en el plató de cine…

A Tessa le sorprendió su actitud. Era la primera vez que le dedicaba más de dos palabras.

–Sí, es cierto. Aunque supongo que será peor a partir de ahora –declaró–. Me han dicho que Lily llega mañana.

–Max Ford va a interpretar el papel de tu padre, ¿verdad?

Tessa asintió y lo miró con interés. Era un tipo extraño, de ojos tan azules como los suyos. Su apariencia era relativamente desaliñada; pero, al mismo tiempo, tenía unas manos perfectamente cuidadas, casi como si se hiciera la manicura.

–Sí. Y Lily va a interpretar a mi madre.

Nash asintió.

–¿Cómo va a empezar la película? ¿Con la boda de tus padres?

–Eso creo.

–¿Y solo va a tratar de la vida personal de Damon? ¿O también de su carrera?

Tessa se preguntó adónde querría llegar con tanta pregunta, pero contestó:

–De las dos cosas. Mi padre es el personaje principal. Parece que los demás no somos tan interesantes como él… –dijo con humor.

Nash no debió de entender la broma, porque se quedó tan serio como antes.

–En fin, voy a buscar heno. Siento haberme tropezado contigo.

–Descuida. Carece de importancia.

Tessa se alejó, consciente de que no tenía motivos para sospechar de Nash. Era cariñoso con los animales y, hasta entonces, no había hecho nada que indicara ninguna intención de hacer daño a alguien. Pero, a pesar de ello, desconfiaba de él.

Tras alimentar a los caballos, le entró hambre. Al salir de los establos, se quedó mirando a las cuatro personas que, en ese momento, mantenían una especie de reunión. Eran Grant, Bronson, Anthony y Max. Por lo que sabía, los tres últimos estaban felizmente emparejados, y habían conseguido que sus relaciones amorosas no entraran en conflicto con su profesión, muy exigente.

Tessa sacudió la cabeza y se maldijo. ¿Qué estaba haciendo? ¿Buscar esperanza en las vidas de aquellos hombres? ¿Convencerse de que, si ellos podían mantener una relación a distancia, ella también podía? Para empezar, Grant nunca le había dicho que quisiera una relación seria.

Además, tenía que prepararse para el siguiente derbi. No debía perder el tiempo con posibilidades que solo estaban en su imaginación.

Tessa se dirigió a la casa de su padre y entró por la puerta de la cocina. Linda estaba dentro, sirviendo una taza de té.

–Es para ti –dijo la cocinera con una sonrisa–. Te he visto por la ventana y me ha parecido que necesitabas beber algo. Cualquier mujer se sentiría acalorada después de haber disfrutado de semejantes vistas… Esos hombres son muy atractivos.

Tessa rio.

–Eres muy perversa, Linda.

–No, solo soy vieja y sé lo que veo. Esos hombres van a conseguir que todas las mujeres del condado quieran ser extras en la película.

Tessa alcanzó la taza y echó un buen trago.

–Pues menos mal que hemos aumentado la seguridad –dijo con

ironía–. Aunque tres de los cuatro ya tienen pareja.

–Los cuatro la tienen.

Tessa estuvo a punto de atragantarse.

–¿Qué quieres decir?

–Lo sabes perfectamente. Grant no tendría ojos para otra mujer. Solo los tiene para ti –contestó–. ¿O no te has fijado en cómo te mira?

Tessa sintió un vacío en la boca del estómago. ¿Cómo la miraba Grant? ¿Con simple deseo? ¿O con algo más profundo? Habría dado cualquier cosa por saberlo.

–No frunzas el ceño, Tessa. Te conozco lo suficiente como para saber que estás calculando cuánto tiempo os queda a los dos. Pero créeme… El amor sabe encontrar su camino. Deja de preocuparte con tonterías. Tus sentimientos te indicarán la dirección que debes tomar.

Tessa sacudió la cabeza.

–Esto no tiene nada que ver con el amor. Solo estamos…

Linda la miró con sorna cuando Tessa dejó la frase sin terminar.

–Sé lo que estáis haciendo, Tessa. Y me alegro mucho por vosotros –declaró–. De hecho, estoy segura de que Grant le gustaría mucho a tu madre.

Tessa pensó que tenía razón, pero no dijo nada.

–Hazme caso. Disfruta de la vida y no le des tantas vueltas a las cosas. Solo se vive una vez, querida mía… Además, sé que lo vuestro saldrá bien.

Tessa se acercó a Linda y le dio un abrazo.

–Menos mal que te tengo a ti. No sabes cuánto te quiero.

–El sentimiento es mutuo. Yo os quiero tanto como si fuerais hijas mías. Y siempre estaré a vuestro lado, pase lo que pase.

–Lo sé, Linda –afirmó–. Pero te ruego que, pienses lo que pienses sobre mi relación con Grant, lo guardes en secreto. Podría perder su trabajo si se enteran.

Linda sonrió.

–Oh, no te preocupes por eso. He visto y oído cosas a lo largo de mi vida que estremecerían a un muerto, pero no he dicho nada en ningún caso. Todos los secretos que conozco se irán conmigo a la tumba. Y, por supuesto, eso incluye tu relación con Grant.

Tessa se preguntó de qué secretos estaría hablando. Pero sabía

que Linda no se los iba a contar, así que se abstuvo de interrogarla.

Al menos, contaba con su apoyo. Y, con un poco de suerte, nadie llegaría a saber que se estaba acostando con Grant.

Capítulo Diez

–La odio.

Cassie rompió a reír.

–La odias porque es rica, inteligente y extraordinariamente guapa. Pero eso no es justo, Tessa…

Tessa miró a Lily Beaumont, la extraordinaria belleza sureña que en ese momento estaba en compañía de Bronson y Anthony. De hecho, todo el mundo la estaba mirando.

–Sí, bueno… Supongo que tienes razón. Y, a decir verdad, no es cierto que la odie. Pero no sabes cuánto me gustaría –replicó–. No tiene ni un gramo de grasa… ¿Es posible que sea tan perfecta?

–Vete a saber. Puede que tenga un tercer pezón.

Cassie se rio de su propio chiste mientras Tessa se apoyaba en uno de los listones del cercado. La belleza de Lily no le molestaba en absoluto. Solo estaba nerviosa por lo que pudiera hacer Grant cuando la viera. Era una mujer impresionante. El tipo de mujeres que le gustaban a Grant.

–Por mucho que te disguste ese espantoso monstruo de ojos verdes, yo diría que es perfecta para interpretar el papel de mamá –continuó Cassie.

Tessa sonrió.

–Eso es cierto. Mamá era igual de joven. Tenía el mismo tipo de belleza y hablaba con el mismo acento del sur…

Cassie le dio una palmadita en la espalda.

–Bueno, será mejor que sigamos con nuestro trabajo. Ya la saludaremos cuando se te pase el ataque de celos compulsivos.

Justo entonces, Damon salió de la casa y se acercó a la actriz.

–Parece que papá se nos va adelantar… Me pregunto qué pensará de Lily.

Tessa había cambiado de opinión sobre la película. Al principio, se había opuesto a ella con todas sus fuerzas; pero, con el transcurso de los días, había terminado por esperar el rodaje con ansiedad. Conociendo a Grant Carter, estaba segura de que la obra sería un

bello y fiel tributo a la vida de Damon y Rose Barrington.

–Va a ser duro para nosotras –dijo Cassie, que le pasó un brazo por los hombros–. Me refiero a ver la película y revivir el amor de nuestros padres, su matrimonio, nuestros propios nacimientos y…

–Y la muerte de mamá –la interrumpió, con un nudo en la garganta–. Sí, va a ser difícil, pero papá necesitará que seamos fuertes. Además, es bueno para todos. Nuestra familia ha trabajado muy duro para llegar a donde está, y me alegra que Hollywood se haya dado cuenta.

–Hablando de trabajo duro… tenemos cosas que hacer.

Las dos hermanas se alejaron del cercado y volvieron al interior de las caballerizas. Tessa miró a Cassie y pensó que iban a necesitarse la una a la otra durante las semanas siguientes. Por emocionante que fuera el rodaje, era una película sobre su familia. Y su familia tenía sentimientos.

***

Grant no había visto a Tessa en dos días. Trabajaba hasta muy tarde porque algunas de las escenas se tenían que rodar en plena noche, con la luz de la luna. Y, aunque ardía en deseos de verla, no había encontrado el momento.

Empezaba a estar harto.

Por suerte, solo faltaban cuarenta y ocho horas para el primer descanso largo del equipo, que iba a durar tres días. Estaba previsto en el programa de rodaje, y Grant sabía exactamente lo que iba hacer con su tiempo libre.

Necesitaba estar con Tessa, pero para algo más que para hacer el amor. Necesitaba demostrarle lo importante que era para él.

Tras hacer unas cuantas llamadas telefónicas, se dirigió al lugar donde iban a rodar la secuencia del día: la laguna de la vieja cabaña. Una secuencia romántica, con Max y Lily interpretando el papel de Damon y Rose en un pequeño picnic.

Grant estaba fascinado con los dos actores. Había llegado a apreciar mucho a los Barrington, y se emocionaba cada vez que se daban un beso en escena. Sin embargo, él no veía a Max y Lily. Ni siquiera veía a Damon y Rose. Se veía a sí mismo con Tessa.

¿Se habría enamorado de ella?

Había hecho lo posible por no encariñarse demasiado, pero no había otra explicación. Y, si efectivamente estaba enamorado de Tessa, tenía que afrontar el pasado y superar sus viejos temores. De lo contrario, no habría futuro por el que luchar.

Grant quería sentar cabeza. Quería rendirse al amor. Quería una relación como la de sus padres; como la de Damon y Rose Barrington.

Era consciente de que Tessa tendría mil razones para no estar con él. Pero el tenía muchas más.

Grant sabía que, si quería hablar con ella, tendría que llegar a los establos antes de que empezara con sus entrenamientos. Y, aprovechando que aquella noche se había acostado relativamente pronto, se levantó a primera hora de la mañana y se dirigió a su encuentro.

Tessa estaba tumbada en un montón de heno, con una manta por encima y una expresión absolutamente angelical.

Grant se acercó, se inclinó sobre ella y le quitó una pajita del pelo. Tessa no se movió, y él pensó que, incluso dormida, era la criatura más hermosa del mundo. Una criatura que, por lo visto, había estado trabajando toda la noche. Con sumo cuidado, le puso en una mano en el hombro y se lo apretó.

–Buenos días, preciosa…

Ella abrió los ojos y parpadeó varias veces.

A él se le encogió el corazón.

Ya no tenía ninguna duda. Estaba total y absolutamente enamorado de Tessa Barrington. Pero, ¿qué diría el objeto de su deseo cuando se decidiera a compartir con ella sus sentimientos?

Ella se sentó y sonrió.

–¿Qué estás haciendo aquí? No me digas que sales ahora de trabajar…

–No, me acosté hacia la una de la madrugada. En cambio, parece que tú has estado trabajando toda la noche.

–Sí. Tenía que echar un vistazo a los caballos.

Tessa se levantó y él frunció el ceño.

–¿Echarles un vistazo? ¿Para qué?

–Macduff se está comportando de forma extraña –dijo–. Nash se ofreció a quedarse con él, pero rechacé su ofrecimiento.

–¿Y qué tal está? Me refiero a Macduff, claro…

Ella dobló la manta y la dejó sobre un cajón.

–Bueno, creo que solo está un poco nervioso. Pero si sigue sin comer le diré a Cassie que llame al veterinario.

Grant no dijo nada. Se limitó a mirarla con intensidad. Estaba tan guapa con el pelo revuelto que la habría besado durante horas.

–Oh, no… –dijo ella.

–¿Qué ocurre?

–Que tienes esa mirada.

Él dio un paso adelante.

–¿Qué mirada?

–Lo sabes de sobra.

Grant sonrió.

–Pues sí, la tengo. Pero no parece que te moleste mucho…

Tessa retrocedió, aunque no sirvió de nada. Estaba acorralada en una esquina.

–No puedes huir –continuó él en voz baja–. Y estamos solos.

Él apoyó las manos en la pared, encajonándola. Tessa lo miró a los ojos y entreabrió la boca, como invitándolo.

¿Y quién era él para rechazar su invitación?

Suave y lentamente, reclamó los labios que ansiaba besar. Tessa se arqueó, recibiéndolo con placer, y Grant tuvo la seguridad de que estaba tan enamorada de él como él de ella. Sin embargo, aún no había llegado el momento de confesarle su amor. Primero, tenía que ajustar cuentas con el pasado y arreglar las cosas su familia.

Segundos después, rompió el contacto y dijo:

–He venido a verte por una razón, pero ya no la recuerdo… Cuando estoy contigo, no puedo pensar con claridad.

Ella le dedicó una sonrisa.

–¿Insinúas que no has venido a abusar sexualmente de una mujer dormida?

–Bueno, reconozco que eso ha sido una sorpresa de lo más agradable… –contestó–. Y, hablando de cosas agradables, voy a tener un descanso de tres días.

–¿En serio? ¿Y qué vas a hacer con tanto tiempo?

–Querrás decir qué vamos a hacer –la corrigió–. He hablado con Cassie, y le ha parecido bien que te tomes unas vacaciones.

Tessa se apartó de él, enfadada.

–Espera un momento… No puedo faltar tres días al trabajo. Estoy

entrenando…

Él frunció el ceño.

–Llevas toda una vida entrenando, Tessa. No haces otra cosa que trabajar y trabajar. Mereces un pequeño respiro.

Ella se sacó una goma del bolsillo, se recogió el pelo y se hizo una coleta con una serie de movimientos tensos y nerviosos.

–No me puedo ir. Tengo un programa de trabajo, y me voy a atener a él. Además, los caballos necesitan ejercicio diario.

–Un ejercicio que Cassie estará encantada de ofrecerles.

Tessa se cruzó de brazos y se mordió el labio inferior, y Grant supo que su reticencia no tenía nada que ver con las obligaciones laborales.

¿Estaría preocupada ante la perspectiva de pasar tres días con él?

Grant dio por sentado que ese era el verdadero problema, pero guardó silencio y esperó, dispuesto a derrotar todas sus objeciones. La iba a alejar de las caballerizas aunque tuviera que echársela al hombro y sacarla de allí por la fuerza.

–No me agrada la idea de dejarlos al cuidado de Nash. Lleva muy poco tiempo en el rancho.

Grant soltó una carcajada.

–Nash trabaja para tu padre, y estoy seguro de que Damon sabe controlar a sus empleados. Además, conoce perfectamente sus obligaciones. Sabe lo que tiene que hacer.

–¿Y qué pasa con la cláusula de tu contrato? Si has hablado con Cassie, habrá llegado a la conclusión de que tú y yo…

Grant se encogió de hombros.

–Por Dios… estamos hablando de tu hermana, Tessa. En primer lugar, Cassie ya sospechaba lo que hay entre nosotros y, en segundo, no se lo dirá a nadie. Pero confío en ella. Y, de todas formas, necesitaba su apoyo para sacarte de aquí.

Tessa suspiró.

–Ni siquiera sé cómo es posible que esté sopesando la posibilidad de aceptar tu ofrecimiento…

–La estás sopesando porque lo quieres tanto como yo. –Grant le puso las manos en la cintura y se apretó contra ella–. La estás sopesando porque sabes que necesitas unas vacaciones, y porque deseas apasionadamente mi cuerpo.

–Vaya, vaya… Menudo par de tortolitos.

Grant y Tessa se giraron al oír la voz de Cassie, que los miraba con una gran sonrisa en los labios.

–Siento interrumpir, pero había quedado con mi hermana para trabajar un poco… –continuó.

A Tessa se le escapó una carcajada.

–Es culpa de él. Solo puede pensar en una cosa.

Justo entonces, sonó el teléfono móvil de Grant.

–Maldita sea… No tengo más remedio que contestar –dijo tras mirar la pantalla del aparato–. Ya hablaremos más tarde.

Grant no quería irse sin tener una respuesta definitiva de Tessa, pero era lo único que podía hacer. La llamada era del agente de Max Ford, un tipo que no era precisamente famoso por su paciencia.

Cuando terminó de hablar con el agente, le envió un mensaje a Tessa para que supiera cuándo pasaría a buscarla y qué tenía que guardar en su equipaje. Pero lo segundo no iba a ser un problema, teniendo en cuenta que también lo había planeado.

Tessa Barrington sería suya durante tres días enteros. Y estaba a punto de descubrir lo mucho que significaba para él.

–¿Esto va en serio?

Tessa se quedó boquiabierta cuando bajó del deportivo alquilado de Grant y se encontró delante de un pequeño reactor.

–Tiene que ser una broma… –insistió.

Él la tomó del brazo.

–No es ninguna broma. ¿Cómo creías que pensaba llevarte al sitio adonde vamos?

Tessa se encogió de hombros.

–Bueno, supuse que iríamos en coche… Pero no me has dicho adónde vamos, así que ni siquiera había pensado en un avión.

Grant rio.

–No me gustan los viajes largos en coche. Si duran más de dos horas, prefiero volar.

A ella le pasaba lo contrario. Prefería viajar por carreteras, ver sitios nuevos y conocer a otras personas. Pero estaba encantada de viajar con un hombre tan sexy como Grant Carter. Normalmente, solo viajaba con caballos.

Volvió a mirar el reactor y pensó que no podían ser más distintos. Damon también tenía un avión privado, pero Tessa lo había usado muy pocas veces.

–¿Y se puede saber adónde vamos?

–Ya lo verás.

Tessa se detuvo al llegar a la escalerilla.

–¿Qué demonios se te ha ocurrido, Grant?

Él la empujó con suavidad, para que subiera.

–Descuida, no es nada terrible.

–Pues espero que no me lleves a ningún sitio elegante, porque no llevo ropa apropiada en la bolsa.

–No te preocupes. Me he ocupado de todo.

Momentos después, entraron en el avión. El piloto los estaba esperando.

En cuestión de segundos, el avión había despegado y surcaba rápidamente los cielos.

Grant la tomó de la mano y le acarició la palma con el pulgar. Tessa quiso creer que aquel viaje significaba algo, pero prefirió no hacerse ilusiones. Seguramente, se la había llevado de Stony Ridge sin más intención que alejarse de la gente y de los fotógrafos, para no tener que ocultarse todo el tiempo.

En cualquier caso, le agradecía que se hubiera tomado tantas molestias. La antigua Tessa se habría enfadado con él por organizar un viaje sin decirle nada; pero la nueva, la que se había enamorado de un productor de Hollywood, estaba encantada.

–¿Cuándo me vas a decir adónde vamos?

–Ahora mismo, si quieres…

–Por supuesto que quiero.

–No es nada especialmente excitante. Solo una pequeña cabaña en los bosques de Colorado –explicó–. Soy dueño de un buen pedazo de la zona, así que no nos molestará nadie.

Ella arqueó una ceja.

–¿Un buen pedazo?

Él la miró.

–Sí. Una montaña entera.

Tessa se dijo que era típico de Grant Carter. ¿Por qué molestarse en comprar una simple cabaña, cuando podía comprar la montaña entera? Los Barrington también tenían mucho dinero, pero nunca

pensaban en esos términos.

De todas formas, no era un asunto que le preocupara en absoluto. Por una vez en su vida, se iba a olvidar de los caballos, los horarios y los programas de trabajo y se iba a limitar a disfrutar del presente. Durante tres largos días.

Además, estaba abierta a cualquier cosa que le hubiera preparado. Grant era más que capaz de hacerle olvidar el tiempo y el espacio. Y ardía en deseos de que se los hiciera olvidar otra vez.

Una pequeña cabaña.

Tessa rompió a reír cuando el coche se detuvo delante el edificio.

–¿No habías dicho que era pequeña?

Grant asintió.

–Y es verdad. Por lo menos, si se compara con mi casa de Los Ángeles.

Tessa salió del coche. La casa, de dos pisos de altura, era de estilo rústico; pero con un porche que ocupaba toda la parte delantera y una balconada en el segundo piso. A simple vista, parecía tener alrededor de quinientos metros cuadrados.

–¿La has construido tú?

Grant sacó el equipaje del maletero y lo llevó a la puerta.

–En efecto. Necesitaba un lugar adonde me pudiera escapar entre película y película. Tengo un chalé en Hawái, pero siempre me han gustado las montañas –dijo–. Adoro el aire fresco y la tranquilidad de estos bosques.

Tessa tomó buena nota de sus palabras. Al parecer, tenían muchas cosas en común. Para empezar, que también le gustaba el campo.

Grant abrió la puerta y la invitó a entrar. Tessa se quedó anonadada. La planta baja era un espacio enorme, sin tabiques de separación. Y la pared del fondo consistía en un ventanal gigantesco con vistas a la localidad que estaba más abajo, al pie de la montaña.

–Si yo estuviera en tu lugar, me quedaría a vivir aquí. Es increíblemente bonito…

–Sí, pero no puedo quedarme. El trabajo obliga.

Ella se giró y arqueó una ceja.

–Pues yo estaría dispuesta a vender mi propiedad y mudarme a

esta casa ahora mismo. ¿Alquilas habitaciones?
Grant rio y se detuvo a su lado.
–Si te gusta tanto ahora, tendrías que verlo en otoño, cuando las hojas de los árboles se vuelven doradas y rojas. O en invierno, con toda la nieve… Es un lugar mágico.
Tessa pensó que no era solo mágico, sino también romántico. Y como soñar no hacía daño a nadie, se imaginó a sí misma en aquella casa, disfrutando de la gama de colores en septiembre y del blanco intenso en enero.
–Gracias por traerme, Grant. Si hubiera sabido lo bonito que era, no habría protestado.
Él la abrazó y le acarició la espalda.
–No importa. Sabía que cambiarías de opinión en cuanto lo vieras.
Tessa rio.
–Y aún no has visto lo mejor –continuó él con una sonrisa–. Tengo una sorpresa para ti. Está en el dormitorio principal.
Ella lo miró con tanta intensidad que Grant supo lo que estaba pensando.
–No, no… Ahora, no. Tengo algo para ti. Aunque si prefieres dejarlo para más tarde…
–Bueno, teniendo en cuenta que son las nueve de la noche, supongo que más tarde estaremos ocupados –dijo ella con picardía.
Él le dio un beso en el cuello.
–No te preocupes por la hora. Tenemos tiempo de sobra para jugar.
Tessa volvió a reír.
–Está bien, me has convencido… Quiero mi regalo.
El teléfono de Grant se puso a sonar y rompió el hechizo. Él gimió y ella dio un paso atrás, decepcionada.
–Lo siento, pero tendré que contestar. Es una llamada importante –dijo él–. ¿Por qué no subes al piso de arriba? El dormitorio principal está al final de la escalera.
Tessa subió por la ancha escalera y se llevó una nueva sorpresa: todo el segundo piso era una gigantesca suite, con una cama digna de reyes.
Una vez más, pensó que se quería quedar a vivir en esa casa.
Incluso se puso hacer planes sobre los edificios que tendrían que

construir y el lugar donde estarían las caballerizas.

Pero sacudió la cabeza y se recordó que aquello era una fantasía. No se iba a quedar. Solo estaba de vacaciones. Al cabo de tres días, ella volvería a la realidad de sus entrenamientos y Grant, a la realidad de sus películas.

Aún lo estaba pensando cuando el teléfono empezó a vibrarle en el bolsillo. Tessa lo sacó y se estremeció. Era un mensaje de Aaron, que decía así:

Deja de rehuirme, Tessa. Ya te he dicho que siento lo que pasó. Necesito verte.

Tessa se guardó el teléfono en el bolsillo. Ni había contestado a sus mensajes anteriores ni tenía intención de responder ahora. No iba a permitir que su exnovio le arruinara el fin de semana. No iba a permitir que nadie se lo arruinara.

Cruzó la suite y entró en la zona del dormitorio, que estaba decorado en tonos ocres. Y allí, colgada de la puerta del armario, había una bolsa blanca con una nota en la que leía su nombre, Tessa.

Alcanzó la bolsa, la abrió y se encontró con el vestido más bonito que había visto nunca. Era largo, sin mangas y de color azul zafiro. Tessa pasó una mano por la delicada prenda y la sacó mientras se preguntaba por qué le habría regalado algo así.

Se quitó la ropa que llevaba, la dejó sobre el arcón que estaba a los pies de la cama y se puso el vestido. La cremallera lateral subió perfectamente, como si le hubieran hecho la prenda a medida. Después, se miró en el espejo y casi se sorprendió al ver que el color iba a juego con sus ojos y que, con el pelo suelto por los hombros, estaba preciosa.

Se emocionó tanto que los ojos se le llenaron de lágrimas.

No le importaba que aquello fuera una fantasía. Disfrutaría de su fin de semana con Grant Carter y procuraría ser feliz.

Aunque solo fuera porque el recuerdo de esos días tendría que servir para toda la vida.

***

Grant se había puesto una camisa y unos pantalones negros de vestir. Acababa de llamar a su madre, y se había cambiado en el dormitorio de la planta baja, donde estaba su ropa. Se la habían llevado ese mismo día, junto con el vestido de Tessa.

Cuando salió, la vio en lo alto de la escalera. El vestido se ajustaba perfectamente a su esbelta figura, y le realzaba el color de los ojos. Estaba impresionante.

–No sé qué tienes pensado, pero tu regalo me encanta –dijo ella.

Grant rio y la tomó de la mano cuando llegó abajo.

–Te queda muy bien. Pero no deberías darme las gracias a mí, sino a Victoria Dane Alexander.

Tessa lo miró con asombro.

–¿La famosa diseñadora?

–Es hermana de Anthony Price y Bronson Dane. La llamé para pedirle un favor, y resultó que tenía varios diseños como el que yo estaba buscando. Por suerte, Cassie me había dado tu talla, así que fue coser y cantar –explicó.

–Eso significa que esta escapada no ha sido precisamente espontánea. No has podido organizarlo todo en tan poco tiempo.

Grant se encogió de hombros.

–No, claro que no... Pero estaba seguro de que encontraría la forma de alejarte de los establos. Aunque tuviera que sacarte por la fuerza.

–Eres sorprendente, Grant. Chascas los dedos y consigues que una de las diseñadoras más importantes del país te consiga un vestido.

Grant sonrió y la llevó hacia las puertas de cristal que daban al jardín .

–No ha sido tan fácil como eso, pero el dinero y los contactos facilitan bastante las cosas.

Antes de salir de la casa, Grant la detuvo, la tomó de la mano y la miró.

–¿Estás preparada para tu baile de fin de curso?

Tessa parpadeó, atónita.

–¿Cómo?

–Cuando nos conocimos, me dijiste que te gustaba tanto tu trabajo que ni siquiera habías asistido al baile de fin de curso del instituto –respondió Grant–. Y a mí me pareció una pena, así que lo he recreado... por decirlo así.

Ella soltó una carcajada.

–En cualquier caso, estará muy por encima de un baile de instituto. Me has traído en un avión privado, me alojas en una casa gigantesca que, además, está en una montaña que te pertenece y, por si eso fuera poco, me regalas un vestido de una de las mejores diseñadoras.

–Sí, eso es cierto…

Grant abrió las puertas, alcanzó el ramo de rosas que había dejado en el exterior y se lo dio.

–Esto es para ti.

–Oh, no, me voy a emocionar… Menos mal que nunca llevo maquillaje. Se me correría el rímel y me pondría muy fea.

–Tú estás preciosa con maquillaje y sin maquillaje.

Ella lo miró con una enorme sonrisa.

–Te parecerá ridículo, pero es la primera vez que un hombre me regala unas flores. Siempre me regalan un ramo en las carreras, pero es lo mismo que te lo regale un…

Él le acarició la mejilla.

–¿Un qué? ¿Un hombre que te adora? ¿Uno que te encuentra tan fascinante como sexy?

–Sí, exactamente –susurró.

–Pues no sabes cuánto me alegro de volver a ser el primer hombre en un aspecto de tu vida.

Grant le dio un beso, y ella se estremeció.

–Me estás mimando tanto que no estoy segura de que me pueda acostumbrar a tu ausencia cuando termines de rodar esa película…

Él no tenía intención de marcharse, pero se lo calló porque no era el momento oportuno. Ya había conquistado su cuerpo, pero aún tenía que conquistar su corazón. Y, por otra parte, no quería tomar decisiones sobre su futuro sin haber arreglado las cosas con su familia. Por eso había llamado a su madre por teléfono.

–Lo siento –dijo ella, sacudiendo la cabeza–. No te quería incomodar… Solo ha sido un comentario sin importancia.

–No te preocupes. No me has incomodado.

Grant se acercó al equipo de música que habían instalado en el jardín y lo encendió. Tessa rompió a reír al instante.

–¿Me estás tomando el pelo?

–En absoluto. Son las canciones que estaban de moda aquel año.

–Bueno, al menos no son las que estaban de moda el año en que tú terminaste la secundaria… –replicó con ironía.

Grant le quitó el ramo, lo dejó en una mesa y la tomó entre sus brazos.

–¿Me estás llamando viejo?

–Si eres capaz de seguir mi ritmo, no.

Grant la apretó contra su cuerpo.

–Tendrás que ser tú quien demuestre que puede seguir el mío.

–Y será un placer…

Tessa apretó los senos contra su pecho y lo besó. Grant le puso las manos en la espalda y, sin romper el contacto de sus labios, empezó a oscilar suavemente. Bailar con ella no estaba entre sus objetivos iniciales; pero, cuando mencionó que se había perdido el baile de fin de curso, le pareció una idea de lo más apetecible.

Además, cualquier razón era buena si implicaba tenerla entre sus brazos. Y habría hecho lo que fuera necesario para que se sintiera especial.

–No me puedo creer que te hayas tomado tantas molestias…

–¿Por qué no lo puedes creer?

Ella se encogió de hombros.

–No sé… Cenar y ver una película es una cosa, pero volar a un sitio como este y bailar bajo las estrellas es otra bien distinta.

–Tú mereces eso y mucho más.

Tessa decidió ser sincera con él.

–Detesto tener que fingir que no estamos juntos. Pero, si esta es tu forma de ocultarnos de los demás, la subscribo por completo.

–Pues no te apartes de mí, preciosa –dijo–. Nadie nos alcanzará, y te prometo que te daré los mejores días de tu vida.

–Sí, pero…

Grant esperó a que Tessa terminara la frase, pero se limitó a sacudir la cabeza y apoyársela en el hombro. Temblaba ligeramente.

–Veo que he cometido un error. Estaba tan ocupado con la organización de nuestro pequeño baile privado que no me di cuenta de que ese vestido no abriga nada.

–Entonces, tendrás que inventarte algo para que entre en calor…

Grant la miró con intensidad. Tessa se comportaba de un modo tan sexy e inocente al mismo tiempo que no sabía qué hacer. Pero,

al fin y al cabo, estaba allí por eso: para descubrir el alcance real de sus sentimientos; para asegurarse de que, efectivamente, se había enamorado y, por último, para averiguar si estaba dispuesta a formar parte de su vida.

¿Cómo podía ser tan perfecto? ¿Y qué iba a hacer cuando llegara el momento de despedirse? Grant Carter le gustaba tanto que no imaginaba una vida sin él. Estaba bailando con él, en plena montaña y bajo un cielo cuajado de estrellas. Y no iba a permitir que nada se lo arruinase. Empezando por el aire frío de la noche.

–No puedo dejar de acariciarte –dijo él con voz ronca–. Eres tan sensual, y estás tan bella con ese vestido… No sabes cuánto te deseo.

Tessa sonrió contra su pecho. Estaba profundamente enamorada de él, y más que dispuesta a disfrutar de la fantasía que le había regalado. Así que respiró hondo, dio un paso atrás, se bajó la cremallera del vestido y dejó que cayera a sus pies.

Grant le lanzó una mirada hambrienta que la estremeció.

–Me gustan las mujeres decididas…

–Siempre me siento bella cuando estoy contigo –le confesó–. Hace que me sienta como si no hubiera otra mujer en el mundo.

Grant llevó las manos a su cintura.

–Será porque eres la única mujer de mi mundo.

Grant la tumbó entonces en el sofá del jardín y le hizo el amor bajo las estrellas.

Capítulo Once

Tessa se giró en la cama y descubrió que estaba sola. Según el reloj de la mesita de noche, faltaban pocos minutos para la una de la madrugada.

¿Dónde se habría metido Grant?

Alcanzó la colcha, se lo puso sobre los hombros y cruzó la suite. Una de las puertas correderas estaba ligeramente entreabierta y, cuando se asomó, vio que Grant estaba apoyado en la barandilla del balcón, a la luz de la luna.

Tessa no supo qué hacer. Ardía en deseos de salir, pero cabía la posibilidad de que quisiera estar solo. Quizás había salido para poder pensar.

Ya estaba a punto de volver sobre sus pasos cuando Grant dijo:

–Quédate.

Tessa se cerró un poco más la colcha, caminó hacia él y se detuvo a su lado. Estaba extrañamente serio, y su expresión era de angustia.

–¿Has tenido otra pesadilla?

Grant no se giró. Siguió con la mirada perdida en alguna parte. Y Tessa se mantuvo en silencio, pensando que no quería hablar.

–Mi hermana está paralizada de cintura para arriba. Por mi culpa.

Tessa frunció el ceño.

–¿Cómo?

–A Melanie le encantaban los caballos. Le gustaban tanto que, de niña, llevaba botas de montar hasta con el pijama… así que dimos clases de equitación, y éramos bastante buenos. Yo lo dejé más tarde porque me empezaron a interesar otras cosas, como las chicas. Pero ella siguió con la equitación, y yo la apoyaba en todo lo que hacía. Nos llevábamos muy bien.

Tessa notó que los ojos se le habían humedecido, y se le hizo un nudo en la garganta.

–Un día, la acompañé al granero. Estábamos en Kentucky. Ya habíamos salido del instituto, y Tessa se disponía a entrar en la

academia de equitación. Yo pensaba ir a Los Ángeles y estudiar cine.

Ella guardó silencio. No lo quería interrumpir.

–Le destrocé la vida, Tessa… La desafié a una carrera aunque sabía que su caballo nuevo era demasiado nervioso. Y no pude hacer nada. Melanie se puso a gritar, intentando recuperar el control de su montura, pero se encabritó y… Dios mío. No me puedo quitar esa imagen de la cabeza.

Tessa le puso una mano en el hombro, para animarlo a seguir.

–Cayó de espaldas. Se dio un golpe terrible y, cuando llegué a su lado, hice lo posible por ayudarla. Pero supongo que solo empeoré las cosas.

–Oh, Grant…

–Ahora ya sabes por qué me asustan los establos y por qué me asusté tanto cuando te caíste. No soportaría otra situación como esa.

–¿Y qué piensa tu hermana de que estés rodando una película sobre el mundo de los caballos?

Grant se encogió de hombros.

–No lo sé –respondió con amargura–. No he hablado con Melanie desde que me fui a Los Ángeles. Después del accidente, se sometió a una serie de operaciones y de terapias, pero los médicos le advirtieron que había pocas posibilidades de que volviera a caminar. Yo me quedé un par de meses en Kentucky, pero no lo soportaba. Me sentía tan culpable que ni siquiera la podía mirar a los ojos… Se lo quité todo, Tessa. Lo perdió todo. Por mi culpa.

–¿No crees que le hiciste más daño con tu ausencia? Es tu hermana gemela, ¿no? Seguro que teníais una relación muy especial.

–Sí, la teníamos.

–¿Y piensas que te ha dejado de querer porque ahora está condenada a una silla de ruedas?

–Puede que no, pero debería odiarme.

Grant se apartó de ella, como si no quisiera hablar más.

–Grant, no estás solo. No te encierres en ti mismo. Habla conmigo. Además, no me habrías confesado eso si no tuvieras una buena razón… Deja que te ayude.

–¿Ayudarme? ¿Cómo podrías ayudarme? Le destrocé la vida, y

solo te lo estoy contando porque quiero que conozcas el lado más dañado y feo de Grant Carter –dijo con vehemencia–. Quiero que sepas de mis temores, y que seas consciente de que están directamente relacionados con el tu mundo, el mundo de los caballos. He intentado distanciarme de él; pero, cuanto más tiempo estoy contigo, más se acerca a mí. Y, sinceramente, estoy aterrorizado.

Tessa comprendió al fin por qué se había mostrado tan críptico en lo tocante a su vida y sus sentimientos. Había sufrido un trauma terrible. Pero, por otra parte, acababa de dar un paso fundamental: reconocer el problema en voz alta.

–Solo fue un accidente, Grant. Cosas que pasan. Le ocurre a todo el mundo, todo el tiempo –dijo–. Yo misma podría terminar en una silla de ruedas sin necesidad de caerme de un caballo… Bastaría con tropezar en una escalera o sufrir un accidente de coche –argumentó–. No permitas que el miedo te controle. Ya te ha complicado bastante la vida.

–Sí, lo que dices es cierto, pero eso no cambia el hecho de que el accidente fue culpa mía. –Grant se pasó una mano por el pelo, desesperado–. Necesitaba que lo supieras, Tessa. Ya no podía mantenerlo en secreto… No contigo.

–¿Y por qué me lo has contado ahora?

Él se acercó y le puso las manos en las mejillas.

–Porque me he enamorado de ti.

A Tessa se le encogió el corazón.

–¿Estás hablando en serio?

Grant sonrió débilmente.

–Claro que sí. Pero necesitaba que supieras lo que me pasa. El mundo en el que te mueves me asusta tanto que, a veces, no lo puedo soportar.

–Quizá te sentirías mejor si hablaras con tu hermana –observó Tessa–. ¿Qué piensan tus padres?

–¿Mis padres? Llevan años intentando que vuelva a casa, pero siempre me las arreglo para que sean ellos los que vengan a verme a mí. No sé si sería capaz de mirar a Melanie a los ojos.

–¿Y si yo te acompaño?

Grant la miró con sorpresa.

–No, no… No te voy a meter en esto.

–Tú no me meterías en nada –dijo con una sonrisa–. Lo haría por mi propia voluntad. ¿Sabes por qué?
–No.
–Porque yo también estoy enamorada de ti.
Él le dio un beso en los labios.
–Lo sé. Lo supe cuando te presentaste en mi cabaña con intención de seducirme. Conociéndote, sabía que no habrías hecho eso si no hubieras estado enamorada de mí.
–Pues no será porque no haya hecho verdaderos esfuerzos por negar que te quería… Pero no ha servido de nada. El amor es una emoción demasiado intensa. No imaginaba que pudiera ser tan dictatorial.
–¿Y qué vamos a hacer? –preguntó, frunciendo el ceño–. Si lo hacemos público durante el rodaje, perdería mi empleo. Además, yo vivo en Los Ángeles y tú, en Stony Ridge.
Tessa asintió.
–Sí, tendremos que afrontar algunos obstáculos. Pero los superaremos.
Grant la abrazó, y ella intentó relajarse. Había dicho la verdad. No sabía cómo, pero solucionarían sus problemas. Era un asunto demasiado importante como para rendirse.
–No te preocupes, Tessa. Encontraremos la forma.
Tessa se aferró a él y a la promesa de un futuro juntos. Porque nunca había estado enamorada, y era un territorio tan desconocido para ella que le daba miedo.

A Tessa le habría gustado que el fin de semana durara eternamente, pero tenían que volver al trabajo. Y, en cierto sentido, le alegró: cuanto antes terminara el rodaje de la película, antes podrían hacer pública su relación.
Por primera vez en su vida, estaba segura de haber elegido al hombre adecuado. De hecho, no dejaba de pensar que, si su madre hubiera estado con ellos, le habría dado su aprobación. Pero, desgraciadamente, Rose ya no podía compartir su felicidad.
–¿Volveremos otra vez a la montaña? –preguntó Tessa mientras se dirigían al coche.
–Cuando quieras, cariño.

Aquel día no estaban solos. Cassie se había prestado a pasar a recogerlos, y estaba sentada al volante. Todos creían que Tessa se había ido a casa de una amiga, pero las dos hermanas eran conscientes de que había una persona que no se habría creído esa explicación: Damon Barrington. Era demasiado astuto.

–Veo que os lo habéis pasado bien… –dijo Cassie–. Pero me alegra que vuelvas a Stony Ridge.

–¿Por qué lo dices? ¿Es que ha pasado algo? –dijo Tessa mientras Grant guardaba el equipaje en el maletero.

Cassie se había puesto unas gafas de sol oscuras, así que no le podía ver los ojos ni adivinar lo que estaba pensando.

–Aaron ha llamado.

Tessa se quedó helada.

–¿El exnovio? –preguntó Grant.

Cassie asintió.

–Sí. Me dijo que te niegas a responder a sus llamadas.

–¿Y qué le dijiste tú?

–Que tenías mucho trabajo y que…

–¿Sí?

–No lo pude evitar, Tessa. Le dije que estabas saliendo con un hombre.

–Maldita sea, Cass…

–¿Mencionaste mi nombre? –se interesó él.

Cassie sacudió la cabeza.

–No, no se lo he dicho a nadie.

Grant le acarició la espalda a Tessa.

–Entonces, no pasa nada. Si ese tipo no sabe quién soy yo, no podrá hacer ningún daño. Y, de paso, el desliz servirá para que deje en paz a Tessa. Así sabrá que no está disponible.

Tessa subió al coche.

–Hace mucho tiempo que no estoy disponible para él. Tuvo su oportunidad y la perdió.

Grant se sentó a su lado y le dio un beso en los labios.

–Bueno, con un poco de suerte, no te volverá a molestar.

Cassie arrancó y tomó el camino que llevaba a la carretera principal.

Los minutos siguientes se dedicaron a hablar de la carrera de Louisville y de la estrategia más adecuada. Tessa estaba deseando que llegara el momento de colocarse con Don Pedro en la línea de salida, y parecía convencida de la victoria.

En determinado momento, Grant comentó:

–Me encantan los nombres sacados de obras de Shakespeare.

–A nosotras también, como ya sabes. Pero tenemos una pequeña diferencia de criterios. Ella es más pesimista que yo con los nombres que elige. De lo contrario, no habría llamado Macduff a su nuevo caballo.

Cassie rompió a reír.

–Eso es verdad. Puede que Macduff sea el héroe de *Macbeth*; pero, al final, también es un asesino.

Grant rio.

–¿Me estáis diciendo que Tessa es la romántica y tú la cínica?

–No, cínica no. Solo realista –se defendió Cassie.

Cuando llegaron al rancho, Cassie se dirigió a la propiedad de Tessa para dejarla allí y que se pudiera despedir de Grant sin que los vieran juntos. Tessa le dio un beso en los labios y, a continuación, susurró:

–Te veré esta noche, en mi dormitorio.

–De acuerdo. Pero deja abierta la puerta de atrás…

Tessa bajó del coche, sacó su equipaje del maletero y se despidió. Después, buscó las llaves de la casa y entró. Estaba tan contenta que no dejaba de sonreír.

Pero la sonrisa se le congeló en los labios.

–Hola, Tessa.

Era Aaron. Estaba sentado en el sofá del salón, aunque se levantó enseguida.

–¿Qué estás haciendo aquí? –preguntó ella.

–He venido a verte –dijo con toda tranquilidad, como si fuera la más normal de las visitas–. No contestabas a mis llamadas, así que decidí pasarme por aquí. Cassie me dijo que has seguido con tu vida, pero no me preocupó demasiado. Estaba seguro de que, cuando te viera y te pidiera perdón por lo que pasó, comprenderías que estamos hechos el uno para el otro.

Tessa soltó una carcajada.

–Pues te has equivocado. De hecho, ahora te odio más que

nunca… ¿Cómo diablos has entrado en mi casa? –exigió saber.

–No ha sido difícil. He usado la llave que siempre escondes afuera.

Tessa se maldijo para sus adentros. Jamás habría imaginado que Aaron la utilizaría para entrar.

–Márchate de aquí. Estás perdiendo el tiempo.

–¿Por qué? ¿Porque te has encaprichado del famoso Grant Carter?

Tessa se estremeció. Aaron conocía su nombre, y estaba segura de que lo usaría en su contra.

–Eso no es asunto tuyo. Márchate, o llamaré a la policía y te denunciaré por allanamiento de morada.

Aaron se acercó y le acarició una mejilla. Ella retrocedió en el acto.

–Cometí un error, Tessa. Sé que te utilicé y que te hice daño…

–Sí, es verdad, me utilizaste. Pero eso forma parte del pasado. Y ahora, márchate de una vez. Tengo mucho trabajo.

Aaron la abrazó de repente y la apretó contra su pecho.

–¿Crees que me voy a ir? Eres mía, Tessa.

–¡Suéltame ahora mismo!

–¿Es que no soy suficientemente bueno para la princesita de los Barrington? Cuando te pedí que te vinieras a vivir conmigo, me dijiste que odiabas la ciudad…. Pero estás saliendo con un hombre de ciudad –le recordó–. ¿Qué crees? ¿Que se va a quedar contigo, en el rancho?

Tessa no dijo nada.

–Ese hombre es un seductor, Tessa. Tiene fama de mujeriego.

–Pero no me ha utilizado como tú.

Aaron le apretó un brazo con fuerza y la empujó.

–Te arrepentirás de haberme rechazado. Te prometo que te arrepentirás.

Aaron dio medio vuelta y salió de la casa, dejándola completamente aterrorizada. Tessa se frotó el brazo. Le había apretado con tanta fuerza que le dolía. Pero eso no le preocupaba tanto como la carrera de Grant. Aaron sabía quién era y, si se lo contaba a alguien, lograría que lo echaran de la industria cinematográfica.

***

Grant se llevó una sorpresa cuando vio que la puerta trasera estaba cerrada. Sabía que llegaba más tarde de lo normal, pero le había prometido que iría. ¿Se habría acostado? ¿Habría olvidado la cita?

Estaba a punto de llamarla por teléfono cuando Tessa apareció de repente y abrió.

–Lo siento. Estaba mirando por la ventana; pero como es de noche y vas vestido de negro, no te he visto –explicó.

–Creí que la dejarías abierta…

–Prefiero que esté cerrada durante el rodaje. El mundo está lleno de locos.

Ella cruzó los brazos y apartó la mirada. Grant dio un paso adelante y preguntó:

–¿Ha pasado algo, Tessa?

–No, nada… –mintió–. Es simple cautela.

Grant le puso las manos en los hombros.

–Trabajo en un mundo donde te pagan por mentir, y te aseguro que tú no ganarías un premio como mentirosa. ¿Qué ha pasado? –insistió.

–Es Aaron. Estaba en mi casa cuando llegué.

–¿Qué? ¿Por qué no me lo habías dicho?

Tessa se encogió de hombros.

–Porque habrías venido inmediatamente, y tenía miedo de que siguiera en la zona y aprovechara para sacar fotografías con las que poder extorsionarte. O que provocara algún tipo de conflicto.

–Me da igual lo que ese hombre haga, Tessa. Tendrías que haberme llamado. –Grant frunció el ceño–. ¿Cómo pudo entrar en la casa?

–Por lo visto, utilizó la llave que tengo escondida en el exterior.

Tessa encendió una lámpara y se sentó en el sofá del salón. Grant se acomodó enfrente de ella.

–¿Y qué te ha dicho?

–Que cometió un error y que quiere que vuelva con él. Pero eso no es lo importante… Sabe que estamos juntos, Grant.

Él maldijo en voz alta y se pasó una mano por el pelo.

–Bueno, no es tan grave como parece. Si dice algo, diremos que miente por celos.

–Lo siento mucho, Grant. No imaginaba que esto pasara…

–Lo sé, Tessa.

Grant se dijo que hablaría con Bronson y Anthony y se lo explicaría todo. Pensándolo bien, era lo mejor. Se había enamorado de Tessa, y estaba harto de tener que ocultarlo. Además, no era justo para ella ni para la relación que mantenían.

Notó que Tessa tenía unos moretones en el brazo.

–¿Cómo te has hecho eso? –quiso saber.

–Aaron se enfadó cuando le pedí que se marchara.

Grant se levantó de un salto, rojo de ira.

–¿Te pegó?

–No, no me pegó. Me agarró por los brazos y yo le amenacé con llamar a la policía, así que se fue.

Grant suspiró y se sentó a su lado.

–Tendrías que haberme llamado inmediatamente. Habría solucionado el problema de un puñetazo.

–No habrías solucionado nada. De momento, Aaron no tiene ninguna prueba de que estemos juntos. Pero, si hubieras intervenido, habría sido tanto como admitir que está en lo cierto.

–Eso me da igual, Tessa. –Grant le acarició la mejilla–. Tú eres lo único importante.

–No te preocupes por mí. Estoy bien… Además, Aaron no va a volver. Y si intenta extorsionarme, lo afrontaremos juntos.

Grant sacudió la cabeza.

–De todas formas…

Ella le puso un dedo en los labios para que se callara.

–¿Vas a seguir hablando toda la noche, Grant? ¿O vas a llevarme a la cama?

Grant rompió a reír.

–Dios mío, he creado un monstruo…

–Un monstruo que te encanta –le recordó.

Grant pensó que era cierto. Le encantaba. Pero también pensó que, si Aaron se ponía a su alcance, le daría una buena lección. No iba a permitir que ningún hombre abusara de Tessa.

El derbi de Kentucky era la carrera más prestigiosa del país. Y Tessa estaba decidida a ganarla. Llevaba mucho tiempo

preparándose para ese momento. Había seguido los pasos de su padre y se había esforzado al máximo porque quería ser la primera mujer que se alzaba con la victoria.

–Hace un día precioso para correr –dijo Cassie mientras tiraba de Don Pedro–. Y sé que vas a ganar.

Tessa asintió y miró a los espectadores, que reían, bebían y apostaban. Siempre le había gustado el ambiente de los hipódromos. Había algo mágico en ellos, y quería llevarse una parte de esa magia. En forma de trofeo, como su padre.

–Estoy orgulloso de vosotras –intervino Damon–. No sé qué pasará hoy, pero eso no va a cambiar. Y sé que vuestra madre también estaría orgullosa.

Tessa no quería emocionarse. No quería pensar en el hecho de que su madre no estaba allí para compartir ese momento, de modo que alzó la cabeza y se intentó concentrar en la brisa y la luz del sol. Cassie no había exagerado. Hacía un día precioso.

Cuando llegó a la línea de salida, se limitó a sonreír a los jinetes que tenía más cerca. La comunidad hípica era como una gran familia donde todos se llevaban más o menos bien.

Tessa sostuvo las riendas con una mano y dio una palmadita a Don Pedro con la otra. El espectáculo estaba a punto de empezar.

Tessa y Don Pedro se vieron inmediatamente rodeados por una multitud de periodistas y cámaras.

Grant había decidido hablar con Bronson y Anthony y contarles la verdad, pensó que sería mejor que hablara pronto con ellos. No se podía arriesgar a que Aaron se fuera de la lengua y se enteraran por él o por otra persona. Estaba seguro de que Bronson y Anthony lo entenderían perfectamente.

Pero tendrían que decírselo a Marty. Y él no sería tan comprensivo.

Tessa ya había llegado a su casa de Louisville cuando Grant llamó a su puerta. Estaba ansioso por hablar con ella y decirle lo que había decidido.

–Hola, Grant… –dijo al verlo, muy seria–. Te he estado esperando después de la carrera.

A Grant no le sorprendió su brusquedad. Sabía que estaría

enfadada con él.

–Lo siento, Tessa –se disculpó–. Había mucha gente y preferí dejar nuestro encuentro para más tarde. Tengo algo importante que decirte.

Ella dio media vuelta, alcanzó una bolsa con hielo y se sentó en el sofá.

–¿Qué te ha pasado?

Tessa se puso el hielo en el costado.

–Que he sido descuidada… Estaba en las caballerizas cuando Nash se ha puesto a limpiar a Don Pedro. Yo he pasado por detrás de otro caballo y me ha dado una coz –dijo–. Ha sido culpa mía, por tener la cabeza en otras cosas.

–Déjame ver.

–No es nada… –protestó.

Grant hizo caso omiso de sus protestas y le desabrocho los botones de la blusa. Tenía un cardenal enorme.

–Espero que hayas ido al hospital, porque tiene mal aspecto.

Ella lo miró con exasperación.

–Por supuesto que he ido. Me han hecho una radiografía, y solo son unas fisuras sin importancia en dos costillas.

–¿Unas fisuras sin importancia? –bramó Grant, que le volvió a abrochar los botones–. Por Dios, Tessa… Esas fisuras te podrían salir muy caras.

Tessa frunció el ceño.

–¿Se puede saber qué te pasa? Ya te he dicho que me encuentro bien. No es importante… Se curarán.

Él se puso a caminar de un lado a otro, intentando encontrar las palabras adecuadas. Había ido a su casa para decirle que estaba dispuesto a dejar la película con tal de estar con ella; pero su accidente en los establos le había recordado el suceso más doloroso de su vida. ¿Seria capaz de vivir con aquella mujer sabiendo que se arriesgaba constantemente a terminar como Melanie?

–Lo siento, Tessa, pero no puedo con esto. No soporto que te hagas daño. Me aterra que acabes como mi hermana.

–Vamos, Grant… Creía que lo estabas superando –dijo–. ¿Te has puesto en contacto con ella, como te pedí?

Grant sacudió la cabeza.

–No, pero te prometo que la llamaré.

Tessa se levantó con sumo cuidado, poniéndose el hielo contra la piel.

–Eres un cobarde, Grant Carter. Haz lo que quieras, pero no podremos mantener una relación hasta que afrontes tus miedos. No quiero estar con un hombre que no soporta mi forma de vivir.

Grant comprendía que estuviera enfadada con él. De hecho, él también estaba enfadado consigo mismo. Había ido a su casa para decirle una cosa y había terminado por decir una muy diferente, sin más motivo que un temor irracional.

–Haría cualquier cosa por nuestra relación –continuó ella–. Incluso estaría dispuesta a renunciar a mi carrera si fuera necesario. Y renunciaría por ti, Grant, porque creo en nosotros. Pero tienes que hablar con tu hermana.

Grant intentó acercarse a Tessa, que retrocedió.

–No, no intentes suavizar las cosas… Es obvio que no estás preparado.

Él se metió las manos en los bolsillos.

–Puede que tengas razón. No puedo estar contigo en estas circunstancias.

–Por supuesto que tengo razón –replicó–. No puedes estar conmigo hasta que decidas que nuestro amor es más importante que tus miedos.

Tessa le lanzó una mirada y, antes de marcharse del salón, dijo:

–Cierra la puerta al salir.

Grant se quedó tan solo como profundamente deprimido. Y, en ese momento, comprendió que debía hacer algo al respecto. Había roto la relación con su hermana por su incapacidad para afrontar el pasado, y se arriesgaba a perder a Tessa por el mismo motivo.

Pero eso iba a cambiar. Hablaría con Melanie y solucionaría sus problemas.

Capítulo Doce

Ya no podía volver atrás. Tras años y años de evitar la confrontación, Grant sabía que no había ningún sitio donde esconderse. Había viajado de un lado a otro, se había ahogado a sí mismo en montañas de trabajo y no había servido de nada.

Sus temores lo habían devuelto al punto de partida, a una pequeña localidad de Kentucky. Y ahora estaba delante de la casa de su hermana.

Sus padres se habían ofrecido a acompañarlo, pero prefería hablar con Melanie a solas. Se disponía a llamar al timbre cuando la puerta se abrió.

–¿Quieres hablar conmigo? ¿O has cambiado de idea?

Melanie estaba en su silla de ruedas, con el pelo suelto y, para sorpresa de Grant, sonreía.

–¿Y bien? ¿No vas a pasar…?

Él tragó saliva, asintió y entró en la casa. Era grande y con pocos muebles; perfecta para deambular en silla de ruedas.

–Papá me ha dicho que te pasarías por aquí –dijo ella con inseguridad–. ¿Quieres que pasemos al salón?

Grant la miró con angustia.

–Esto es tan difícil… Si quieres que me vaya, me iré.

–No quiero que te vayas. Quiero que te quedes. He echado mucho de menos a mi hermano pequeño…

Él sonrió.

–Solo me sacas doce minutos…

Ella cruzó el salón y se detuvo junto al sofá, donde Grant se sentó un segundo después.

–No sé por dónde empezar, Mel.

Grant le besó la mano, emocionado. Melanie le acarició la mejilla con los ojos llenos de lágrimas.

–Deja de castigarte por lo que pasó, Grant. No fue culpa tuya.

–No me defiendas, por favor. Solo merezco tu desprecio. Te condené a una vida en silla de ruedas. Te lo robé todo. Destrocé

todos los sueños que tenías.

Ella sacudió la cabeza y sonrió con dulzura.

–Tú no me robaste nada. Reconozco que, al principio, fue difícil. Y sobra decir que preferiría caminar… Pero estoy contenta con mi vida.

Grant se arrodilló delante de su hermana.

–Haría cualquier cosa por devolverte la movilidad. Pero no te la puedo devolver… y, cada vez que pienso en lo que perdiste, me desespero.

–Oh, Grant… Estar en una silla de ruedas es muy poca cosa en comparación con perder a mi propio hermano. Sé que te sientes culpable por lo que pasó, y no sabes cuánto he sufrido por ti. Pero no fue culpa tuya, ni yo te he culpado nunca.

–Lo se, Mel. Y no voy a seguir huyendo –le prometió–. No sé si merezco formar parte de tu vida, pero si me lo permites… si me das una oportunidad…

Él cerró los ojos y ella le dio un beso en la frente.

–Por supuesto que te la doy. Te he estado esperando todo este tiempo. Esperando que volvieras…

Grant alzó la cabeza y la miró.

–Te quiero, Melanie.

–Lo sé. Pero, si vuelves a huir, te prometo que acabaré contigo.

Grant soltó una carcajada, se incorporó y se volvió a sentar a su lado.

–Y ahora, háblame de esa película que estás rodando. Pero, sobre todo, háblame de la mujer que tanto te gusta.

–¿Cómo sabes que…?

–Vamos, Grant –lo interrumpió–. Si no hubiera una mujer de por medio, no te habrías quedado tanto tiempo en un rancho lleno de caballos. Estoy deseando que me la presentes.

–Y yo deseando presentártela.

Grant se puso a hablar de la película, convencido de que se había ganado un espacio en el corazón de su hermana. Si es que lo había llegado a perder.

Tessa llevaba varios días sin ver a Grant. Su coche había desaparecido, y no parecía que estuviera en su cabaña. Así que, al

final, se cansó de esperar y se dirigió a la casa de su padre para hablar con Bronson o Anthony. Sabía que aquella mañana iban a rodar una escena en el salón.

Como de costumbre, entró por la puerta trasera. Linda estaba sacando un pan del horno.

–Huele maravillosamente bien…

–Gracias –dijo la cocinera–. Pero, ¿dónde se ha metido tu productor? No lo he visto desde que os fuisteis a Kentucky.

Tessa se encogió de hombros y se limitó a preguntar:

–¿Has visto a Bronson o a Anthony?

–Creo que Bronson está con Damon en el salón –dijo–. ¿Quieres probar el pan? Si quieres, será mejor que te des prisa… Los chicos del equipo están a punto de llegar y comen como un regimiento.

Tessa rio.

–Puede que quiera más tarde. Ahora tengo que hablar con una persona.

Segundos más tarde, descubrió que Bronson estaba efectivamente en el salón. Y Tessa se llevó una alegría cuando vio que Damon se había marchado. No quería hablar de Grant delante de su padre.

–Hola, Bronson… ¿Me concedes un minuto de tu tiempo?

–Faltaría más –contestó con una sonrisa–. ¿Qué puedo hacer por ti?

–¿Tienes idea de dónde está Grant?

Bronson frunció el ceño.

–No me digas que no lo sabes…

–¿A qué te refieres?

–Creía que todo el mundo estaba informado. Grant ha presentado su dimisión.

–¿Su dimisión? ¿Por qué? –preguntó, atónita.

–Por la famosa cláusula de su contrato. Y, sinceramente, no me extraña que la violara… Está muy enamorado de ti, ¿sabes? Se presentó el día después de la carrera, habló con Anthony y conmigo y, a continuación, llamó a Marty Russo y le dijo que había violado el código de conducta.

–Entonces, os lo dijo él, ¿no os enterasteis por otra persona?

–Bueno, un tal Aaron Souders llamó a mi secretaria y le dijo que tenía una información sobre Grant que pensaba filtrar a los periódicos. Yo supuse que sería algo relacionado contigo, pero me

enteré por el propio Grant. Y es una verdadera pena… ha tenido que pasar justo ahora, cuando se disponía a abrir su propia productora.

–¿Su propia productora?

Bronson la miró con intensidad.

–Veo que tampoco lo sabías… Marty se iba a asociar con Grant, y dudo que su oferta siga en pie después de lo que ha pasado.

Tessa estaba tan confundida que no sabía qué decir, pero intentó reaccionar.

–¿Y dónde está ahora?

–¿Grant? –Bronson se encogió de hombros–. No sé, dijo algo sobre volver a casa y afrontar el pasado. Solo sé que Anthony y yo vamos a hablar con Marty para intentar arreglar las cosas. Grant es un gran profesional, y lo necesitamos.

–Pero la cláusula…

Bronson volvió a sonreír.

–Esa cláusula estaba pensada para el antiguo Grant, pero mi querido amigo ha cambiado. Ahora solo tiene ojos para una mujer. Para ti.

Tessa tuvo una idea. Y necesitaba que Bronson le echara una mano. Si Grant era capaz de renunciar a todo para salvar su relación, ella sería más que capaz de dar un paso adelante y alcanzar lo que quería.

–¿Me puedes hacer un favor?

–Por supuesto.

–¿Tienes el teléfono de Grant?

Grant no podía creer que estuviera de vuelta en Stony Ridge. Había pasado dos semanas con Melanie y con sus padres, que lo habían recibido con los brazos abiertos. Pero la vida le deparó una nueva sorpresa cuando, un día, Marty lo llamó por teléfono y le pidió que volviera al rancho. Por lo visto, Bronson y Anthony habían salido en su defensa y le habían dicho que estaba enamorado de Tessa.

Pero la vuelta no pudo ser más dura. Creía ver a Tessa en todas partes, desde las caballerizas hasta la casa donde habían hecho el amor tantas veces. Y aquella noche iba a ser peor: tenían que rodar

una escena en la cabaña de la laguna, y Bronson le había pedido que llegara antes para ayudar a instalar los focos.

No podía imaginar lo que le esperaba.

–Vaya, por fin llegas…

Grant se quedó perplejo. Tessa estaba sentada en la cama, con el vestido azul que le había regalado.

–¿Qué estás haciendo aquí? Se suponía que…

–¿Que ibais a rodar una escena? –lo interrumpió–. Pues no. Hoy no vas a rodar nada.

Grant cerró la puerta y caminó hacia ella.

–Tenía intención de ponértelo más difícil –continuó Tessa–, pero supongo que ya has sufrido suficiente. Y, por otra parte, me he cansado de jugar.

Él rio y se metió las manos en los bolsillos.

–¿Qué tal con Melanie?

–Mejor de lo que esperaba, la verdad. Es una chica maravillosa. ¿Sabes lo que hace? Se dedica a dar clases de equitación a chicos con discapacidades.

Tessa sonrió de oreja a oreja.

–Me alegra que hablaras con tu hermana. Estoy muy orgullosa de ti. Pero, ¿a qué vino eso de renunciar a tu trabajo?

Él se encogió de hombros.

–Pensé que Aaron se iría de la lengua y decidí adelantarme. Además, era lo más correcto. Un hombre tiene que luchar por lo que quiere.

–¿Y qué quieres?

Grant se detuvo ante ella.

–Lo quiero todo.

–Empezando por la película…

–Sí.

–Y por esa empresa de producción de la que no me habías hablado…

–Sí.

Tessa le puso las manos en el pecho.

–¿Y también me quieres a mí? –preguntó en voz baja.

–Con locura.

Grant se sentó a su lado, le pasó los brazos alrededor del cuerpo y la besó apasionadamente. La había echado mucho de menos, y

estaba cansado de esperar.

–Bronson dice que, si nos casamos, la cláusula quedará anulada de inmediato –le informó ella.

Grant sonrió.

–¿En serio? No lo sabía, pero pensaba pedirte matrimonio de todas formas.

–Pues ya lo sabes. De hecho, me he encargado de que lo pongan por escrito. El documento está ahí, sobre la mesa.

Grant soltó una carcajada.

–Oh, Dios mío, siempre serás una obsesa de la planificación…

–Exactamente. Y será mejor que no me dejes otra vez, porque odio que me rompan los planes.

–¿Sabes qué odio yo?

–¿Qué?

–Que lleves tanta ropa encima…

Grant le bajó la cremallera y la ayudó a desnudarse. Momentos después, Tessa estaba completamente desnuda.

–Veamos si lo he entendido… –susurró él mientras la acariciaba–. ¿Me estás diciendo que si, nos casamos, no perderé mi trabajo?

–En efecto. Ya sabes que haría cualquier cosa con tal de que salves tu reputación y tu carrera.

Él la tumbó en la cama.

–Me parece bien, pero yo me voy a casar contigo porque te quiero con toda mi alma. Las dos últimas semanas han sido un infierno para mí…

Tessa le acarició la mejilla.

–Un infierno que te tenías merecido. Pero al final te has portado bien. Y mereces un premio.

Grant rio y se empezó a quitar la ropa.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

